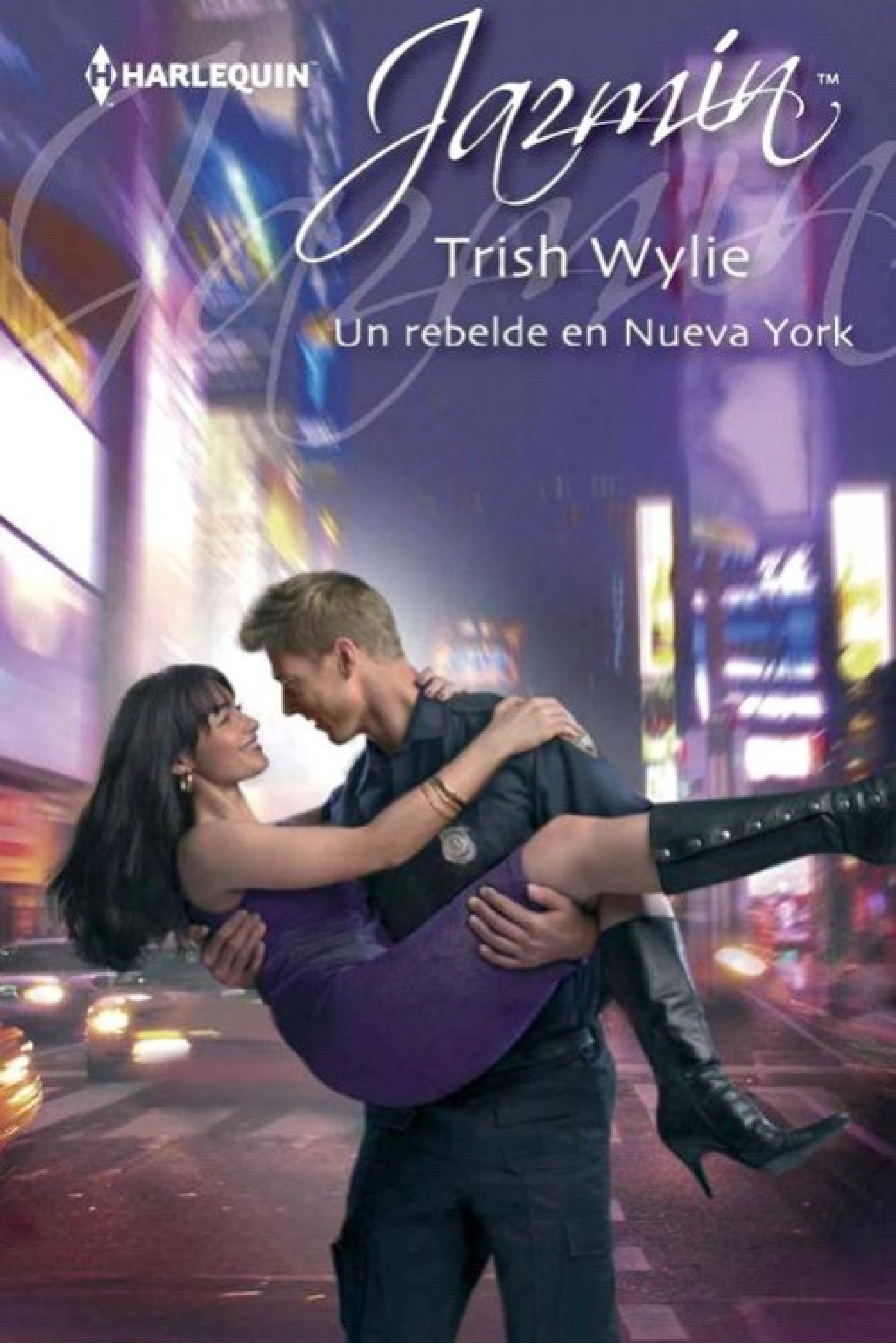
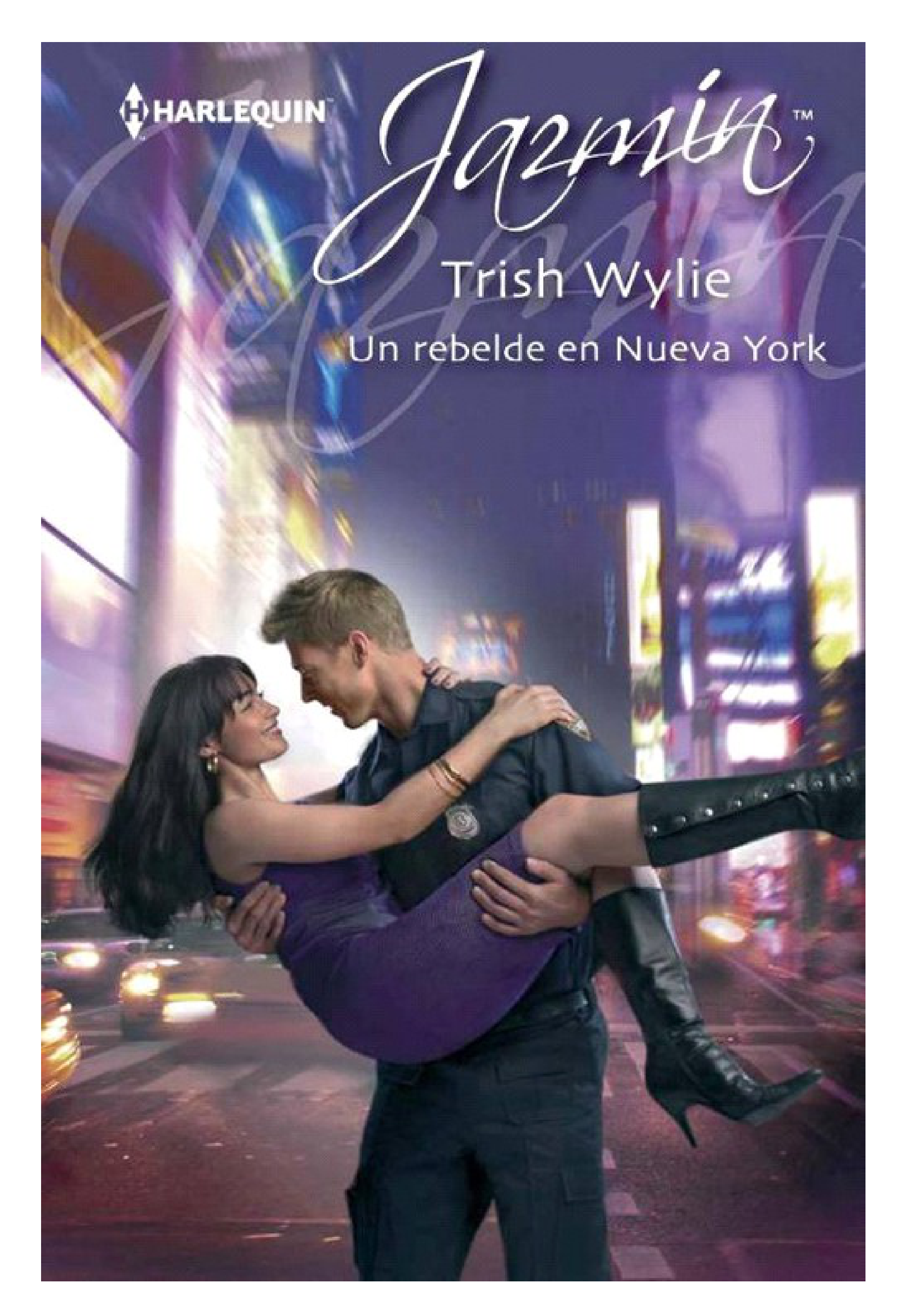

HARLEQUIN
Jazmín
Trish Wylie
Un rebelde en Nueva York


HARLEQUIN
Jazmín™
Trish Wylie
Un rebelde en Nueva York

# Argumento:

El hombre con el que no debería salir

¿No es la fantasía de todas las chicas tener un policía de vecino? ¡A mí me encantan los hombres de uniforme! A menos, claro está, que él sea Daniel Brannigan, el hermano mayor de mi mejor amiga, con un ego tan grande como Texas y una vena temeraria de un kilómetro de ancha.

Decir que nos ponemos mutuamente de los nervios es decir muy poco. Sobre todo, ahora que conocemos los secretos del otro. No, señoras, esta es una fantasía en la que me niego a entrar. Al menos, ese es el plan. ¿Pero he dicho que también fue marine? Y parece ser que les gustan los retos…

# CAPÍTULO 1

*«Todas las chicas saben que hay días de tacón alto y días de zapato plano. Bien pensado, podría ser una metáfora de la vida. Hagamos que hoy sea un día de tacón alto, ¿vale?».*

DE COLOR rojo sirena y peligrosamente altos, eran los zapatos de tacón más sensuales que Daniel Brannigan había visto en su vida. Los vio desaparecer escaleras arriba maldiciendo en silencio la cantidad de tiempo que tardaban en cerrarse las puertas del ascensor.

Quería conocer a la mujer que llevaba los zapatos.

Pulsó el botón hasta que se produjo una sacudida hacia arriba e intentó jugar al pilla–pilla en el ascensor más lento jamás inventado. Después del primero de sus tres viajes interminablemente lentos, había decidido que las escaleras serían su principal modo de subir en el futuro. Pero antes tenía que llevar todas sus pertenencias al quinto piso.

Vio una mancha roja por el rabillo del ojo y miró con más atención para valorar cada detalle. Unas estrechas correas rodeaban unos tobillos finos y el ángulo de los pequeños pies daba forma suficiente a las pantorrillas como para recordarle que necesitaba unas vacaciones. Si ella vivía en el mismo bloque de apartamentos al que se mudaba él, sería una complicación no deseada. Pero a juzgar por el efecto que producían los zapatos en su libido, suponía que valía la pena. Por algo se había ganado el apodo de Danny Peligros.

El ascensor se detuvo inesperadamente y una mujer mayor con un perrito en los brazos hizo una mueca al ver las cajas amontonadas alrededor de él.

–¿Baja?

–Subo –respondió Daniel cortante. Se echó hacia delante y pulsó el botón con el codo.

«No desaparezcas, muñeca».

La subida de adrenalina que producía la persecución siempre le había gustado… y también el tipo de mujer que podía llevar una falda tan corta que le hacía reprimir un gemido al verla. La falda de estilo animadora le abrazaba las curvas de las caderas y se perdía en una cintura estrecha. Daniel miró la mano de huesos finos que sostenía las asas de bolsas que llevaban impresos nombres que no le

decían nada y sonrió al no ver nada en el dedo anular. En el piso anterior al suyo, ella se detuvo a hablar con alguien en el pasillo. Para su frustración, eso implicaba que no pudo verle la cara cuando pasó el ascensor. En lugar de ello, se quedó con una imagen de un largo pelo moreno y rizado y el sonido de una cristalina risa femenina.

Cuando se detuvo de nuevo el ascensor, hizo lo que había hecho en sus viajes anteriores y empujó una caja con el pie hacia la apertura. Al momento siguiente sonaron pasos en la escalera. Daniel se volvió y alzó la vista hasta mirar unos grandes ojos oscuros. Los ojos se achicaron y él dejó de sonreír.

–Jorja –dijo con sequedad.

–Daniel –repuso ella. Inclinó la cabeza a un lado y enarcó una ceja–. ¿No se te ha ocurrido pensar que quizá alguien más quiera usar el ascensor hoy?

–Las escaleras son un buen ejercicio cardiovascular.

–Supongo que eso es un «no».

–¿Te estás ofreciendo a ayudarme a mudarme? Es muy amable por tu parte –él le pasó la caja que llevaba en los brazos y la soltó antes de que ella tuviera ocasión de rehusar.

La caja cayó al suelo entre los dos y se oyó un ruido de cristales rotos.

–¡Vaya! –ella parpadeó.

Daniel la miró con rabia. Que hubiera hecho cambios interesantes en su guardarropa mientras él estaba en ultramar no la hacía menos irritante de lo que lo había sido los últimos cinco años y medio.

–¿No hay una pancarta de bienvenido a casa? –preguntó.

–¿Eso no sugeriría que me alegro de que estés aquí?

–Si tienes algún problema con que esté aquí, deberías haberlo dicho cuando presenté mi solicitud al Comité de Residentes del bloque.

–¿Y qué te hace pensar que no lo hice?

–Creo que fueron las palabras «decisión unánime» –él se encogió de hombros–. ¿Qué quieres que te diga? A la gente le gusta que viva un policía en su edificio; hace que se sienta segura.

Ella sonrió con dulzura.

–La mujer mayor a la que has mosqueado dos pisos más abajo es la presidenta del Comité de Residentes. Te doy una semana antes de que empiece a hacer circular una petición para expulsarte.

Daniel respiró hondo. Nunca había conocido a otra mujer que produjera el mismo efecto en sus nervios que unas uñas arañando

una pizarra.

–¿Sabes cuál es tu mayor problema, muñeca?

–No me llames muñeca.

–Que subestimas mi habilidad para ser adorable cuando me lo propongo. Puedo conseguir que la señora del caniche me haga galletas de chocolate antes de cuarenta y ocho horas.

–Bichon.

–¿Qué?

–El perro. Es un bichon frise.

–¿Tiene nombre?

–Gershwin –ella alzó los ojos al cielo al darse cuenta de lo que hacía–. Y me temo que ya he cubierto mi cuota de ayuda para todo el día.

Él se inclinó, alzó la caja y la sacudió.

–Me debes media docena de vasos.

–Demándame –contestó ella.

Se volvió y él la siguió con la vista pasillo abajo hasta que se recordó a quién estaba mirando. Se trataba de Jorja Dawson. Y si fuera la última mujer que quedara en el estado de Nueva York, él haría voto de castidad antes que enrollarse con ella. Hasta tenía una lista de razones para no hacerlo.

Ella metió la mano en el bolso y se volvió a mirarlo en la puerta de su apartamento.

–Supongo que no piensas aparecer el domingo a comer, ¿verdad? Tu madre te lo agradecería.

Esa, la relación de ella con su familia, era la número seis en la lista de razones de él. La miró a los ojos.

–¿Estarás tú allí?

–No falto nunca.

–Pues salúdalos de mi parte.

–¿Estás diciendo que no vas porque estoy yo?

–No te des tanta importancia –él se acomodó la caja en un brazo y buscó la llave en el bolsillo con la otra mano–. Si organizara mi vida pensando en ti, no me mudaría a un apartamento enfrente del tuyo. Pero quiero que sepas una cosa –hizo una pausa efectista–. Te mudarás tú antes que yo.

–Tú nunca has estado más de seis meses en el mismo sitio –repuso ella–. Y ese tiempo solo porque te había enviado el ejército.

–La Marina –corrigió él–. Y si hay algo que no debes olvidar de los marines, es que nunca cedemos terreno.

–Yo llevo más de cuatro años viviendo aquí. No iré a ninguna parte.

–Entonces supongo que nos vamos a ver mucho.

Aquello era algo sin lo que él habría preferido vivir. Aunque no pensaba decírselo, ella era la razón principal por la que había dudado si tomar aquel apartamento. Ella era una espía que podía informar al resto del clan Brannigan en las conversaciones semanales mientras tomaban el asado o la tarta de queso. Y por lo que a Daniel respectaba, si su familia quería saber cómo le iba, podía preguntárselo a él. Cuando lo hicieran, les daría la misma respuesta que les había dado en los últimos ocho años. Con algún añadido más reciente para despistar.

«Estoy bien, gracias. Claro, es un placer volver a casa. No, no he tenido ningún problema volviendo a mi unidad. Sí, si me llamaran de nuevo en la reserva, volvería a ir».

No necesitaban saber nada más.

–¿Sabes cuál es tu problema, Daniel? –preguntó ella–. Crees que me molesta que estés aquí cuando la verdad es que me importa un bledo dónde estés, lo que hagas ni con quién lo hagas.

–¿De verdad?

–Sí. No soy una de esas mujeres a las que puedes hacer babear con una sonrisa. Espero que tu ego pueda soportarlo.

–Cuidado, Jo, podría tomarme eso como un desafío.

Ella soltó una carcajada.

–No sabía que tenías sentido del humor –comentó.

Antes de que él pudiera contestar, abrió la puerta de su apartamento y cruzó el umbral. Se volvió y lo miró de arriba abajo, riendo cada vez más fuerte. Luego cerró la puerta.

Daniel movió la cabeza. ¡Cómo le atacaba los nervios aquella mujer!

Aquel hombre la ponía de los nervios.

Jo se apoyó en la puerta, respiró hondo y frunció el ceño al notar que su corazón latía algo más deprisa que de costumbre. Si subir las escaleras con tacones producía ese efecto, tendría que pensar en empezar a ir al gimnasio.

Cierto que una pequeña parte probablemente podría achacarse a su frustración por no ser capaz de mantener una conversación con él sin convertirla en un combate de boxeo verbal. Pero ella no era la única que peleaba; ambos sacaban siempre lo peor del otro.

Cruzó la sala de estar hasta el dormitorio y resistió el impulso de ponerse zapatillas blandas y un pijama. Si él conseguía hacerle ponerse su ropa de comer helado el primer día, no tendría ninguna esperanza de sobrevivir a los siguientes tres meses. Cuando sonó el móvil una hora después, miró el nombre en la pantallita antes de

contestar.

–Todavía no puedo creer que me hayas hecho esto.

La voz de Olivia sonó alegre.

–¿Qué parte? ¿Irme de ahí, vestirte de dama de honor o contarle a Danny lo del apartamento?

–Creo que sabes a lo que me refiero –respondió Jo–. Tengo que cambiar de mejor amiga. A ese apartamento podría haber llegado mi hombre ideal si tú no se lo hubieras mencionado a tu hermano.

–¿Desde cuándo buscas tú un hombre ideal? Y además, él no estará ahí mucho tiempo. Es un alquiler temporal, ¿recuerdas?

–Si renueva el contrato, haré un muñeco y le clavaré alfileres –Jo se apartó del espejo donde estaba haciendo un pase de moda personal y se dirigió a la cocina–. Pero que sepas que está decidido a que yo sea la primera en mudarme.

Como todos los que habían vivido alguna vez en Manhattan sabían lo que significaba un apartamento para un neoyorquino, no hacía falta que explicara lo ridículo que era que Danny pensara que ella se iba a ir de allí. El apartamento que había compartido con Olivia y de vez en cuando compartía todavía con Jess era un espacio que podía llamar suyo propio.

No había trabajado tanto para acabar en un lugar en el que había jurado que no volvería a encontrarse nunca.

–¿Ya lo has visto? ¿Hay sangre en el pasillo?

–Aún no. Pero dale unas semanas y solo uno de los dos saldrá intacto de aquí –Jo alzó la cafetera vacía y suspiró al oír la música procedente del otro lado del pasillo–. ¿Oyes eso?

Acercó un momento el teléfono a la pared.

–Mi hermano y el rock clásico van juntos, como…

–¿Satanás y la tortura eterna? –sugirió Jo.

–Probablemente no es el mejor momento para mencionar que ha aceptado venir en el grupo en la boda, ¿verdad?

–No pienso dirigirme hacia el altar con él.

–Puedes ir con Tyler.

Mejor. Tyler Brannigan le encantaba. Era divertido estar con él.

–Creía que estaba decidido a no ponerse un traje de mono. ¿Cómo lo has convencido?

–¿A Danny? Del mismo modo que lo llevamos al cumpleaños de su sobrina el mes pasado. Solo que esta vez me ayudó Blake.

Quería decir que Daniel había perdido una apuesta. Jo sonrió al pensar en el prometido de Olivia confabulándose con los otros hermanos Brannigan contra uno de ellos en su noche de póquer. Echó el café en la cafetera. ¡Bien por Blake!

–¿Qué aspecto tiene?

Jo parpadeó al oír la pregunta.

–El mismo de siempre –contestó–. ¿Por qué?

–Supongo que no has visto las noticias hoy.

–No –Jo entró en la sala de estar y puso la tele con el mando a distancia–. ¿Qué me he perdido?

–Espera.

La noticia apareció casi al instante en el canal de noticias locales. Como no podía oír lo que decía sin subir mucho el volumen, leyó lo que había en la parte inferior de la pantalla. Hablaba de un agente de los Servicios de Emergencia del que todavía se desconocía el nombre que había desenganchado su arnés de seguridad para rescatar a un hombre en el puente Williamsburg. La cámara intentaba enfocar una mancha situada entre los cables de suspensión en el momento en que otra mancha se acercaba a él. Por un segundo ambos estaban a punto de caer y la multitud que miraba desde el suelo soltaba un gemido colectivo. En el último momento los rodeaban otras manchas y los sacaban de allí.

En la pantalla sonaron aplausos y Jo movió la cabeza.

–No me lo puedo creer.

–Lo sé –Olivia suspiró–. Mamá está que se sube por las paredes. Ya lo pasó bastante mal cuando estaba fuera.

–¿Lo has llamado?

–No contesta.

Jo miró la puerta.

–Te llamo ahora.

En el pasillo, tuvo que golpear varias veces la puerta con el puño antes de que bajaran la música y abrieran.

–Llama a tu madre –dijo ella. Le puso su móvil delante.

–¿Qué pasa?

Ella apretó la tecla de marcado rápido y se llevó el teléfono al oído.

–Eres un imbécil desconsiderado –murmuró.

En cuanto contestó la madre de él, Jo le pasó el teléfono.

–No, soy yo. Estoy bien. Ya te habrían llamado si no fuera así, eso lo sabes –él retrocedió un paso y le cerró la puerta en las narices a Jo.

De vuelta en su apartamento, ella lanzó un juramento. Él tenía su móvil y en él estaba toda su vida. Volvió a la cocina y marcó el número de la hermana de él en el teléfono fijo.

–Ahora está hablando con tu madre.

–¿Qué has hecho? –preguntó Olivia.

–Le he dicho lo que pensaba de él.

–¿En su cara?

Jo siguió con lo que hacía antes y encendió la cafetera.

–Nunca me ha costado mucho decirle lo que pienso en su cara. Ya lo sabes.

Llamaron a la puerta.

–Espera –cuando abrió la puerta y se encontró con los ojos azules de él, tomó su móvil y lo sustituyó por el teléfono que llevaba en la mano–. Tu hermana.

Él se llevó el auricular al oído y cruzó el umbral.

–Hola, hermana, ¿qué hay?

Jo parpadeó. ¿Cómo había terminado en su apartamento? Cerró la puerta y volvió a la cocina. Si él creía que aquello se iba a convertir en habitual, ya podía ir olvidándolo. Ella no deseaba pasar tiempo con él. Miró un instante la habitación, que parecía más pequeña con él allí, y frunció el ceño cuando él la miró por el rabillo del ojo.

La mirada de él recorrió su cuerpo y se detuvo en sus pies más tiempo del necesario. ¿Qué era aquello?

Jo resistió el impulso de bajar la vista para ver lo que llevaba. Su ropa no tenía nada de malo. En todo caso, tapaba más que la que llevaba la última vez que él la había visto. A ella le gustaba el modo en que los pantalones negros de cintura alta hacían que las piernas parecieran más largas, sobre todo si iban acompañados de unos zapatos morados de tacón alto. Con un metro setenta y cinco de estatura, no se podía decir que fuera baja, pero teniendo en cuenta el número de modelos que le sacaban la cabeza en sus horas de trabajo, agradecía todo lo que ofreciera la ilusión de que era más alta. Movió la cabeza. ¿Por qué le importaba lo que pensara él? Lo que sabía él de moda no llenaría ni un dedal. Y para muestra… los vaqueros que llevaba.

A juzgar por lo raídos que estaban en las rodillas y alrededor de los bolsillos de…

Jo apartó la vista con rapidez. Si él la pillaba mirándole el trasero, se reiría de ella.

Aquel hombre ya tenía un ego del tamaño de Texas.

–Es mi trabajo –dijo él con una nota de impaciencia en la voz, paseando por la estancia–. La cuerda no llegaba, no había tiempo… Sabía que había gente cuidando de mí. ¿Has terminado? Porque seguro que tu amiga tiene que hacer tres llamadas más.

Jo tomó su taza favorita y la dejó en la encimera. Esperaba que Olivia le echara una buena bronca. ¿Qué clase de idiota se quitaba

el arnés de seguridad a esa altura? ¿No había oído hablar de la fuerza de la gravedad?

Apoyó la cadera en la encimera y se cruzó de brazos, observándolo caminar. Tenía la mandíbula tensa y su ancho pecho subía y bajaba debajo de una vieja camiseta de un equipo de béisbol. Parecía… ¿nervioso? No, esa no era la palabra correcta. Cansado, quizá, como si no hubiera dormido mucho últimamente. Aunque a ella eso no le importaba nada, pero como Olivia le había preguntado por el aspecto de él, sentía la necesidad de examinarlo más atentamente que de costumbre y después de haber empezado…

Vale, si le inyectaran suero de la verdad, seguramente admitiría que había razones comprensibles por las que las mujeres perdían los papeles cuando él les sonreía. Tenía unos ojos de un azul intenso, pelo rubio oscuro y un asomo de barba en la fuerte mandíbula. Si se añadía a eso un cuerpo alto y musculoso, probablemente no habría una sola chica soltera en Manhattan que no estuviera dispuesta a darle su teléfono.

Aunque ninguna de ellas había conseguido mantener su interés por mucho tiempo.

–Pues ya puedes dejarlo, estoy bien. ¿No tienes que planear tu boda? Dije que lo haría, ¿no? –él miró en dirección a Jo–. Te llamará ella ahora.

Antes de que colgara, Jo había cruzado el apartamento y sostenía la puerta abierta con una sonrisa. Pero en lugar de seguir la indirecta, la mano grande de él cerró la puerta y dejó la palma apoyada en la madera al lado de la cabeza de ella.

–Es obvio que tenemos que hablar –declaró.

Jo apretó los dientes. Perdía rápidamente la paciencia. Contemplaba la posibilidad de clavarle su tacón de aguja en una de las botas cuando él añadió: –Puede que a otras personas no les importe que metas tu bonita nariz en sus asuntos, pero a mí sí.

–Prueba a contestar el teléfono y no tendré que hacerlo –ella enarcó las cejas–. ¿Tanto te cuesta entender que tu familia pueda pensar que tienes impulsos suicidas?

–No tengo impulsos suicidas.

–¿Y desatar tu arnés es el procedimiento estándar?

–Súbete a la silla.

Ella vaciló.

–¿Qué?

–Ya me has oído.

Jo no se movió y él le rodeó la muñeca con el pulgar y el índice. El golpe de calor que subió rápidamente por el brazo de ella le hizo

bajar la barbilla mientras él tiraba de ella por la estancia. ¿Ahora la tocaba? Él no la tocaba nunca. Más bien ella había tenido la sensación de que hubiera una zona de cuarentena a su alrededor.

–¿Qué crees que estás haciendo? –preguntó.

–Montando una demostración.

Ella abrió mucho los ojos cuando él le soltó la muñeca, le puso las manos en la cintura y la subió a un sillón.

–Pero ¿qué haces? ¡No te subas a mis muebles!

Él separó los pies encima de los cojines del sofá y probó los muelles con un par de saltitos antes de decir:

–Salta.

–¿Qué?

–Salta.

Jo ya estaba harta. No tenía ni el más mínimo interés en jugar con él. ¿Acaso creía que tenía cinco años?

Pero cuando intentó bajarse del sillón, un brazo largo le rodeó la cintura y se vio lanzada por el aire. Cuando quiso darse cuenta, chocó contra una pared de calor y dio un respingo. Alzó la barbilla y lo miró a los ojos con las puntas de sus narices casi tocándose. ¿Qué demonios hacía?

–¿Ves? –musitó él–. Es cuestión de equilibrio.

De pronto, la mirada intensa de él observaba su rostro de un modo que sugería que no la había mirado nunca. Pero lo más desconcertante era la sensación… como si no hubiera ninguna parte en la que no se tocaran. La sensación de sus pechos aplastados contra el torso de él hacía que le resultara difícil respirar, pues ese contacto enviaba un ramalazo erótico a través de su abdomen. ¿Cómo podía sentirse atraída por él cuando le caía tan mal?

Cuando la bajó lentamente a lo largo de su cuerpo, Jo no tuvo más remedio que agarrarse a sus hombros hasta que sus pies tocaron los cojines. Se tambaleó cuando la soltó. Por un momento se sintió mareada.

–Sabía lo que hacía –él bajó del sofá, la alzó en vilo y la depositó en el suelo como si no pesara nada.

Jo retrocedió un paso y dejó los brazos a los costados. Se cruzó de brazos y alzó la barbilla.

–Las huellas de zapatos gigantes que has dejado en mi sofá compensan de sobra por la media docena de vasos.

–Si no tienes nada mejor que hacer en tu tiempo libre que hablar con mi familia, prueba a buscarte un hobby.

Ella soltó una tosecita de incredulidad.

–Tengo muchas cosas que hacer en mi tiempo libre.

–Es obvio que salir con hombres no es una de ellas.
–¿Qué significa eso exactamente?
–Significa que, aunque quizá había olvidado por qué sigues soltera todavía, después de una hora empiezo a recordarlo –él se cruzó de brazos–. ¿Nunca has pensado que ser amable de vez en cuando puede mejorar tus posibilidades de echar un polvo?
–¿Desde cuándo mi vida sexual es asunto tuyo?
–Si tuviera que adivinar, diría que desde que mi relación con mi familia se ha convertido en asunto tuyo.
Jo sonrió con dulzura.
–Procura que la puerta no te dé en el trasero al salir.
–¿Eso es lo mejor que puedes decir? –preguntó él, enarcando las cejas–. Es obvio que te falta práctica –asintió con firmeza–. No temas, pronto volveremos a tenerte lista para el combate.
Jo suspiró pesadamente y avanzó hacia la puerta. No lo miró, pero por alguna razón, se oyó preguntar antes de que él saliera:
–¿Nunca te cansas de esto?
¿De dónde había salido aquello?
Daniel se detuvo, volvió la cabeza y le lanzó una mirada intensa.
–¿Ya te rindes, muñeca?
Ella frunció el ceño.
–No me llames muñeca.
Él no se movió y pareció que el aire se espesaba entre ellos. ¡Estúpidas hormonas! Ni ella estaba dispuesta a tener una relación ni él era el hombre que…
–¿Quieres negociar una tregua?
Jo no sabía qué la había impulsado a hacer la pregunta anterior, ¿y ahora él le preguntaba si quería que fueran amigos? Reprimió una carcajada.
–¿Te he dado la impresión de que agitara una bandera blanca? Estoy hablando de ti, no de mí. Pareces cansado, Daniel –hizo un mohín–. ¿Es por la energía que requiere fingir ante el mundo que eres un buen tipo?
Los ojos de él se oscurecieron.
–¿Cuestionas mi energía, muñeca?
Se acercó un paso hasta que ella pudo sentir el calor de su aliento en las mejillas.
–Mala idea –le advirtió él.
Jo tensó la columna vertebral. Tenía un código de conducta desde la infancia; un código que le costaba romper incluso con el puñado de personas a las que permitía ocupar un pequeño rincón de su corazón. Mostrar cualquier señal de debilidad era el principio del

fin. Las máscaras que usaba eran lo que había hecho que sobreviviera a un periodo de su vida en el que era invisible. Al principio de su carrera, esas máscaras daban la impresión de que las críticas profesionales no le afectaban. Y ahora, aunque el corazón le latía de un modo errático, adoptó una máscara de calma.

–¿Tengo que sentirme intimidada por eso?

Él sonrió peligrosamente.

–Sigue retándome y esto se va a poner interesante muy pronto.

–En serio, eres muy gracioso. Desconocía esa faceta tuya –ella alzó una mano y le dio una palmadita en el centro del pecho–. Ahora sé buen chico y acuéstate pronto. No podemos permitir que pierdas atractivo, ¿verdad? –apoyó la mano en su pecho y lo empujó hacia atrás para tener espacio para abrir la puerta–. ¿Cómo vas a convencer a las mujeres tontas de que eres un buen partido si tienes que hacerlo basándote en tu personalidad?

–Dímelo tú.

Jo apartó la mano del pecho de él, lo tomó por el brazo y lo empujó para que saliera. Cuando él estuvo en el pasillo mirándola con un asomo de sonrisa, ella apoyó el hombro en el dintel de la puerta y alzó la barbilla. Achicó los ojos. Daba la sensación de que él supiera algo que ella ignoraba.

–Admítelo; echabas esto de menos –musitó él.

Ella respiró hondo.

–No.

–Sin mí, no hay nadie por aquí que te enmiende la plana.

–Dices eso como si me conocieras –ella negó con la cabeza–. No me conoces, Daniel. Te da miedo conocerme.

–¿De verdad?

–Sí, de verdad, porque si me conocieras, tendrías que admitir que te has equivocado conmigo y los dos sabemos que no te gusta admitir que te equivocas en nada –ella miró a ambos lados del pasillo y bajó la voz–. Peor todavía, podrías descubrir que te gusto. Y eso no puedes permitirlo, ¿verdad?

Él bajó también la voz.

–No creo que haya ningún peligro de eso.

Jo lo miró a los ojos azules y se preguntó de pronto si él recordaba cómo había empezado aquella guerra entre ellos. Ella no. ¿Por qué resultaba mucho más difícil llevarse bien con él que con ningún otro miembro de su familia? Todo el mundo llegaba a un punto en el que intentaba encontrarle sentido a su vida. Ella había aceptado muchas cosas que no podía cambiar, pero puesto que Daniel era la única persona con la que se mostraba inmadura, no

pudo evitar preguntarse por qué. Al parecer, él no era el único que necesitaba una buena noche de descanso.

Alzó los ojos al cielo e intentó apartar aquella debilidad momentánea.

–Piensa lo que quieras o lo que te ayude a dormir por la noche.

–Yo duermo muy bien –respondió él–. No te preocupes por mí.

–No lo hago.

–Haznos un favor a los dos y no te metas en mis asuntos. O puede que empiece yo a meter la nariz en los tuyos.

–Yo no tengo nada que ocultar –mintió ella–. ¿Y tú?

–No me presiones, muñeca.

Ella se detuvo justo antes de lanzarle un desafío. Pero no fue solo porque necesitara buscar madurez; había algo más. Podía sentirlo. Algo más que la frialdad de la mirada de él, que la rigidez de los hombros o el tono de advertencia de su voz profunda. ¿Qué era?

Daniel frunció el ceño y tensó la mandíbula. Dio la impresión de que apretaba los dientes, pero antes de que ella tuviera ocasión de preguntarle si le pasaba algo, se volvió y entró en su casa. Jo miró la puerta cerrada de su apartamento y movió la cabeza.

El primer día había sido genial.

Estaba deseando que llegara el segundo.

# CAPÍTULO 2

*«¿Es mi imaginación o el café sabe mejor cuando hacen esos corazoncitos de amor en la espuma? Es curioso la cantidad de cosas que pueden influir en lo que sentimos ».*

JORJA Dawson tenía pechos. Teniendo en cuenta que él era un hombre y ella una mujer, una parte de su cerebro debía haberlo sabido siempre; por suerte, en el pasado, esos pechos nunca se habían apretado contra su torso.

«Piensa lo que te ayude a dormir por la noche».

Daniel apretó el paso en la última manzana de una carrera de ocho kilómetros. Ella había acertado, pero era imposible que supiera que él no podía dormir o que estaba harto de despertarse bañado en sudor frío con la garganta ronca de gritar. Tenía que parar aquello antes de que volviera a cometer otra estupidez en el trabajo o tuviera que buscarse otro apartamento.

Pero distraerse del problema pensando en los pechos de Jorja Dawson no era el mejor modo.

Dejó de correr y fue andando hasta una cafetería. Después de pedir, miró a su alrededor y descubrió a una mujer sentada sola al lado del escaparate. Era justo lo que necesitaba: otra mujer.

Pero entonces ella se volvió y él movió la cabeza. En otro tiempo se le daba mejor detectar la presencia del enemigo.

Ella lo miró cuando él se acercó a tomar una servilleta en la mesa de al lado de la suya.

–¿Te estás quedando conmigo?

–¿Ahora no puedo tomar un café?

–Puedes tomarlo en otra parte.

–Esta es la cafetería más cercana.

–Hay otra a dos manzanas. Esta es mía –ella volvió su atención a la pantalla de su portátil–. Es el lugar en el que trabajo los lunes, miércoles y viernes por la mañana.

–No he visto ningún cartel en la puerta –Daniel se sentó enfrente de ella–. Buenos días.

Después de un intento de seguir con lo que hacía mientras él miraba a través del escaparate a la gente que se dirigía a su oficina, ella suspiró.

–Piensas venir todos los lunes, miércoles y viernes, ¿verdad?

–Veo que no estás de buen humor por la mañana.

–¿Ese es tu plan? –ella enarcó las cejas–. ¿Vas a estar ahí siempre que me doy la vuelta hasta que me agotes y tenga que mudarme? ¡Vaya! Eso es…

–¿Eficaz?

–Iba a decir adolescente. No te imaginas la confianza que me produce saber que la ciudad está en manos de un ejemplo tan maduro del Departamento de Policía de Nueva York.

Volvió a teclear en el ordenador y Daniel se dio cuenta de que no tenía ni la menor idea de cómo se ganaba ella la vida.

–¿A qué te dedicas? –preguntó.

Ella no alzó la vista de la pantalla.

–¿Es la primera vez que sientes la necesidad de hacer esa pregunta?

–No tengo un periódico para pasar el tiempo.

–Están al lado de la puerta.

–Es algo de Internet, ¿verdad?

Ella alzó la vista desde detrás de las gafas de trabajo.

–¿Qué significa eso?

–Eres una de esas personas que informan de todos sus movimientos cada cinco minutos para que el universo sepa cuánto tiempo pasan haciendo la colada.

–Sí, la gente solo usa Internet para eso –ella tomó su café–. Es porque trabajar en la red no es un trabajo físico, ¿verdad? Todos los que no levantamos objetos pesados ni hacemos algo con las manos estamos muy bajos en tu escala neandertal de supervivencia de los mejores.

–Creo que debes disminuir la cantidad de cafeína que tomas. Me parece que ya estás cerca del límite legal.

Ella dejó la taza en la mesa y respiró hondo.

–Escribo un blog.

–¿Te puedes ganar la vida haciendo eso?

–Entre otras cosas –repuso ella.

–¿De qué trata?

–¿No tienes nada que hacer?

–No.

–Está bien –ella tomó de nuevo la taza de café y lo miró a los ojos–. Trabajo para una revista de moda y parte de mi trabajo es escribir un blog diario sobre las últimas tendencias y el tipo de cosas que pueden interesar a mujeres veinteañeras.

–Eres tan profunda como un charco superficial, ¿verdad?

–No todo gira en torno al significado de la vida. A veces es más bien cuestión de vivirla. Para algunas personas, eso implica

encontrar placer en las cosas pequeñas.

–¿Como endeudarse comprando ropa?

–Como llevar cosas que les hagan sentirse bien –ella se encogió de hombros–. Supongo que es lo que sientes tú cuando te pones el uniforme que eliges.

–Yo no llevo un uniforme porque esté de moda.

–¿Quieres decir que no te sientes bien cuando lo llevas?

–Es una cuestión de orgullo por lo que hago.

–¿Y no hace que te sientas bien?

–No es así de sencillo –respondió Daniel.

Ella inclinó la cabeza a un lado y él miró sus gafas con curiosidad.

–¿Ahora se lleva el look de bibliotecaria?

–Es mejor que la imagen de atracador que das tú.

Daniel bajó la cabeza y se miró la camiseta.

–La tengo desde que empecé el entrenamiento básico. Tiene un valor sentimental.

–¿Eso no sugeriría que tienes corazón?

–Sería difícil caminar por ahí sin tener uno.

–¿Tan difícil como sobrevivir sin dormir?

Daniel la miró sin parpadear.

–Las paredes son finas –dijo ella con suavidad–. Prueba a dormir sin la televisión puesta, o al menos no veas algo con tantos gritos. ¿Qué era… la película de terror de la semana?

–¿Ya vuelves a preocuparte por mí? ¡Qué tierno! Ahora que sé que te pasas la noche con un vaso pegado a la pared, buscaré algo en el canal de naturaleza donde salga el canto de las ballenas –se levantó para alejarse, pero ella le rozó la mano con la suya–. ¿Qué?

Jo dejó caer la mano y esquivó su mirada.

–Nada.

–Si tienes algo que decir, dilo. Tengo una cita con mi jefe dentro de una hora.

Ella no contestó.

–Continúas oxidada –Daniel movió la cabeza–. Tienes que seguir practicando.

–¿Cómo va el desafío?

–¿Eh? –Jo parpadeó; las dos noches de sueño interrumpido empezaban a afectarla.

Él debía de haber movido la cama después de la conversación de la cafetería. Los gritos sonaban ahora más lejos, pero eran una pura tortura. Jo dudaba de que nadie pudiera oír a un ser humano sufrir así sin sentir su efecto emocional.

–El desafío que te puso la revista –siguió Jess–. Ese en el que tienes que llevar ropa de las páginas centrales y descubrir si las distintas imágenes cambian cómo te ve la gente. Asumo que por eso pareces hoy una vendedora de cebollas francesa. Aunque esa boina te favorece.

Sí, a Jo le gustaba la boina; era algo que podía haber elegido para sí misma, aunque esos días no podía llevar nada que no eligiera la revista.

Bajó la cabeza y ordenó las migas de su plato con el tenedor. Si le preguntaba qué causaba las pesadillas, él no se lo diría. Hasta ahí, todo normal. Lo raro era que ella no había sentido la necesidad de hablarlo con su hermana. Su familia lo quería. Si él luchaba con algo que había vivido durante su destino militar, querrían ayudarlo todo lo posible. Aunque Daniel no se lo pondría fácil.

Y Jo tenía cada vez más la impresión de que el hombre que tan antipático le resultaba no había vuelto a casa y otro había ocupado su lugar. Uno con el que podía empatizar y al que quería conocer mejor.

Aquello era muy raro.

–Tierra a Jo.

–Todo bien –respondió ella. Tomó un bocado de tarta–. Elige esta.

Olivia la miró divertida.

–Eso mismo has dicho de las dos últimas.

Jo ladeó la cabeza.

–Recuérdame otra vez por qué haces esto conmigo en vez de con Blake.

–Porque a él le interesa más la luna de miel que la tarta de boda.

Jo tomó un segundo bocado de la tarta de chocolate.

–He mentido. Elige esta.

–Sabes que el chocolate es un sustituto del sexo –comentó Jess–. Es una cuestión de endorfinas.

–Es más que eso –respondió Jo–. No tienes que preocuparte de si el chocolate te llamará; nunca te da plantón y no le importa hacerte compañía el viernes por la noche –suspiró de contento y tomó otro bocado–. El chocolate es mejor que el sexo.

Jess hizo una mueca.

–¡Y unas narices!

–Es joven –comentó Olivia–. Aprenderá.

–Si lo probara de vez en cuando, aprendería mucho antes.

–Los espanta.

Jo movió el tenedor en el aire.

–Sigo aquí, ¿vale?

Ella no tenía la culpa de asustar a los hombres. Era una mujer con mucha más experiencia de la vida de lo que hubiera sido normal en sus veinticuatro años. Una mujer independiente y trabajadora, centrada en su carrera. Si había que hacer horas extra, se ofrecía ella. En las fiestas familiares en las que la gente no quería trabajar, se ofrecía ella. Y además de su carrera, no ocultaba que no le interesaba tener una relación, aunque no estuviera dispuesta a explicar por qué. A los hombres les resultaba difícil imaginar que los necesitara para algo más que una cosa. Aunque, en justicia, había muchos a los que eso no les parecería un problema.

Hubo un pequeño debate sobre los méritos de una crema de vainilla antes de que Jess preguntara:

–¿Qué tal nuestro nuevo vecino?

–Para que fuera «nuestro vecino», tendrías que estar allí más de una vez por semana –Jo sonrió con dulzura.

–Si necesitas refuerzos, solo tienes que gritar.

–A ti te cae bien Daniel.

–Daniel cae bien a todos menos a ti –Jess se encogió de hombros–. Es lo que es y no pide disculpas por ello. Eso tiene su mérito.

–No hay nada oculto en él –asintió Olivia–. De niño su franqueza le traía problemas, pero todos confiábamos en él.

Jo guardó silencio. La tarta de chocolate se había terminado.

–¿Has tomado ya una decisión? –preguntó.

–Me inclino por distintas capas de estas tres –Olivia señaló los platos más vacíos con el tenedor.

–¿Qué es lo siguiente de la lista?

–Las flores.

La conversación volvió a los planes de boda y salieron de la pastelería para dirigirse al metro. Cuando pasaban por la biblioteca pública, Jess miró hacia los escalones situados delante de las grandes columnas griegas; varios hombres con casco y chalecos antibalas estaban reunidos alrededor de uno de los leones de piedra.

–¿Ese no es Danny?

Olivia y Jess avanzaron hacia él y Jo no tuvo más remedio que admitir, de mala gana, que el uniforme le sentaba de maravilla y le daba un aura de peligro. Por otra parte, ella siempre había sabido que él podía ser peligroso. Podía atraer a las mujeres con una sonrisa y acobardar a los hombres con solo una mirada. Ella había visto una vez aquella mirada. ¿Cuándo? ¿En el treinta cumpleaños de Tyler, al que sí se había dignado acudir? Sí, había sido allí donde

un imbécil había cometido el error de tratar mal a su novia delante de él. Daniel solo había tenido que mirarlo y pedirle que respetara a la señorita y el hombre había dado marcha atrás y murmurado una disculpa.

Jo se preguntó por qué había hecho falta que lo viera de uniforme para que recordara que se había sentido impresionada por eso.

Él las saludó con una inclinación de cabeza.

–Señoritas…

Lanzó una mirada a la ropa que llevaba Jo. Aunque la mirada duró menos que un suspiro, fue seguida de un parpadeo y a continuación la miró a los ojos y le hizo sentirse… vulnerable. No sabía a qué se debía, pero sospechaba que podía deberse al hecho de recordar cosas que habría preferido olvidar.

Jess soltó una risita.

–Hola, Danny.

–Hola, guapísima.

Jo alzó los ojos al cielo al ver la reacción de su amiga a la sonrisa de él y fijó la vista en la multitud para no tener que estar pendiente de Daniel.

El corazón se le bajó a los talones.

–Tengo que irme.

–Pero ¿no íbamos a mirar las flores?

Jo miró a Olivia a los ojos.

–Te llamo luego –dijo con el tono de voz que implicaba un mensaje oculto.

–De acuerdo.

Jo se alejó sin mirar a Daniel, pero sintió la mirada de él en la espalda cuando se mezclaba con la multitud. La sensación que le producía ayudaba a explicar que tuviera un secreto con la hermana de él. Solo alguien con un secreto propio podía entender lo que implicaba sacarlo a la fría luz del día. Fijó la vista en la figura que veía moverse en el parque y se bloqueó emocionalmente en preparación para el encuentro.

Era el único modo de poder afrontar aquello.

El sueño empezaba unas horas antes del amanecer. Caras nuevas, un escenario distinto, pero el resultado era siempre el mismo. Cuando volvió a la realidad con el pulso latiéndole con fuerza y el corazón desbocado, Daniel se preguntó por qué le sorprendían los últimos añadidos. Al maldito sueño le encantaban las ampliaciones.

Se puso el pantalón de chándal y lanzó un juramento cuando se

golpeó el dedo del pie con una caja de camino a la cocina. Cuando buscaba el interruptor de la luz, se quedó paralizado. Abrió la puerta del apartamento y Jo se sobresaltó y dejó caer las llaves.

–¡Maldita sea, Daniel! –exclamó.

Él se apoyó en el dintel y se cruzó de brazos.

–¿Trasnochas o madrugas?

La pregunta no necesitaba respuesta, pues ella llevaba la misma ropa que en el exterior de la biblioteca. Apartó la vista del trasero perfecto embutido en pantalones negros ceñidos que terminaban en mitad de la pantorrilla.

Jo se volvió a mirarlo con el ceño fruncido y fijó la vista en el centro del pecho de él. Daniel sintió una corriente eléctrica recorrer su cuerpo desde el punto de impacto. El hecho de que ella siguiera mirando no ayudó, sino que hizo que la sangre fluyera a su entrepierna.

–¿No se te ha ocurrido pensar que tener un policía de vecino puede implicar que te reciba con su arma reglamentaria si te oye merodeando en la oscuridad?

–La luz está encendida –argumentó ella.

–Él te ha echado de su casa, ¿verdad?

–¿A qué viene esta repentina obsesión por mi vida sexual? –ella lo miró a los ojos–. Si no te conociera, pensaría que llevas tiempo sin hacerlo.

Daniel llevaba más tiempo del que estaba dispuesto a admitir, pero no podía compartir mucho tiempo el lecho con una mujer; era mucho mejor largarse antes de correr el riesgo de quedarse dormido y ponerse en ridículo.

–¿No es un poco viejo para ti?

Ella parpadeó.

–¿De quién estamos hablando?

–Del hombre que estaba contigo en Bryant Park.

–¿Qué hombre?

Daniel no se rendía tan fácilmente.

–El hombre con el que has discutido antes de arrastrarlo hacia la estación de metro.

–¿Me has estado espiando?

–¿Crees que cuando voy de uniforme tengo que ignorar lo que ocurre a mi alrededor?

Ella suspiró pesadamente y se volvió.

–No tengo energía para esto.

–Es miércoles. Seguiremos en la cafetería.

–No, de eso nada.

Cuando ella abrió la puerta, Daniel vio que hundía los hombros como si le hubiera costado un gran esfuerzo disimular lo agotada que estaba y la proximidad de su casa le permitiera relajarse.

Jo se volvió un momento a mirarlo y lo que él vio en sus ojos le hizo fruncir el ceño. Lo reconoció porque lo había visto en los ojos de soldados en combate y de hombres que llevaban demasiado tiempo trabajando de policías.

Si los ojos de una persona eran de verdad el espejo del alma, una parte de la de ella estaba a punto de renunciar a la lucha.

Sin darse cuenta, él dio un paso al frente impulsado por la necesidad de decir algo, pero incapaz de encontrar las palabras. Con los hombres con los que había trabajado no se necesitaban. Había una comprensión silenciosa, una empatía nacida de experiencias compartidas. Un gesto de asentimiento podía decir tanto como un centenar de palabras. Una broma o un comentario sin importancia eran bienvenidos. Pero alguien tan lleno de vida como Jo no debería…

La puerta de ella se cerró y Daniel tomó una decisión. Tampoco podía hacer otra cosa. Si ella tenía problemas y su familia sabía que no había hecho nada, le arrancarían la piel. Respiró hondo, retrocedió y cerró la puerta. Necesitaría unas horas más de sueño, con suerte ininterrumpido, para preparar la batalla.

Al día siguiente se aventuraría en territorio enemigo.

# CAPÍTULO 3

*«Todos sabemos que la ropa nueva puede subirnos los ánimos. Pero ¿cuántas veces miramos a la persona que la lleva y nos preguntamos si es una muestra de que algo importante le ocurre por dentro?».*

–VAMOS, Jack, contesta.

Jo se frotó la frente con los dedos para intentar espantar el dolor de cabeza. Cerró el teléfono y lo dejó en la mesa al lado del ordenador. Tendría que ir allí. Era el único modo de saber dónde estaba él.

Suspiró, tomó la taza de café y frunció el ceño por lo flojo que era. Tenía que hacer el trabajo del día en la mitad de tiempo, necesitaría un suministro continuo de cafeína.

–Se llama así, ¿verdad?

Otra taza de café se posó en la mesa. Ella parpadeó.

–¿Te gusta escuchar a escondidas?

–Llamémoslo deformación profesional –Daniel señaló la taza–. ¿Lo quieres o no?

Jo lo miró a los ojos.

–¿Por qué me invitas a café?

–Tienes pinta de necesitarlo –él apartó una silla de la mesa y se sentó.

–Hay otras mesas, ¿sabes?

Daniel no contestó. Tomó un sorbo de su café.

–No vamos a seguir donde lo dejamos anoche, si es eso lo que estás pensando –dijo ella.

–Técnicamente, ha sido esta mañana.

–Yo no me he metido en tus asuntos.

–Me alegra oírlo.

–¿Por qué no me devuelves el favor y haces lo mismo con los míos? –ella sonrió con dulzura.

Daniel tomó otro sorbo de café y no contestó.

–¿Qué es lo que quieres? –preguntó ella.

–¿En qué lío andas metida?

Ella alzó la vista.

–¿Qué?

–Contesta.

–¿Por qué te va a importar a ti si yo tengo algún problema? –ella enarcó las cejas–. Yo creía que te haría feliz la idea de que pueda

aparecer tirada en un callejón.

–¿Hay alguna posibilidad de que ocurra eso?

–No sería la primera vez.

–Eso no tiene gracia.

–No, pero tengo docenas de chistes de ese periodo de mi vida si quieres reírte –alzó la barbilla–. Ahí va uno. ¿Sabes qué es lo mejor de salir con una chica sin techo? Que puedes dejarla donde te apetezca.

Daniel no se rio.

–¿Le debes dinero?

–¿A quién?

–A Jack.

–No.

–¿Entonces qué ocurre?

Jo soltó una risita.

–¿Tengo que confiar en ti porque me has invitado a un café?

–Si tienes algún problema, dímelo ahora y…

–¿Me ayudarás? –preguntó ella–. No puedes. Y aunque pudieras, tú serías la última persona a la que pediría ayuda.

–Eso lo sé –respondió él.

–¿Y por qué haces esto? –preguntó Jo.

–Dime lo que ocurre –insistió él.

El tono profundo de su voz le hizo más daño que nada de lo que había dicho o hecho en cinco años y medio para provocarla y Jo lo odió por ello. Principalmente, porque el tono fue acompañado de una suavidad nueva en sus ojos azules que transmitía la impresión de que él comprendía. Como siempre que había la más mínima posibilidad de que alguien pudiera ver a través de una de sus máscaras, Jo combatió el fuego con fuego.

–Te diré lo que pasa cuando tú me digas por qué no puedes dormir.

Jo se arrepintió de sus palabras en cuanto los ojos azules de él se convirtieron en un bloque de hielo. No debería haberle arrojado eso a la cara. Era mezquino.

–¿Por qué crees que no duermo?

–Anoche estabas despierto y todavía pareces cansado.

–Trabajo en distintos turnos y no siempre es fácil adaptarse –respondió él–. Te toca a ti.

–¿Cuántos años hace que eres poli? ¿Ocho?

–Más o menos.

–¿Cuánto tiempo tardas en adaptarte?

–He estado siete meses fuera. Solo hace uno que he vuelto.

—¿Qué pasó cuando estabas allí?

—Nos dispararon —él se llevó la taza a la boca y tomó un sorbo sin dejar de mirarla a los ojos—. Esquiva el tema todo lo que quieras, pero los dos sabemos que si quiero descubrir lo que ocultas, puedo hacerlo sin tu cooperación. Empezaré con Olivia.

Era una amenaza hueca. Jo tomó su taza de café.

—Tu hermana no te dirá nada.

—Eso implica que sabe lo que es.

—Implica que ella jamás traicionaría una confidencia.

Él frunció los labios en un amago de sonrisa.

—Ya conoces a mi familia. Si creen que algo va mal, actuarán. Y te aseguro que sus intervenciones son una verdadera juerga. No sabes lo que es estar cinco contra uno en esa familia. Y he dicho que empezaría por Olivia.

—¿Qué te hace pensar que no eres el único que no lo sabe?

—Si lo soy, acabas de ponérmelo más fácil.

Jo no había tenido experiencia con una unidad familiar hasta que había conocido a los Brannigan. Para ella, eran todo lo que debía ser una familia. Eso era parte del motivo por el que nunca había entendido por qué Daniel no los apreciaba más. Pero el comentario que había hecho sobre las intervenciones familiares explicaba por qué él prefería combatir a sus demonios solo.

Se llevó la taza de café a los labios.

—Cuando hables con ellos, no olvides mencionarles los problemas que tienes para adaptarte a tus turnos. Quizá tus hermanos puedan darte algún consejo.

—Y quizá tú deberías decirme lo que pasa antes de que esto se ponga feo —respondió él.

—Podemos pasarnos el día así.

—La siguiente ronda es tuya. Yo tomo café solo.

Jo suspiró.

—No te vas a rendir, ¿verdad?

—No es lo mío.

—Eso nos devuelve al porqué necesitas saberlo. Corrígeme si me equivoco, pero creo que no has contestado todavía a eso.

Como él no respondió, ella dejó el café en la mesa y volvió a su trabajo. Él tomó un periódico que habían dejado en la mesa de al lado. Guardaron silencio un rato hasta que Jo alzó la vista y lo vio observándola.

—¿Qué?

—¿Las gafas eran un accesorio?

Ella volvió la vista a la pantalla.

–Me duele la cabeza si trabajo mucho rato en el ordenador, pero hoy me las he dejado en casa.

–Tenías otras cosas en la cabeza.

–Puedo agrandar la letra en la pantalla, si tanto te preocupa mi visión.

Hubo otro momento de silencio.

–Solo por curiosidad –preguntó él–. ¿Qué look se supone que llevas hoy?

–Se llama gótico chic.

O al menos la revista lo había llamado así. Era la ropa más extravagante que había llevado durante el desafío.

–Antes de salir, no olvides que a los vampiros no debe darles el sol –comentó él.

Jo estiró las piernas.

–¿No te gustan las botas? –preguntó–. Son mi parte favorita.

Daniel se inclinó a un lado para examinarlas y frunció el ceño.

–¿Puedes andar con eso?

–Las mujeres no se ponen estas botas por comodidad –contestó ella.

Se inclinó y pasó las manos por el cuero reluciente. Introdujo los pulgares por el borde, que quedaba en el muslo, y tiró al tiempo que levantaba el pie del suelo. Volvió la cabeza y le sonrió como nunca le había sonreído.

–¿No hablamos ya de que la gente se pone ropa por el modo en que se siente con ella?

Daniel apretó los dientes cuando ella repitió el movimiento con las manos en la otra pierna y se echó el pelo por encima del hombro al sentarse. Sonrió y Daniel siguió su sonrisa con la vista hasta el camarero, que le sonreía a su vez.

Daniel lo miró de hito en hito, pero no era el camarero quien lo irritaba. Le molestaba lo bien que había funcionado la táctica de distracción de ella.

Todas las células de su cuerpo habían reaccionado a aquellas botas y el trozo de piel desnuda debajo de otra falda pecaminosamente corta. Pero si ella creía que podía distraerlo mucho tiempo de su objetivo, se equivocaba.

Ella apartó a un lado el ordenador y apoyó el codo en la mesa. Colocó la barbilla en la palma de la mano y se inclinó hacia delante fingiendo inocencia.

–¿Ocurre algo?

–¿Has terminado? –preguntó él con sequedad.

–¿Terminado con qué? –los ojos de ella brillaban divertidos–.

Tendrás que ser más explícito.

–Dime lo que ocurre.

Jo alzó los ojos al cielo y él colocó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia ella, mirándola a los ojos. De cerca, tenía unos ojos espectaculares. Algo grandes para su cara, pero de un marrón tan profundo que resultaba difícil saber dónde empezaba el iris.

Nunca se había fijado en eso antes.

–¿Y si te dijera que es algo privado? –preguntó ella en voz baja.

–Te diría que no se lo diré a nadie –respondió él con el mismo tono de voz.

–¿Por qué te voy a creer?

–Un hombre no vale nada sin su palabra.

–Dime por qué quieres saberlo.

Daniel dudó un momento.

–Reconocí lo que vi en tus ojos antes de que cerraras la puerta esta mañana. Lo he visto antes.

–¿Qué viste? –susurró ella.

–Resignación.

Ella lo miró y parpadeó.

–Si me conocieras bien, sabrías por qué no quiero hablar de ello. La gente tiene secretos por algo.

Volvió a su ordenador y Daniel miró en dirección a la calle y se preguntó qué haría él si estuviera en su lugar. Seguramente lo mismo. De hecho, ya lo estaba haciendo. Ambos se negaban a abrirse al otro.

–¿Quieres otro café? –preguntó ella.

Daniel negó con la cabeza.

–Creo que iré a la comisaría a buscar fotos de Jack antes de que empiece mi turno.

Jo suspiró pesadamente.

–Escarba todo lo que quieras. Te digo desde ya que solo hay un modo de que te enteres y ese modo no está ahora ni estará nunca a tu alcance.

–Ya me estás desafiando otra vez.

Daniel se levantó, puso una mano en la mesa y la otra en el respaldo de la silla de ella. Cuando ella alzó la vista, él sonrió con la misma sensualidad que había sonreído ella cuando hacía el numerito de las botas.

–Cuando quiero algo, nada se interpone en mi camino –le dijo en voz baja e íntima–. Si me lo pones difícil, lo desearé más y me esforzaré el doble por conseguirlo. Así que puedes seguir haciendo lo que haces, pero no digas que no te lo he advertido.

Retiró las manos y se volvió. Ella podía interpretar sus palabras como quisiera. Si llegaba a la conclusión de que no se refería solo al secreto que guardaba, él no podría jurar que se equivocaba.

El estilo gótico acabaría con ella o conseguiría que la detuvieran. Para empezar, los pies la estaban matando, pero de haber sabido que acabaría recorriendo a pie todo el barrio en busca de Jack, se habría cambiado. Y en lo referente a ser detenida, tal vez se sintiera agradecida. Aunque los cargos tuvieran que ver con pasar mucho tiempo parada en una esquina mientras intentaba averiguar dónde se hallaba, podía consolarse pensando que estaba a salvo dentro de un coche patrulla. Miró por encima del hombro y le pareció ver a alguien moverse en las sombras. Apretó el paso.

Si Daniel la veía allí le echaría un sermón.

Recordó lo último que le había dicho en la cafetería. No era posible que hubiera querido insinuar lo que ella imaginaba. Aunque lo peor había sido la reacción de ella. En vez de enfadarse, se le había acelerado el pulso y había tenido que apretar los muslos. Ningún hombre le había causado nunca un efecto erótico tan inmediato.

Cruzó de acera sujetándose con las manos el largo abrigo negro en un intento por ocultar lo que llevaba debajo. Se detuvo delante de una puerta y miró el cartel de neón antes de abrirla. Si Jack no estaba allí, no lo buscaría más.

–¡Vaya, hola, guapa! ¿Quieres venir aquí y…?

Jo miró de hito en hito al hombre que tenía delante.

–Llevo spray de pimienta y no me da miedo usarlo.

No llevaba, pero él no lo sabía.

–Mikey, deja en paz a la señorita –dijo una voz desde detrás de la larga barra de madera–. Está muy fuera de tu alcance.

Jo se acercó sonriente.

–Hola, Ben.

–Hola, Jo. ¿Cómo está mi mejor chica?

–Bien. ¿Él está aquí?

Ben asintió.

–En la parte de atrás.

–¿Debe algo?

–Tenemos un trato contigo, ¿no?

–Gracias, Ben.

Jo se abrió paso entre la multitud con un suspiro. La esperaba la inevitable discusión sobre si era hora de irse o no lo era. Sabía lo que diría él y las excusas que pondría. Había vivido esa escena incontables veces.

Por muy lejos que consiguiera alejarse de su pasado, siempre podía contar con que Jack le recordaría sus raíces.

La idea de que Daniel pudiera hacer lo mismo…

Se riñó a sí misma. Ya estaba bien de pensar en él. Empezaba a tener la sensación de que lo llevaba consigo a todas partes.

Daniel apoyó la cabeza en la pared y frunció el ceño. Cualquier sentimiento de culpabilidad que hubiera podido tener por haberla seguido desapareció a los cinco minutos de que Jo llegara a su destino.

¿En qué narices se había metido?

Esperó a ver si salía del octavo bar a los dos minutos, como había hecho en los siete primeros. Cuando pasaron veinte y estaba contemplando la idea de cruzar la calle, se abrió la puerta.

El hombre retrocedió un paso tambaleante mientras ella le ayudaba a meter el brazo en la manga del abrigo. Luego Jo colocó el brazo de él sobre sus hombros, lo tomó por la cintura y lo guió por la acera.

¿Qué hacía con un hombre así? Aparte de que le doblaba la edad, no debería estar con alguien al que tenía que ir a buscar por los bares. Una mujer tan guapa como ella, tan lista como ella y que podía excitar tanto a los hombres…

Daniel apretó los dientes con fuerza y pensó en buscar la estación de metro más cercana. ¿Por qué le importaba lo que hiciera ella? Pero antes de que pudiera alejarse, el hombre se tambaleó de lado, hizo chocar a Jo contra la pared y algo se desató en el interior de Daniel.

Metió una mano debajo del cuello para sacar la placa que llevaba colgada en una cadena y cruzó la calle. Cuando llegó hasta ellos, puso una mano con firmeza en el hombro de él y lo empujó un par de pasos hacia atrás.

–Policía –apuntó a Jo con un dedo–. Y tú quédate donde estás.

Ella lo miró con incredulidad.

–¿Ahora te dedicas a seguirme?

–Soy poli, ¿recuerdas? ¿Qué pensabas que iba a hacer?

–Eres increíble.

–Y tú eres muy afortunada de haber tenido un guardaespaldas las dos últimas horas teniendo en cuenta dónde estás. ¿Por qué narices vienes aquí sola? ¿Sabes la cantidad de disparos que hay a diario en este barrio? –el hombre dio un paso tambaleante y Daniel lo miró con fijeza–. Yo que tú no lo haría, amigo. Yo te diré cuándo puedes moverte.

El hombre bajó la cabeza y habló con voz pastosa.

–No puedes hablarle a mi…

–¡Cállate, Jack! –intervino Jo. Miró a Daniel–. ¿Cómo te atreves?

–Oh, me atrevo. Y tú me vas a decir qué es lo que pasa aquí o en la comisaría más próxima. Es tu decisión.

–No puedes detenerme.

–¿Quieres apostar?

–No he hecho nada.

–Muy bien. Lo detendré a él para que pase la mona en una celda.

–No lo hagas –ella suspiró–. Solo necesito llevarlo a casa.

Daniel miró a Jack.

–¿Dónde está?

–A cuatro manzanas.

–Tú dirige. Yo lo llevaré, y cuando lleguemos, tendremos una larga charla.

Daniel tendió la mano y agarró la manga del otro hombre antes de que se cayera al suelo.

–Vomítame encima y juro que te detengo.

El recorrido duró el doble de lo que hubiera sido normal. Cuando llegaron, Jo metió al hombre en el baño de un apartamento de un dormitorio. Daniel paseó por la sala de estar mientras esperaba. Hasta que algo atrajo su atención.

Se detuvo delante de una estantería y tomó un certificado enmarcado que había sido entregado a Jorja Elizabeth Dawson por buena asistencia en sexto curso. Alzó la cabeza y descubrió una fotografía apoyada en un montón de libros. En ella aparecía un Jack más joven delante de una noria con el brazo alrededor de los hombros de una niña delgada, con coletas y una amplia sonrisa que mostraba que le faltaban dos dientes.

Daniel comprendió su error y se sintió como el mayor estúpido del mundo. Miró hacia el pasillo y vio que Jo lo observaba en silencio.

–Es tu padre –dijo.

–Sí –respondió ella.

–Deberías habérmelo dicho.

–Si hubiera querido que lo supieras, lo habría hecho.

Él devolvió el certificado al estante y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

–¿Cuánto tiempo hace que bebe?

–Desde hace mucho –ella se encogió de hombros–. Hay un mes que es peor que los otros once. Y casualmente ahora es ese mes.

Daniel respiró hondo.

–Jo…

Se abrió la puerta detrás de ella y apareció Jack. Daniel se adelantó.

–Le debo una disculpa por el malentendido –le estrechó la mano–. Soy Daniel Brannigan. Un amigo de su hija.

Jo hizo una mueca.

–Eso es un poco exagerado, ¿no crees?

–Estaba preocupado por ella.

–¿Desde cuándo? –intervino Jo.

Daniel la miró a los ojos.

–Creía que estaba en un lío.

–Mi Jo no –Jack hablaba con voz pastosa–. Es una buena chica –achicó los ojos–. ¿Tú eres poli?

–Sí. De la Unidad de Servicios de Emergencia.

–Si la gente necesita ayuda, llama a la policía –Jack sonrió–. Si los polis necesitan ayuda, llaman a esa unidad.

–Así es.

–¿Quieres una copa?

–No hay –intervino Jo–. Limpié esto anoche.

Daniel negó con la cabeza.

–No, gracias. Voy a acompañar a su hija a casa, si no le importa.

–No es necesario –repuso ella.

Él la miró a los ojos.

–Es lo menos que puedo hacer –dijo con firmeza.

–De acuerdo –ella sonrió con dulzura–. Podemos charlar por el camino. Mientras ayudo a Jack a acostarse, ¿por qué no piensas en las cosas que me quieres decir? –pasó un brazo alrededor de la cintura de su padre–. Vamos.

Cuando salieron, Daniel levantó los ojos al cielo y respiró hondo.

Iba a ser el viaje en metro más largo de su vida.

# CAPÍTULO 4

*«¿No te encanta cuando te encuentras algo que compraste en las rebajas y no te acordabas? Es cierto lo que dice la gente: si buscas con atención, puede que te sorprenda lo que encuentras».*

–¿SABES lo que me recuerda esto?

Daniel se volvió a mirarla en el vagón del metro.

–¿Ahora ya hablamos?

–No. Hablo yo. Tú todavía no.

El tren frenó y él miró por la ventanilla.

–Me recuerda a las veces que he oído a mi mejor amiga quejarse de que sus hermanos investigaban a todos los hombres con los que la veían –prosiguió ella–. Antes lo encontraba gracioso, ahora ya no. ¿Qué os da derecho a entrometeros en la vida de otras personas?

–Se llama interés –respondió él.

–Se llama acoso.

–No me voy a disculpar por haberte seguido. Teniendo en cuenta dónde has terminado, no me arrepiento de haberlo hecho. A partir de ahora, si tienes que ir allí de noche, te acompañaré yo.

–Yo no soy tu hermana.

–Eso lo sé muy bien –repuso él.

–Tú no puedes dictarme lo que tengo que hacer.

–No, pero si te ocurre algo, no quiero tenerlo en mi conciencia. Ya está bastante llena, gracias.

Jo frunció el ceño. Agradecía el interés de él por su seguridad y también que Daniel se hubiera disculpado con Jack y le hubiera mostrado respeto. Pero le molestaba que supiera lo de su padre.

Todo el mundo tenía cosas que no le apetecía que supieran otras personas y ella no era una excepción, así que no lo había perdonado.

Pensó en la última vez que había tenido que bregar con alguien que había descubierto lo de Jack. La diferencia era que con Olivia ella había decidido lo que quería contar y su amiga no la había presionado. Olivia jamás la seguiría, pero Jo sabía que, incluso después de seis años y con una experiencia traumática uniéndolas, le seguía ocultando cosas a su amiga. Era lo que había hecho casi toda su vida y no creía que pudiera cambiar.

Daniel se levantó.

–Hacemos transbordo aquí.

Jo hizo una mueca y se incorporó. Decidida a ocultar que sufría en nombre de la moda, se agarró a una de las barras de metal mientras esperaban a que parara el tren y se abrieran las puertas. Daniel echó a andar con rapidez hacia el otro extremo de la plataforma, pero miró por encima del hombro y se detuvo.

–¿Qué pasa?

–Nada –respondió ella entre dientes.

Él le miró los pies.

–Te mataría pedir ayuda, ¿no?

–Son ampollas, no piernas rotas –contestó Jo.

Se sentó en un banco y él miró el túnel por el que llegaría el tren y se metió las manos en los bolsillos. Como miró las botas de ella al volverse, Jo se echó hacia atrás en el banco y dejó que se abriera el abrigo. Apoyó las manos en el plástico y cruzó las piernas. Cuando él posó la vista en sus muslos, ella reprimió una sonrisa. Siempre la había ayudado saber que podía provocarlo, aunque probablemente no era buena idea descubrir el efecto que tenía en él en aquel sentido.

Daniel la miró a los ojos y ella enarcó las cejas.

Él movió la cabeza.

–Asumo que las mujeres no llevan esas botas por comodidad.

Jo sintió carne de gallina al oír su voz profunda y rasposa.

–Estas botas no se hicieron para andar –murmuró; balanceó las piernas cruzadas.

–¿Y por qué no se te ocurrió cambiarte?

Jo alzó la barbilla.

–A ti te molesta mi ropa, ¿verdad? No me digas que prefieres a las mujeres con miriñaque. ¿Y que lleven una sombrilla, tal vez? Una mujer que deje caer el pañuelo cuando tú pasas y que se muestre eternamente agradecida si acudes en su rescate.

–¿De verdad quieres entrar en eso?

Jo se encogió de hombros.

–Es la mitad de tu problema conmigo. Hombre neandertal conoce a mujer moderna e independiente y no sabe qué hacer con ella.

La sonrisa de él fue lenta, y cargada de sensualidad.

–Tienes mucho que aprender sobre un hombre como yo, muñeca. Cuando estés lista para descubrirlo, avísame.

Ella lo miró a los ojos.

–¿Se supone que eso me va a asustar?

–¿Qué te hace pensar que esa es mi intención?

–¿Crees que no puedo aceptar tu reto y ganar, Danny?

Él volvió a sonreír.

–¿Ahora soy Danny?

Ella sonrió a su vez sin darse cuenta y él, al verlo, sonrió más todavía.

Jo alzó la barbilla, estiró los brazos a los costados y arqueó la espalda. Empujó los pechos hacia delante de un modo que sabía que tensaría los botones de la blusa hasta casi romperlos, separó los labios y respiró hondo. Para completar el gesto, se apartó el pelo de los hombros, se mordió el labio inferior y lo soltó muy despacio. Cuando hubo terminado, lo miró.

La mirada intensa de él bajó por el cuerpo de ella y volvió a subir. Se detuvo un momento en los pechos y cuando sus ojos llegaron a la altura de los de ella, hizo un gesto de asentimiento.

–Te gusta vivir al límite.

Allí estaba otra vez la voz profunda y rasposa.

Jo se disponía a preguntarle qué pensaba hacer al respecto, pero la interrumpió el sonido del tren.

Daniel se acercó al banco y le tendió la mano.

–Arriba.

Ella tomó la mano tendida y sintió subir por su brazo el mismo calor eléctrico que había sentido la primera vez que la había tocado. Cuando él la ayudó a incorporarse, el calor se extendió por todo el cuerpo. Jo respiró hondo y esquivó su mirada. Miró el tren y dio un paso hacia él. Su tobillo dio un giro raro y ella hizo una mueca.

Él le sujetó la mano con firmeza.

–¿Estás bien?

Ella sonrió.

–Dímelo tú.

Daniel se adelantó y pulsó el botón que abría las puertas del tren.

–Sé lo que estás haciendo –le informó él cuando estuvieron dentro.

El tren se puso en marcha y ella cayó hacia delante y dio un respingo cuando sus pechos entraron en contacto con el torso de él. Intentó retroceder, pero él la sujetó por la cintura y la mantuvo en el sitio. Bajó la cabeza y le susurró al oído.

–¿Cuánto te quieres acercar a ese límite?

A Jo se le aceleró el corazón y su sangre se transformó en fuego líquido.

Daniel le acarició la palma de la mano con el pulgar y le puso la otra mano en la cadera.

–Si sientes curiosidad por saber lo que hay al otro lado, yo puedo llevarte allí.

Su voz ronca hizo que sus palabras sonaran como una promesa de éxtasis y Jo acercó la parte inferior de su cuerpo al de él. Daniel se puso tenso y ella sintió una oleada de poder femenino.

Volvió la cabeza, alzó la barbilla y le susurró al oído:

–Esto iría mucho mejor si guardaras silencio.

–Una mujer que se gana la vida con las palabras, sabe lo que pueden conseguir –la mano que él tenía en la cadera de ella bajó peligrosamente cerca de la curva del trasero–. Solo se necesitan unas pocas y nuestras mentes suplen el resto.

Jo sonrió con languidez.

–Tienen que ser las palabras apropiadas. Y creo que en eso llevo ventaja.

–Ponme a prueba y lo veremos.

El movimiento del tren balanceaba sus cuerpos y el pulgar de él trazaba círculos en la palma de ella. La cabeza de él se movió un poco.

–¿Te estás echando atrás?

Jo bajó la voz a un nivel todavía más íntimo.

–Anticipación… anhelo… deseo –alzó la mano y la colocó en el brazo de él–. Intensidad… velocidad… –suspiró–. Tensar, agarrar, alcanzar… –inspiró, contuvo el aliento un segundo y lo soltó en un suspiro–. Liberación.

–¡Jorja!

La advertencia hizo que ella echara atrás la cabeza para verle la cara. Los ojos de él se habían oscurecido como cielos tormentosos. Bajó la vista a la boca de ella y ella movió sin darse cuenta la lengua en preparación. Se preguntó cómo sería besarlo.

Pero ya era suficiente. Tenía que dejar aquello. No podía entregarle una victoria así porque él jamás le permitiría olvidarlo. Daniel era su enemigo. Cualquier otro hombre que hubiera tenido el mismo efecto en ella podría haber sido candidato al tipo de sexo que ella obviamente necesitaba más de lo que creía.

Bajó la barbilla y lo miró entre las pestañas.

–Tengo otra palabra para ti –dijo.

–¿Problemas?

–Decepción. Yo en tu lugar aprendería a vivir con ella –sonrió con dulzura, bajó la mano de su cuello a su pecho y lo empujó. Miró por encima del hombro–. Mira eso, es nuestra parada. ¡Cómo vuela el tiempo cuando nos divertimos!

Salió a la plataforma delante de él y extendió el brazo izquierdo

a un lado para recuperar el equilibrio antes de soltarlo. Él tiró de ella hacia sí sin previo aviso. Ella se tambaleó. Una mano grande la sujetó por la parte de atrás del cuello y el mundo que conocía llegó bruscamente a su fin.

Unos labios firmes aplastaron los de ella en un beso que le hizo tambalearse de nuevo. Soltó un gritito de sorpresa, parpadeó con los ojos muy abiertos y se agarró a los hombros de él para mantenerse erguida. Pero cuando él echó a un lado la cabeza, ella cerró los ojos. Su vena competitiva surgió como siempre con él. Daniel no podía encender su cuerpo como si fuera una vela sin que hubiera repercusiones.

Absorbió la intensidad del beso y se lo devolvió. Entreabrió los labios y él deslizó la lengua en su boca y jugó con la de ella. Fue un beso airado y descoordinado y, sin ninguna duda, el beso más apasionado que ella había sentido nunca y lo odió por ello. No quería pasar el resto de su vida comparando todos los demás besos con aquel, y menos cuando el beso iba destinado a castigarla por lo que había hecho en el tren. ¿Por qué no podía dejarla ganar una vez?

Porque no sabía cómo.

Cuando el beso terminó tan bruscamente como había empezado, Jo abrió los ojos y lo miró fijamente. Para su sorpresa, él no parecía victorioso, sino tan enfadado como ella. La soltó sin decir nada y echó a andar hacia la salida. Jo apretó los dientes y lo siguió, frustrada porque sus tacones no le permitían seguirle el paso. Cuando Daniel llegó a la calle, miró por encima del hombro, volvió hasta ella y la alzó en vilo.

–¡Bájame! –gritó ella.

–Si vamos a tu paso, no llegaremos hasta Navidad –gruñó él–. Deja de moverte.

Jo suspiró pesadamente y se agarró a su cuello. Un hombre que pasaba por la acera sonrió al verlos y ella se señaló los pies.

–Ampollas –explicó.

Cuando llegaron por fin al vestíbulo de su bloque de apartamentos, él se dirigió hacia las escaleras.

–Si hubiéramos tomado el ascensor, no habrías tenido que seguir llevándome a cuestas –señaló ella en el segundo piso.

–Ayer rescatamos a dos personas atrapadas en un ascensor. En ese momento se me ocurrió que, si alguna vez me quedo encerrado en ese antiguo artilugio, seré el hazmerreír de mis compañeros toda la vida.

–Dos personas encerradas en un ascensor –comentó ella–. Me

pregunto qué harían para pasar el tiempo.

–Dos hombres encerrados en un ascensor.

–Me pregunto qué harían para pasar el tiempo.

Daniel la miró.

–¿Ya me has perdonado por haberte seguido?

A Jo no se le escapó que no le pedía perdón por haberla besado. Pero de todos modos, su respuesta era la misma.

–No.

Tres pisos más arriba llegaban a la puerta de ella.

–La llave –ordenó él.

–Ya puedes bajarme.

–La llave.

Ella retiró el brazo del cuello de él, abrió su bolso y sacó el llavero. Lo agitó delante de la cara de él.

–¿Ya estás contento?

–Lo estaré cuando la pongas en la puerta.

–¿Y cómo voy a hacer eso desde aquí arriba? –él se acercó más y ella murmuró–: ¿Piensas meterme también en la cama?

–¿Eso es una invitación?

–No puedo creer que hayas dicho eso en voz alta –Jo se metió el pelo detrás de la oreja y se concentró en introducir la llave en la cerradura y hacerla girar.

Daniel la llevó dentro, esperó a que encendiera la luz y cerró la puerta con el pie. La depositó sin ceremonias en los cojines del sofá, se sentó en el baúl que usaba ella como mesita de café y alzó la mano.

–Dame tu pie.

Jo se apartó el pelo de los ojos.

–Estás de broma, ¿verdad?

–No me iré hasta que vea lo que te has hecho. Dame el pie.

–¿Seguro que lo que quieres no es tocar la bota? Sabes que hay terapias para esas cosas, ¿verdad?

–Es increíble que hayas vivido tanto tiempo sin que alguien te estrangule –él movió los dedos–. Cuanto antes me des el pie, antes podrás librarte de mí.

Jo alzó el pie y lo puso en la rodilla de él. Daniel pasó la mano a lo largo de la bota. Cuando llegó arriba, Jo apretó los labios al ver su expresión.

–¿Problemas? –preguntó.

–No.

–La cremallera está detrás.

–Lo sé.

–¿También sabes que para quitármela tendrás que tocarme? –a Jo le parecía que eso no había sido un problema antes de que la tirara en el sofá.

Él la miró a los ojos. Puso la mano en la parte de atrás del muslo de ella, que dio un respingo.

–No puede subir más –advirtió Jo.

Él abrió la cremallera, deslizó los dedos bajo el borde, bajó el cuero por la pierna y le alzó el pie con la otra mano. Mientras descendía la bota, la mano de él rozaba su piel, distrayéndola del dolor agudo del tobillo con una caricia gentil.

A pesar de que estaba enfadada con él por el beso, no había ni un solo centímetro de su cuerpo que no anhelara aquel contacto. Su cabeza no podía entenderlo, pues se trataba de Daniel, y el corazón le latía con fuerza. ¿Había cambiado él o ella? El calor le empapó la piel y le subió por la pierna. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Cómo había ocurrido? Su pulso cantaba con un placer intenso. ¿Qué importaba eso si la sensación era tan buena?

Él dejó la bota a un lado y pasó la mano por la pantorrilla. Jo tragó saliva en un esfuerzo por humedecerse la boca seca y se mordió el labio inferior para reprimir un gemido. Se dijo que pararía aquello en un minuto más.

Él le alzó la pierna para mirarle el tobillo.

–¿El otro está tan mal como este?

La voz de él volvía a sonar ronca.

–Probablemente –repuso ella. Y su voz sonaba también diferente.

–Déjame ver –ordenó él.

Jo puso el pie en el suelo, alzó la otra pierna y contuvo el aliento mientras él repetía el proceso. Y ella no estaba preparada para aquella especie de ternura, sobre todo partiendo de un hombre como él. Si Daniel añadía ternura a un beso, ¿seguiría siendo apasionado?

–¿Tienes un botiquín? –preguntó él –Sí.

Él alzó la vista.

–¿Quieres decirme dónde está?

–En el baño.

–Ya lo busco yo. Tú no te muevas.

Cuando se alejó, Jo respiró hondo. El tiempo parecía escapársele junto con la cordura. Ya debía de haber pasado un buen rato. Abrió mucho los ojos al recordar lo que había en el baño al lado del botiquín. Confió en que él no se lo tomara como una invitación.

Pero cuando Daniel volvió, simplemente dejó el botiquín en el

baúl y volvió a tomarle el pie.

–Puedo hacerlo yo –intervino Jo cuando pudo hablar.

Él eligió lo que necesitaba, abrió un paquetito blanco y le puso una mano bajo la pantorrilla.

–A pesar de lo que me encanta tu calzado, deberías considerar llevar zapato plano de vez en cuando. Puede que esto te escueza.

–¡Ay!

Él sonrió.

–Son ampollas, no piernas rotas.

Jo apretó los dientes. Él le puso una tirita y ella retiró el pie.

–Buenas noches, Daniel.

Él se incorporó y se inclinó hacia ella mirándola a los ojos. Puso las manos a ambos lados de las caderas de ella. Jo alzó la barbilla inconscientemente, pero en vez de besarla, Daniel permaneció inmóvil y una sonrisa sexy se formó en su boca.

–Buenas noches, muñeca –dijo con aquella voz ronca.

Jo parpadeó cuando él cruzó la estancia y cerró la puerta. Ahora que sabía el efecto que tenía sobre ella, lo usaría siempre que tuviera ocasión. Tomó un cojín, se lo apretó contra la cara y gritó de frustración.

# CAPÍTULO 5

*«Aunque adoro el verano, me encantan los colores del otoño. Si respiras hondo ahora, incluso en la ciudad puedes sentir la llegada de algo espectacular».*

HABÍA empezado ella. No había sido una respuesta muy madura, pero después de pasarse casi todas sus horas despierto reproduciendo en su mente el beso más apasionado de su vida, a Daniel no le importaba eso.

Ni siquiera el hecho de que ella fuera quien era suponía ya ninguna diferencia, en particular cuando pensaba en su reacción a la caja que había visto en el armario de su cuarto de baño. No porque no creyera que fuera sensato guardarlos allí, pero por un momento le había costado mucho resistir el impulso de llevarse la cajita consigo, tirársela encima y exigir que le dijera con quién los había usado.

Lo que hizo, en cambio, fue cerrar el armario con fuerza y jurar que solo había un hombre con el que los usaría en un futuro no muy lejano.

Desgraciadamente, cuando él había sacado la artillería pesada, se había encontrado con una guerrilla enfrente. Ella había golpeado con fuerza, desaparecido detrás de la mujer que lo provocaba con muy poco esfuerzo y luego había vuelto a atacarlo cuando él había intentado un alto el fuego temporal haciendo algo amable.

Le gustaba creer que había lanzado un contraataque efectivo antes de irse del apartamento. Ella estaba enfadada porque la había besado. Muy probablemente tampoco le gustaba haberle devuelto el beso. Pero había dejado patente que estaba abierta a que volviera a ocurrir. Y Daniel pensaba que, como no había habido mucha delicadeza en el primer beso, el siguiente paso sería enmendar ese error.

Entró en la cafetería por la puerta más alejada de la mesa de ella. Mientras esperaba que le sirvieran, hizo una pequeña labor de reconocimiento. Descubrió que ese día ella llevaba una coleta, y un vestido blanco con lo que parecía un escote bajo. Tenía que estar en guardia con eso. Bajó más la vista y frunció el ceño mientras se preguntaba si había escasez de tela en el mercado. Recordó la suavidad de la piel de ella en la parte de atrás de los muslos y apartó la vista. No estaba seguro de poder resistir lo que ella llevaba

en los pies.

–Sabía que era demasiado bueno para durar –murmuró ella cuando él le puso una taza al lado del ordenador y se sentó.

–¿Me echas de menos?

–¿Por qué no pruebas a desaparecer más de treinta y dos horas y lo comprobamos? Una década podría servir.

Daniel tomó un sorbo de su café.

–¿Anoche fuiste de nuevo a ver a Jack? –preguntó. Como ella no contestó, asumió que la respuesta era afirmativa–. Creí que habíamos acordado que no irías sola allí.

–Yo no recuerdo haber accedido a eso.

Él extendió una mano.

–Dame tu móvil.

Ella alzó la vista hacia él.

–¿También estoy castigada sin salir?

–No. Pero te faltan cinco segundos para que te ponga un toque de queda. El teléfono.

–¿Para qué lo quieres?

–Te voy a anotar mi número. La próxima vez que tengas que ir allí de noche, llámame.

–No lo haré. Y no te daré mi móvil. No necesito guardaespaldas y tú trabajas en turnos cambiados. No puedes dejarlo todo y salir corriendo en mi ayuda si estás trabajando.

–Si estoy de servicio, te acompañará Tyler.

–No necesito guardaespaldas –repitió ella–. Pero si lo necesitara, ya tengo el número de Tyler.

Daniel frunció el ceño cuando su cerebro decidió establecer una relación entre su hermano y la cajita del cuarto de baño.

–Dame el maldito teléfono, Jo.

Ella alzó la vista de nuevo. Lo que vio en los ojos de él hizo que suavizara la voz.

–Puedo cuidar de mí misma.

Daniel movió los dedos.

–Que tengas mi número no te obliga a usarlo.

Ella alzó la barbilla.

–¿Te irás si te lo doy?

–Cuando me termine el café.

–¿Y puedes tomártelo más deprisa?

–¿Hay alguna razón para que te sientas incómoda conmigo aquí? –preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

–No más que de costumbre.

Daniel sonrió. Ella mentía muy mal.

–Si no me das tu móvil, puedo hacer durar esta taza todo el día –bajó la voz–. Ir despacio tiene muchas ventajas.

Ella frunció el ceño, alzó unos papeles, tomó el móvil y se lo puso en la mano.

Daniel introdujo su número y se envió un mensaje a su móvil para tener el de ella. Tendió la mano con el móvil encima.

Ella lo tomó con un suspiro. Cuando sus uñas rozaron la piel de él, todos los músculos de su cuerpo se sobresaltaron.

Daniel cerró los dedos alrededor de los de ella. Jo entreabrió los labios y lo miró a los ojos.

–Dime que me llamarás –dijo él.

–Daniel…

–¿Por qué te seguí, Jo?

–Ya me dijiste por qué.

–Te dije que, si te pasaba algo, no quería tenerlo en mi conciencia. Y es verdad. Pero eso te lo dije después de ver adónde habías ido. Pregúntame por qué te seguí allí en primer lugar.

–Es lo que haces tú –ella miró sus manos unidas.

–No con todo el mundo.

–No me refería a eso. Eres policía y marine; toda tu vida se basa en una sensación de deber hacia los demás. Pensaste que tenías que llegar al fondo de eso debido a mi relación con tu familia.

Daniel asintió.

–Eso mismo me dije yo.

Jo liberó su mano y alzó la barbilla.

–Agradezco tu preocupación…

–La preocupación es una parte. La misma que sentiste tú el día que me solté el arnés –Daniel respiró hondo–. Puede que hayamos discutido desde el día en que nos conocimos, pero hace casi seis años que nos conocemos. Es difícil sentir indiferencia por alguien que lleva tanto tiempo estando ahí. Si ocurre algo, notas el hueco que deja. Puede que tardaras una década en echarme de menos, pero me gusta pensar que lo harías si supieras que no iba a volver.

Ella fijó la mirada al frente, en un punto invisible unos centímetros por encima de su ordenador.

–¿Por qué me dices esto?

Daniel pensó la respuesta.

Una explicación podía ser que llegaran al punto en el que ambos aceptaran la conclusión inevitable de su volátil atracción. Si él no hubiera sentido la necesidad de continuar donde lo habían dejado, habría intentado irse a dormir antes de ir en su busca.

Demasiado tarde.

Reprimió un bostezo, que sirvió para recordarle que su cuerpo tenía un límite y no podía funcionar solo a base de adrenalina. Eso lo encontraba en el trabajo y también con Jo, con la electricidad de su atracción chispeando continuamente en el aire entre ambos. Pero si apartaba aquellas cosas, estaba exhausto y era una sombra de sí mismo.

–Tú me preguntaste si nunca me cansaba de esto –era lo máximo que podía acercarse al corazón del problema sin revelar demasiado–. Quizá tenías razón –se levantó–. Y dicho eso, teniendo en cuenta que he hecho medio turno de otra persona esta mañana y vuelvo a entrar a las cuatro, creo que me voy a dormir.

Estaba ya en la puerta cuando ella lo detuvo.

–¿Danny?

Él se volvió.

–¿Sí?

–Si necesito ayuda, te llamaré –después de esa confesión enarcó las cejas para indicar que era el turno de él.

–No irás allí sola de noche.

–Eso no puedo prometerlo.

–Te cambiarás antes de ir y tendrás cuidado.

–Siempre tengo cuidado.

–Zapatos planos y ropa amplia. De la que tapa de la cabeza a los pies.

Ella sonrió.

–¿Me pongo una bolsa en la cabeza?

–Un pasamontañas te ayudaría más a pasar desapercibida en ese barrio –él sonrió también–. A la primera muestra de problemas, llamas. Mi número está en la H.

–¿Por qué está en la H?

Daniel abrió la puerta. Ella miraba su móvil y, al pasar por delante del escaparate, Daniel vio que se reía y movía la cabeza.

Tal vez había dicho más de lo que había sido su intención, pero definitivamente, estaba ganando terreno.

Por supuesto que ella lo echaría de menos si desapareciera para siempre. ¿Creía él acaso que estaba tan despegada de los seres humanos?

Probablemente se habría enfadado con él si no la hubiera pillado desprevenida. En primer lugar por su voz, por sus palabras cargadas de sinceridad. Pero también por las arrugas de tensión en torno a los ojos y el leve tono gris debajo del bronceado. Recordó el aspecto de él justo antes de que lo enviaran a su destino militar. Había sido

una de las pocas veces que se presentara a la comida del domingo y se había sentado enfrente de ella en la mesa. Ella recordaba lo relajado que estaba mientras la tensión subyacente en la habitación mostraba la preocupación de su familia por su seguridad.

¿Se había molestado ella en preguntarse entonces lo que pasaría si no volvía a casa y la silla situada enfrente de ella permanecía vacía tanto tiempo como la de su padre antes de que la familia se reacomodara en torno a la mesa? Le gustaría creer que sí, pero no recordaba haber estado pendiente de las noticias ni de si le ocurría algo a un marine. Simplemente había asumido que, si le pasaba algo, ella sufriría con su familia. Si ellos estaban tristes, ella se apenaría con ellos. Pero nunca había podido retirar a su familia de la ecuación. Y seguía sin poder.

Aunque por primera vez pensaba lo que pasaría si fueran solo Danny y Jo y luego Danny ya no estuviera más allí.

Lo echaría de menos. ¿Con quién iba a discutir como discutía con él? Pero no podía pasar nada más. Jo sabía bien el hueco que una persona podía dejar atrás y cómo afectaba a las personas que la querían. Y ella no podía permitirse querer tanto a alguien como para desaparecer en ese agujero.

No después de haber visto cómo le había pasado eso a otro.

Cuando volvió a su apartamento, llamó a la redacción para hablar de las imágenes de su misión y ponerse al día de cotilleos y se dispuso a seguir trabajando. La primera vez que creyó oír algo alzó la vista del ordenador. No oyó nada más.

Hasta un rato después.

Apartó la silla y se acercó a la puerta del dormitorio, donde el sonido llegaba apagado pero más alto. Cuando se detuvo, ella contuvo el aliento y esperó. Le dio un vuelco el corazón cuando volvió a empezar. No era menos torturante durante el día que por la noche. ¿Él no dormía nunca? Miró el reloj. Eran casi las tres. ¿No había dicho que tenía que trabajar a las cuatro? Vaciló. A él no le gustaría que ella lo supiera.

Venció la idea de que no podía dejar que llegara tarde y llamó a su puerta.

Daniel abrió con el pecho desnudo y ella contuvo el aliento y se obligó a seguir alzando la vista. Lo que vio no le produjo un efecto menor, aunque sí de otro tipo. Él tenía los ojos rojos, la mandíbula tensa y fruncía el ceño. Apoyó una mano en el borde de la puerta.

–¿Qué?

–Dijiste que tenías que ir a trabajar a las cuatro –ella le tendió una taza–. Vas a llegar tarde.

Él lanzó una breve mirada a su reloj de pulsera seguida de un juramento. Alzó la vista y achicó los ojos.

–¿Cómo sabías que todavía estaba aquí?

–No lo sabía –mintió ella con un encogimiento de hombros–. He venido a ver.

El ceño de él se hizo más profundo.

–No deberías mentir cuando lo haces tan mal.

Jo no contestó y él miró primero el pasillo y después a ella.

–¿Desde la primera noche? –preguntó sombrío.

Ella asintió.

Una sombra cruzó los ojos de él, mostrando algo que ella jamás había esperado ver. Meterse con él siempre había sido fácil cuando se mostraba arrogante y controlado; era como lanzar piedrecitas a un tanque blindado.

Él sabía quién era, de lo que era capaz, mantenía la calma bajo presión y no vacilaba cuando se trataba de lo que quería. Y ella suponía que siempre había encontrado aquello sexy, incluso cuando discutían.

Pero la pequeña grieta en su autocontrol, la muestra de una vulnerabilidad que hacía que pareciera que necesitaba desesperadamente algo que no había encontrado hallaba un eco profundo dentro de Jo, donde ella ocultaba su propia vulnerabilidad. Y por improbable que hubiera parecido en otro tiempo, quería ser ella la que le diera ese algo que le faltaba. Y confiaba en que lo único que necesitaba él no fuera lo único que ella jamás podría darle.

–Gracias por el café –él tomó la taza–. Y por despertarme.

Jo adelantó un paso.

–Danny…

–No –la mano de él hizo un gesto de calma que Jo sospechó que no iba solo dirigido a ella. Él respiró hondo y usó el índice para enfatizar la palabra–. No.

Cuando la puerta se cerró en su cara, Jo la miró largo rato sin moverse. Los avances que habían hecho en la cafetería desaparecieron como la niebla de primera hora de la mañana. Ir allí había sido un error. ¿Por qué no podía dejarlo en paz?

La respuesta era sencilla. Porque él le importaba.

Probablemente más de lo que debería.

–¡Maldita sea! –Daniel arrojó sus guantes al maletero.

–No podemos salvarlos a todos –respondió su compañero.

–Cinco centímetros, Jim –Daniel demostró la distancia con un hueco entre el pulgar y el índice–. Solo necesitaba cinco centímetros

y habría podido poner presión en la arteria.

–Y cuando le hubiéramos liberado la pierna, quizá habría entrado en shock y muerto de todos modos y tú lo sabes. Olvídalo.

Pero él no podía olvidarlo. No hacía falta ser un genio para adivinar lo que vería en sus pesadillas la próxima vez que cerrara los ojos. Miró la pared derrumbada en la que habían trabajado. El hombre que había muerto había salido a comprar un cartón de leche, había pasado delante de un edificio abandonado en el momento equivocado y ese había sido su fin.

Cuando llegaron ellos, Daniel se había ofrecido voluntario para arrastrarse por un espacio estrecho que se consideraba peligroso. Había estado allí tres horas hablando con el hombre para intentar mantenerlo consciente mientras lo sacaban. Mike Krakowski, de cuarenta y tres años, con esposa e hijos e irónicamente, posiblemente porque el universo tenía un sentido del humor enfermo, obrero de la construcción. Mike había perdido el conocimiento media hora atrás y cuando su pulso había dejado de latir, Daniel ya no había podido hacer nada.

Su compañero le dio una palmada en el hombro.

–Relájate, hermano.

Daniel caminó alrededor de los vehículos de emergencia e intentó aliviar la tensión de los hombros y el cuello. Odiaba que Jo lo supiera. Y resultaba peor aún que lo supiera porque le había oído gritar.

Echó de menos, no por primera vez, el respiro que suponía estar en ultramar. Allí no lo asaltaban las pesadillas, quizá porque a su demonio particular no le gustaba el ruido de fondo de las balas y los morteros. O porque temía perder su juguete, puesto que la falta de sueño podía llevar a un error fatal. Así que, mientras muchos de los hombres con los que compartía el dormitorio daban vueltas y vueltas en el catre, él dormía como un bebé. Algo que había pagado con intereses desde su vuelta.

Volvió al vehículo para ayudar a guardar el equipo y decidió evitar a Jo unos cuantos días. Aunque la idea de una retirada iba contra su instinto de marine, no tenía más remedio.

La próxima vez que la viera no quería advertir compasión en sus ojos.

Eso le haría sentirse menos hombre que antes y sería cuestión de honor demostrarle lo contrario. Y aunque ella era fuerte, Daniel dudaba de que estuviera preparada para eso, en especial cuando lo había llevado dentro tanto tiempo. Ella era Jo y él no podía hacerle eso. Simplemente su reacción al conocimiento de ella resultaba ya

bastante peligrosa.

Si la dejaba acercarse más…

Se agachó, tomó los guantes y se los metió en el bolsillo de atrás. Fin del juego.

# CAPÍTULO 6

*«No hay nada como ordenar un armario para que una chica se sienta relajada. Los actos más pequeños pueden tener un efecto dominó en nuestra vida».*

¿QUÉ creía él que iba a hacer… adoptar una identidad nueva y cambiar de estado? Tal vez quisiera considerarlo, pues cuando llegó el lunes sin que hubiera aparecido todavía por la cafetería, Jo estaba furiosa con él.

Daba la sensación de que su cuerpo estuviera en sintonía con él. No importaba a qué hora de la noche llegara ni lo silencioso que se mostrara de camino a su apartamento. Una vez que el subconsciente de ella asumía que él estaba intranquilo, a ella le ocurría lo mismo. Cuando quería darse cuenta, estaba parpadeando en la oscuridad, esperando. Cuando llegaban los gritos, y siempre llegaban, Jo los soportaba cada vez peor.

Cada noche le arrancaba un trocito de corazón. ¿Y la respuesta de él al hecho de que ella había guardado silencio para proteger su secreto era evitarla?

Le iba a dar una buena patada en el trasero.

Cuando iba por la mitad del segundo tramo de escaleras de su bloque de apartamentos, oyó una voz familiar. Aceleró el paso y en el rellano del quinto piso, lo encontró hablando con la directora del Comité de Residentes.

Lo miró. Como siempre, iba con vaqueros, en aquella ocasión combinados con una camiseta oscura de cuello redondo y una chaqueta deportiva negra. Jo pensó que nadie tenía derecho a estar tan guapo cuando llevaba tanto tiempo sin dormir.

Miró la bolsa que llevaba en la mano.

–¿Son galletas de chocolate? –preguntó.

–Recién hechas –Daniel sonrió a la vecina de ambos, que se comportaba como una adolescente.

–Danny me dijo que era goloso –explicó–. Tenemos que cuidar de nuestros hombres de uniforme cuando están fuera de casa, ¿no?

–Sí –asintió Jo–. Es un largo viaje hasta Staten Island.

Daniel se inclinó hacia delante con aire encantador.

–Sigue estando demasiado lejos para galletas caseras, ¿verdad, Agatha?

Ella le dio una palmadita en el brazo.

–Avísame cuando se te acaben.

–Eres muy buena conmigo.

–Sí que lo es –Jo tendió la mano y acarició al perro–. ¿Verdad que sí, Gershwin?

Cuando retiró la mano, Daniel colocó la suya en la cabeza del animal.

–Adiós, pequeñín. Cuida de tu mamá –cuando se alejó la vecina, bajó la voz–. ¿Te he dicho que es la segunda vez que me hace galletas? ¿Quieres una?

–Espero que te atragantes con ellas –Jo se cruzó de brazos–. ¿Cuánto tiempo piensas evitarme?

–¿Es eso lo que hago? –Daniel tomó un mordisco de galleta y frunció el ceño.

–¿Crees que eres el único que no duerme bien desde que te mudaste aquí? ¿Pero he dicho yo algo? No. Lo que hice fue procurar que no llegaras tarde al trabajo. «Muchas gracias, Jo». «De nada, Daniel». Solo tenías que decir eso y podíamos haber seguido fingiendo que yo no lo sabía. Pero en vez de eso, me preguntaste, te contesté y ahora has decidido castigarme por no mentir cuando al parecer de todos modos yo no sé mentir.

Él la miró a los ojos con una chispa de advertencia en los suyos azules.

Ella suspiró.

–Nuestros apartamentos están situados al final del pasillo. Compartimos una pared. ¿Cuánto tiempo creías que podrías ocultarlo?

Daniel volvió a meter en la bolsa lo que quedaba de la galleta que tenía en la mano, pero no contestó.

–¿Por qué crees que no había dicho nada, Danny?

Él alzó los hombros y los nudillos de la mano que sostenía la bolsa se pusieron blancos.

–Vamos, no puedes evitarme para siempre.

Daniel no contestó. Dio media vuelta y entró en su apartamento.

–Adelante –dijo ella a sus espaldas–. Evítame los próximos cincuenta años. Hasta hace unos días, ese habría sido el mejor regalo que podrías hacerme –hubo una pausa que Daniel supuso que ella usaba para tomar aliento, pero cuando volvió a hablar, había algo nuevo en su voz–. No estoy enfadada porque no quieras hablar de ello. Eso lo entiendo, probablemente mejor de lo que crees. Pero se helará el infierno antes de que intente volver a hablar contigo.

Daniel respiró hondo. No le afectaba lo que ella decía, sino

aquella nota en su voz que casi sonaba… herida.

Movió la cabeza y cerró la puerta de su apartamento.

¿Llevaba años lanzándole dardos envenenados sin que le afectaran lo más mínimo y ahora conseguía herirla con el silencio?

¿Cómo era posible?

Se había preparado para varias cosas cuando volviera a verla. Pensándolo bien, la respuesta de su cuerpo debería haber estado entre ellas. Pero no. Él se había preparado para la compasión y la lástima, pero no las había encontrado. En su lugar había encontrado el tipo de respuesta que debería haber esperado de ella. Lo había atacado por castigarla por algo que no era culpa suya. El tono herido de su voz y la respuesta culpable de él por causarlo era lo que más expresaba el cambio que se había producido en su relación.

Fijó la vista en el objeto que había en la encimera de la cocina.

Un momento después llamaba a la puerta de ella.

Jo abrió y apretó los labios al verlo.

–¿Eso es mi taza?

–Sí.

Ella tomó la taza y cerró la puerta. Daniel se quedó donde estaba y esperó. Cuatro, tres, dos…

La puerta se abrió de nuevo.

–¿Sabes lo que más odio? Que me pongas furiosa.

Él asintió.

–Es un talento natural.

–Normalmente me tomo el universo con cierta filosofía zen a pesar de todo lo que me ha pasado, pero tú me irritas muchísimo. Y lo que más me irrita es esa fachada de «nada me puede afectar». Sobre todo ahora que sé que es una gran mentira –abrió mucho los ojos cuando él empezó a sonreír–. ¿Y ahora sonríes? ¿Ahora que te acabo de decir que puedo ver a través de ti?

–Eso lo dudo.

Si pudiera ver en su interior, sabría que él estaba pensando lo hermosa que estaba cuando se enfadaba. Siempre había creído que era un tópico, pero con Jo era cierto. Lanzaba chispas por los ojos. La fuerza de su naturaleza apasionada lo impulsaba a acercarse a ella. No importaba que ella le lanzara encima todo su fuego interior y lo dejara convertido en un montón de cenizas. Eso solo hacía que la deseara todavía más.

–No hagas eso –le advirtió ella.

–¿Qué hago?

–Tú sabes lo que haces.

–¿Pensar en entrar ahí para que podamos hacer las paces?

–No tenemos ese tipo de relación.
–No lo teníamos –corrigió él.
–Que hayamos hecho un intento por ser amigos no significa…
–¿Eso es lo que llamas tú a esto? –él enarcó las cejas con incredulidad. Era imposible que ella pudiera ser tan ingenua.
–Yo…
–Tú me vas a decir que no lo has pensado.
Jo abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.
–¿De qué estamos hablando?
–Creo que tú sabes muy bien de lo que estamos hablando.
–Tú hablas de sexo –ella frunció el ceño.
–Yo hablo del beso en la estación de metro, pero si quieres hablar de…
–Ni siquiera he pensado en eso –mintió ella.
Daniel movió la cabeza.
–Ya hemos establecido que no debes hacer eso porque no se te da bien.
–¿Me estás diciendo que tú sí has pensado en eso?
–Si te refieres a sexo… contigo…
Ella achicó los ojos.
–Soy un hombre; claro que he pensado en ello.
Ella alzó la barbilla.
–¿Y?
Daniel se encogió de hombros y confió en que no se notara que se estaba excitando con solo hablar de ello.
–Creo que dos personas que se arrancan chispas mutuamente como hacemos nosotros pueden tener un sexo espectacular. ¿Tú no?
–Me refería al… Sí. No. Es decir, yo no sé mucho de…
–¿Sexo espectacular? –él sonrió–. Deberías probarlo. Te lo recomiendo.
–No iba a decir eso.
–¿No?
–¿Quieres dejarlo ya?
–¿Qué hago ahora?
–Me miras como mira un hombre a una mujer.
–Es un poco difícil evitarlo –la mirada de él bajó por el cuerpo de ella y se detuvo en sus pechos.
–En lo referente al beso en la estación de metro –dijo–, creo que podemos hacerlo mejor.
Jo retrocedió un paso.
–¿Tú y yo? Sería un gran error.
Daniel le tomó la mano y la atrajo de nuevo hacia la puerta.

–¿A quién intentas convencer?

Antes de que pudiera contestar, le soltó la mano y le tomó la cara. Rozó los labios de ella con la lengua, humedeciéndolos en preparación para el beso mientras ella le miraba la boca. Cuando alzó la vista, había duda en sus ojos. Él bajó la cabeza, ella alzó la barbilla y sus bocas se encontraron antes de que Daniel estuviera preparado.

Una corriente de electricidad recorrió su cuerpo. Le tomó primero el labio inferior con los suyos y después el superior. Si hubiera sabido que besarla sería tan fantástico, lo habría hecho mucho antes. Mientras ella se limitó a permanecer apoyada en la jamba de la puerta y a dejarle explorar, no le fue difícil controlar el ritmo y las exigencias de su cuerpo, pero cuando ella le puso las manos en el estómago y empezó a explorar a su vez, el control de él se vio puesto a prueba como nunca antes.

La necesidad de frotarse con ella era acuciante, pero se obligó a conformarse con apretarla contra la jamba con su cuerpo. El deseo de tocarle uno de los pechos era una tortura, pero se conformó con ponerle una mano en la caja torácica. Pasaron los minutos y seguían besándose. Hasta que ella interrumpió el beso para decir: –Danny… el ascensor.

Él escuchó y oyó que alguien se peleaba con la puerta. Jo se apartó y su voz sonó espesa por el efecto embriagador del deseo.

–No somos los únicos que vivimos en este piso.

–Ellos viven en el otro extremo del pasillo –respondió él con voz ronca–. Pero si lo dices porque te pone que nos pillen…

–Eres malo –susurró ella.

–Todavía no he empezado –repuso él.

Para reforzar sus palabras, dejó que su mano subiera por la caja torácica de ella de modo que la punta del pulgar rozara la parte inferior de un pecho. Los labios de ella se abrieron al instante. Giró la cabeza para mirar pasillo abajo.

–No pueden ver lo que hago –le aseguró Daniel.

–Te estás adentrando en territorio de la segunda cita –musitó ella.

Daniel apoyó la nariz en la sien de ella e inhaló el aroma a lavanda de su champú.

–¿Cuándo quieres salir conmigo? –preguntó.

Ella suspiró.

–No podemos salir juntos. Casi no podemos tomar un café sin discutir.

–Solo tenemos que aprender a comunicarnos mejor –contestó él.

En su opinión, estaban avanzando mucho en ese sentido.

Movió la nariz a la otra sien e inhaló de nuevo. La lavanda no tenía un efecto tranquilizador en su cuerpo, pero el hecho de que a ella le costara resistirse a él sí le procuraba cierta sensación de bienestar.

Ella negó con la cabeza.

–No podemos.

–Esforzarnos por no arrancarnos la cabeza puede ser un buen modo de empezar.

–Me refiero a esto.

–No te refieres a eso –contestó él.

–Sí –él alzó la cabeza y ella lo miró por debajo del flequillo–. ¿Quieres dejar de actuar como si me conocieras mejor que yo misma?

Daniel se negó a retroceder.

–¿Tú habrías venido a besarme a mi puerta? –dijo.

–No.

–¿Lamentas que haya venido a besarte a tu puerta? Y recuerda que no sabes mentir.

–No –confesó ella de mala gana–. No lo lamento –suspiró–. Pero debería.

Él levantó la mano de la cintura de ella y le apartó un mechón de pelo de la mejilla.

–Dime por qué.

–En mi vida no hay lugar para una relación.

–Olvidas que estás hablando con el hombre que nunca se queda tanto tiempo en un lugar como para que resulte complicado –él le apartó el pelo del hombro para acceder a su cuello.

–No puedo pensar cuando haces eso.

–Mejor.

–Pero tenemos que ser sensatos un momento –ella le puso las manos en el pecho y empujó.

Daniel la miró a los ojos y descubrió en ellos una determinación que sugería que él no era lo único a lo que ella se resistía.

–Dame espacio, Daniel. Lo digo en serio. Por favor.

La muestra de vulnerabilidad de ella, combinada con el ruego que nunca había usado antes con él lo hicieron retroceder, pero solo hasta la jamba opuesta de la puerta.

Dejó caer los brazos y se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

–Te escucho.

–No hagas eso –le advirtió ella–. Si quieres que nos

comuniquemos mejor, tenemos que empezar por alguna parte.

–Nos comunicábamos muy bien hasta que tú has empezado a pensar demasiado.

–No podemos acostarnos sin más –protestó ella.

–¿No?

–No. Porque para ser amigos con derecho a algo más, tendríamos que empezar por ser amigos y no lo somos. Y aunque lo fuéramos, los dos sabemos que esto es complicado. Tu hermana es mi mejor amiga y tu familia…

–Lo que ocurra entre nosotros solo es asunto nuestro –repuso él–. Los dos somos adultos.

–¿Estás diciendo que nos escondamos para acostarnos?

–Eso tiene sus ventajas.

–No puedo mentirle a tu hermana.

–Yo no te he dicho que lo hagas. Digo que veamos adónde nos lleva esto antes de complicarlo con opiniones de fuera.

–Los dos sabemos adónde nos llevará esto.

–A veces estas cosas son únicamente un chisporroteo en la sartén, algo que arde y se consume deprisa.

Pero Daniel sabía que no decía la verdad. Con ella no bastaría con una sola vez, igual que no bastaba con un solo beso. Él buscaba compromiso tan poco como ella. Era algo que no podía ni contemplar hasta que controlara mejor su subconsciente. Pero de pronto le parecía una buena terapia pasar tiempo con Jo.

–No puede hacer daño si conseguimos comunicarnos mejor, ¿verdad? Si seguimos esto hasta su conclusión natural, será nuestra decisión. No voy a enviar un mensaje colectivo para que la gente que nos conoce nos dé su opinión. Si tú eliges contárselo a Olivia, es cosa tuya. Mi familia no te atacará a ti, sino a mí, y yo puedo enfrentarme a eso.

–No quiero pasar por una víctima seducida –ella frunció el ceño–. Ya soy mayorcita. Si ocurre algo, será en términos de igualdad.

–No lo aceptaría de ningún otro modo –él sonrió–. Lo único que hago es contarte lo que hay.

Ella vaciló.

–O sea, que intentemos comunicarnos mejor y ver lo que ocurre.

–Exacto.

–Sabiendo que ninguno de los dos quiere una relación.

–Si tú no quieres ataduras, yo soy tu hombre.

Sacó las manos de los vaqueros, pero cuando alzaba los brazos para tocarla, ella le miró las manos.

–¿Qué te ha pasado en la mano? –la tomó para examinarla más de cerca.

Daniel miró los arañazos rojos de los nudillos de los dedos como si hubiera olvidado que estaban allí. Olvidaba muchas cosas cuando la besaba.

–Me arañé con una pared.

–¿Te duele?

–No.

–¿No llevas guantes cuando trabajas?

–Me estorbaban –Daniel no pensaba decir nada más sobre el tema. Entrelazó los dedos con los de ella y deslizó la mano libre debajo del dobladillo de su blusa para tocarle la piel del costado.

Jo tembló y respiró con fuerza.

–No sé lo que ha cambiado entre nosotros ni por qué, pero… –dijo él.

–Ha cambiado –terminó ella–. Lo sé.

–Podemos explorarlo, ¿no crees?

Jo lo miró a los ojos.

–Sabes que en algún momento preguntaré –bajó la vista hasta el pecho de él–. Lo digo para que estés preparado la próxima vez.

Daniel dudaba de que nunca estuviera preparado y se disponía a decirle que aquella parte era zona prohibida cuando ella musitó:

–No me puedo creer que esté considerando esto.

–No irá a ninguna parte –repuso él con voz ronca.

–En ese caso –dijo ella con suavidad–, si me vas a convencer de que haga esto en contra de mi criterio, más vale que empieces ya –le puso una mano en el cuello y fijó los ojos en su boca–. Y quiero que sepas que puedes necesitar mucha persuasión.

Daniel bajó la cabeza.

–La persuasión se me da bien.

–Ya veremos.

# CAPÍTULO 7

*«Siempre creí que mi helado favorito era el de vainilla, pero hace poco me convencieron de que probara el de cerezas silvestres y ¡Oh!, ¿cómo me he perdido eso todos estos años?».*

–UN TROZO de la de queso y una limonada light, por favor –dijo Jo con una sonrisa antes de volverse a Daniel–. Terco. Ahora piensa tú una palabra para describirme.

Y sé amable.

–¿Porque llamarme terco es un cumplido?

–¿Quieres decir que no lo eres?

–Prefiero llamarlo determinación.

–Si admitieras más a menudo que te equivocas, podría considerarse determinación.

–Yo puedo admitir que me equivoco.

–¿Y puedes hacerlo en voz alta?

Daniel respiró hondo y Jo reprimió una risita. Las conversaciones entre ellos no habían cambiado mucho, los comentarios eran menos afilados que antes, pero algunas veces ella se preguntaba cuánto podía durar aquello.

–Te toca –dijo–. No se te ocurre ninguna palabra que no sea un insulto, ¿verdad?

–Después de los últimos días, se me ocurren varias palabras que no son insultos –él sonrió–. Acércate más y te las digo al oído.

–¿Tengo que recordarte por qué estamos en un lugar público? –preguntó ella.

Desde la noche de los besos en su puerta, había ignorado la vocecita interior que pensaba todavía que aquello era un gran error. Cuando él no estaba presente, la voz era más alta. Entonces ella yacía en la oscuridad, lo oía al otro lado de la pared y solo podía pensar en hacer que se sintiera mejor cuando volviera a verlo. Cierto que eso la hacía sentirse mejor también a ella, pero no había conseguido silenciar la voz.

–Intrépida.

Ella parpadeó.

–¿Qué?

–Es la palabra que usaría para describirte –tomó el pedido de ambos, dio las gracias con un movimiento de la cabeza y se volvió hacia la puerta–. Aquí tienes.

–¿Tú me ves así?
–¿Qué tiene de malo?
–Es un cumplido –repuso ella.
–¿Me estás subestimando otra vez? –Daniel sujetó la puerta abierta y bajó la voz–. Ser malo no es lo único que se me da bien.
–Nadie es intrépido del todo –declaró ella–. Todos tenemos miedo de algo.
En la acera, Daniel adaptó su paso al de ella.
–¿De qué tienes miedo tú?
–No pienso picar en eso –ella soltó una risita–. Si te digo que a las arañas, empezarás a coleccionarlas.
–Tengo más palabras –siguió él–. Traviesa. Tornado con tacones… Ahora te toca a ti. Después de lo de terco, esfuérzate más. Puedo sentirme herido más fácilmente de lo que tú crees.
Jo se tomó tiempo pensando en otra palabra. Pararon en un semáforo y movió con delicadeza la falda, que se prestaba mucho al movimiento. El tema del día era el *vintage* y el vestido a rayas blancas y negras de los años cincuenta era lo más «ella misma» que se había sentido desde que empezara aquel desafío. Le recordaba lo que había sido su vida antes de que todo cambiara tan deprisa que tuviera la sensación de que sus pies apenas tocaban el suelo.
–No puedes dejar de hacer eso, ¿verdad? –preguntó él.
–¿Qué?
–Eso que haces con la falda.
Ella movió las caderas un poco más.
–¿Te molesta?
–No. Solo pensaba si sabrías que lo estabas haciendo.
Jo se encogió de hombros.
–Es un vestido divertido; pero no sé si te das cuenta.
–¿Estás diciendo que yo no soy divertido?
Jorja buscó en sus recuerdos uno que asociara a Daniel con el tipo de diversión que ella asociaba con sus tres hermanos. Tenía docenas de recuerdos de ellos jugando al fútbol y tonteando, pero pocos de Daniel. ¿Qué hacía aparte de trabajar, correr a diario y utilizar todas las herramientas de su caja de seducción para convertirla en un amasijo de deseo?
–Define tu idea de «divertido» –pidió cuando entraban en Washington Square Park y miró el arco que imitaba el Arco de Triunfo de París.
Si él le preguntaba, ella le diría que almorzar al lado de su sombra era una de sus diversiones preferidas, especialmente un día glorioso de cielo azul como aquel. Le gustaba mirarlo e imaginarse

sentada al lado del original.

Y siempre se hacía la misma promesa: «Pronto».

Y puesto que todos los años ascendía un poco en la revista, se sentía más cerca que nunca de cumplir esa promesa.

Vio que Daniel la miraba con picardía.

–Quiero decir fuera del sexo –aclaró ella–. ¿Qué haces para relajarte cuando no trabajas?

–Correr, entrenar, ir al gimnasio; dedico largas horas a mantener esta forma física en la que por fin te has dignado fijarte.

–Jugar al balón en el parque, gastar bromas a los compañeros de tu unidad o ir a tomar una cerveza con los amigos –ella enarcó las cejas–. ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo así?

–En el campamento militar jugábamos al fútbol. No había mucho más que hacer cuando no nos disparaban. No tenía miles de emails, ¿vale?

Jo movió la cabeza.

–Tú no querías tener noticias mías.

–Te sorprendería lo que puede ser un email para un marine en una zona de guerra. Vi a hombres sonreír durante días por tener noticias de personas a las que apenas habían conocido en el instituto –Daniel buscó con la vista un lugar para sentarse y le puso una mano en la parte baja de la espalda para guiarla–. Te recuerda a casa. Algunos hombres necesitan eso.

–¿Y tú?

–Mi problema nunca ha sido olvidar –él frunció el ceño.

Jo suavizó la voz al contestar:

–No eres una máquina, Danny.

–A veces sería más fácil si lo fuera.

–A veces dices cosas muy estúpidas –comentó ella. Pero mientras se acercaban a un banco libre, se preguntó qué habría hecho de haber sabido que un mensaje podía ser importante para él entonces–. Si lo hubiera sabido, te habría escrito –le sonrió–. Te habría contado la vida diaria de Manhattan.

–¿Con consejos diarios sobre moda para marines?

–Creo que esta temporada se lleva mucho el camuflaje.

–La próxima vez que vaya te dejaré escribirme.

–¿Piensas volver?

–Por el momento no –repuso él en un tono de voz que sugería que se sentía decepcionado–. Me quedan tres meses para decidir si quiero reengancharme.

–Ya lo has decidido, ¿verdad?

–El que es marine una vez, lo es siempre.

Jo frunció el ceño por lo poco que le gustaba la idea de que él volviera a irse a otro país. Aunque la última vez no había perdido el sueño por eso, sabía que ahora sí lo haría.

–También eres policía. ¿Eso no significa nada?

–He sido ambas cosas mucho tiempo.

–Lo sé, pero parece que estuvieras casado con los marines y tontearas con el Departamento de Policía a escondidas.

–Yo no tonteo –repuso él.

–Pero parece que eres más fiel a uno que al otro. El lema de los marines es «Siempre fiel», ¿no?

–Los marines son mi primer amor –él sonrió–. Eso nunca se olvida. Ser policía es diferente. Es un matrimonio que arreglaron por mí antes de nacer.

–¿Tú no querías ser policía?

–Digamos que me costó un poco encontrar mi hueco.

Jo, que siempre había asumido que todos los Brannigan tenían la misma vocación, lo miró sorprendida.

–¿Por qué dejaste los marines?

–No los dejé.

–Te pasaste a la reserva y volviste a casa.

–Las cosas cambian.

–¿Te arrepientes? –preguntó ella.

–Los días buenos no –contestó él.

Le tendió la caja de la pizza y ella lo miró a los ojos y vio en ellos una sombra. Intentó aligerar la atmósfera.

–He decidido que te voy a hacer una sesión de relajación –dijo.

–Si tiene que ver con burbujas de baño y velas aromáticas, olvídalo.

Ella le dio un puñetazo en el hombro.

–No te burles de lo que no has probado.

Daniel se miró el brazo.

–Llevas años queriendo hacer eso, ¿eh?

–No lo sabes tú bien.

Él le tomó la mano y pasó el pulgar por los nudillos de ella. Repitió la caricia y Jo sintió oleadas de calor subir por su brazo. A esa parte casi se había acostumbrado. Le costaba más el mensaje que podía leer en los ojos de él cuando lo hacía. Al principio pensaba que era su imaginación. Luego lo achacó a uno de los numerosos mensajes sexuales que él le transmitía en silencio. Pero allí, a la luz del sol, le parecía que había algo más.

«Yo cuidaré de ti», decía aquella mirada.

A Jo no le gustó. Podía cuidar de sí misma.

Él hizo algo inesperado; bajó la cabeza para besar la piel que había acariciado. Jo observó embrujada que levantaba la barbilla y sonreía.

–Avísame si necesitas que luego te bese otras partes.

–¡Vaya, qué lástima! –Jo suspiró y tomó un trozo de pizza de la caja–. Con lo raras que son las oportunidades de ser galante hoy en día y tú acabas de estropear la tuya.

Daniel se echó a reír. Ella sonreía también cuando sonó su teléfono. Lo sacó del bolso, miró el número que llamaba y frunció el ceño.

–Hola, Stu… No, te lo agradezco –miró a Daniel por el rabillo del ojo–. ¿Puedes intentar que no salga de allí? Gracias –guardó el teléfono, dejó la pizza en la caja y se limpió la mano con la servilleta–. Tengo que irme.

–Voy contigo.

Jo negó con la cabeza.

–Es tu día libre. Tienes que hacer algo divertido.

–La idea era pasarlo juntos –repuso él–. Da igual lo que hagamos.

Jo suspiró. Él se había mostrado muy paciente con la dificultad de encajar sus días libres con el trabajo de ella. Por un segundo lamentó aquella intrusión del pasado más que de costumbre, pero él había tenido razón la noche que la había sorprendido en el pasillo. Durante un mes al año, estaba resignada a hacer lo que tenía que hacer.

Se inclinó y lo besó en la mejilla.

–Prometo compensarte cuando vuelva.

–Buen intento –él se levantó del banco–. Yo te llevaré. Será más rápido.

Con el tráfico de Manhattan, no lo sería.

–Sé lo que estás haciendo y no es que no…

Daniel puso una mano en el cinturón rojo de ella.

–¿Vamos a tener una discusión? –preguntó.

–Yo no quiero –confesó ella.

Esquivó su mirada y le quitó una mota invisible del jersey. Le gustaba tocarlo. Le gustaba el calor que sentía a través de su ropa, la solidez de su presencia. Pero como no estaría bien acostumbrarse a que él estuviera allí, bajó el brazo.

–Cuanto antes nos vayamos, antes volveremos –dijo él con firmeza.

Jo intentó buscar el modo de evitarlo. La idea de que él se adentrara un poco más en su viejo mundo le producía escalofríos en

la columna vertebral. Jack era la llave a una puerta que ella no quería abrir.

Detrás estaba la antigua Jo, la niña invisible que había estado sola y perdida. Jo conocía el riesgo que conllevaba aceptar ayuda. Había visto el efecto que había tenido en algunos de sus iguales; cómo personas con buenas intenciones empezaban a tomar decisiones por ellos hasta que perdían el control de su vida. La nueva Jo suponía que no era muy distinto a la lucha que mantenían en todas partes los adolescentes independientes. Pero a ella le servía para recordar que no debía apoyarse en un hombre como Daniel ni siquiera un momento.

«Un gran error», repetía la vocecita interior.

Cuando vio la camioneta de él, le entró algo parecido al pánico.

–Danny –cuando se pararon a cruzar la calle, intentó soltarse la mano–. Yo…

–Sé que no quieres que vaya contigo –él le apretó la mano y se volvió a mirarla–. Pero si quieres que yo ceda un poco de vez en cuando, tú tienes que hacer lo mismo. Lo sabes, ¿verdad?

Jo le miró el pecho. Si se tratara de otro tema que no fuera Jack, podía intentar ceder, pero…

–¡Mírame, Jo!

Ella parpadeó y obedeció.

–Estamos bien en este momento, ¿verdad?

Jo asintió. Lo estaban. Por eso no quería llevarlo con ella.

–Vamos allí, haces lo que tengas que hacer y nos vamos a disfrutar del resto del día.

Dicho así, sonaba muy sencillo.

Daniel la besó en la comisura de los labios.

–Se me ocurren al menos media docena de cosas que podemos hacer cuando volvamos.

Jo le sonrió y él volvió a besarla. Ella sabía por qué lo hacía él, pero cuando el resto del mundo desaparecía a su alrededor, notaba que su resistencia iba cediendo.

–Solo piensas en una cosa –dijo.

–Hay una razón para eso.

La besó en los labios. Cuando apartó la cara y miró el tráfico, ella lo observó a él.

¡Si pudiera saber qué era lo que no estaba antes allí, lo que le hacía verlo de otro modo y desearlo tanto que los recuerdos de todas las veces que habían discutido se perdían en la distancia!

–Vámonos, muñeca.

# CAPÍTULO 8

*«¿Esa chaqueta que nunca te ponías? ¿Los pantalones que juraste que volverían a valerte algún día? A veces tienes que ser firme con las cosas que guardas y las que tiras».*

JO SE inclinó sobre la barra de madera para saludar al hombre que estaba enfrente con un beso encima de la barba gris.

–¡Vaya, pareces un cuadro! –dijo él con una sonrisa.

Ella retrocedió, colocó las manos a ambos lados de la cintura e hizo una pose.

–¿Te gusta?

–Sí.

El sonido de una risa atrajo los ojos de ella hasta el otro lado de la estancia. Dejó caer las manos.

–¿Cómo es de serio?

Daniel notó el cambio en su voz; como si fuera una pregunta que había hecho un centenar de veces y ya supiera la respuesta. Guardó esa información en su mente junto con la reacción de ella a la llamada de teléfono. Su cambio entonces también había sido inmediato; y él había tenido la sensación de que le robaban algo.

Jo lo miró.

–Perdón –agitó una mano en el aire–. Daniel, te presento a Stu. Stu, te presento a Daniel.

Los dos hombres se estrecharon la mano a través de la barra.

–Es la primera vez que viene con alguien en diez años –Stu sonrió–. ¿Quieres tomar algo?

Daniel negó con la cabeza.

–Soy el que conduce.

–Más vale que pidas algo si te vas a quedar –Jo miró de nuevo al otro lado de la habitación–. Esto puede tardar un rato.

–Hay que elegir el momento –explicó Stu cuando Jo se alejó–. Si lo lleva a casa demasiado pronto, él vuelve a salir. O aquí o a otro sitio.

Daniel asintió con la cabeza y vio al padre de Jo saludarla y pasarle un brazo por los hombros antes de hacer las presentaciones. Daniel deseó tomarla en brazos y devolverla a donde estaban antes de que se produjera la llamada. Pero tenía que tratar aquello como una misión de reconocimiento. Con eso en mente, dejaría que ella se las apañara con Jack a su modo. Por el momento.

–Podría probar a no servirle –dijo con sequedad.
Miró a Stu y vio que él lo observaba con cautela.
–Jo me dijo que prefiere que la llame por teléfono a pasar tiempo buscándolo.
–Es bueno saber que tiene gente que hace eso –respondió Daniel con sinceridad.
El otro hombre se relajó visiblemente.
–Antes éramos más, pero los bares cambian mucho de mano con los años.
Cuando volvió Jo, alzó la barbilla y miró a Daniel a los ojos.
–¿Sirve de algo que te diga que te vayas a casa?
–No.
–Lo suponía –ella sonrió a Stu–. Tomaré uno de tus famosos cafés si tienes una cafetera puesta.
–¿El conductor está seguro de que no quiere uno?
–Él lo toma solo.
–Enseguida los traigo.
Se sentaron a una mesa de un rincón.
–¿Cuántos dueños de bares tienen tu teléfono?
–Danny…
–Solo es una pregunta.
–No, no lo es –ella suspiró pesadamente–. Es el principio de una discusión. No hagas que me arrepienta de haberte traído aquí.
Llegó Stu con los cafés. Daniel esperó a que se alejara y bajó la voz.
–No voy a discutir contigo.
–Me alegra oírlo.
–Pero no me voy a callar.
–Si pretendes echarme un sermón sobre cómo tratar con Jack, olvídalo. Llevo mucho tiempo haciendo esto y no necesito tu ayuda –ella tomó un sorbo de café.
Daniel alzó la mano y le acarició el cuello para relajar sus músculos tensos con un firme movimiento circular. Tardó un minuto, pero al fin la cabeza de ella se volvió pesada contra su mano.
–Umm, eso sienta bien.
Él sonrió.
–Dedos mágicos.
Jo suspiró.
–Hay cosas de las que no me importa hablar.
–Pues empieza por esas.
–Pero antes, quiero tu palabra de que no te entrometerás –lo

miró a los ojos–. Lo digo en serio. Ni consejos ni folletos de lugares en los que pueda buscar ayuda y, cuando nos vayamos de aquí, no volveremos a hablar de esto.

–No soy la primera persona a la que le dices eso.

–No eres el primer Brannigan al que le digo eso –ella se encogió de hombros–. Olivia intentó ayudarme una vez.

Daniel respiró hondo.

–No puedo darte mi palabra.

–Entonces no hablaremos de ello. Lo que ocurre entre nosotros no tiene nada que ver con esto.

–Tú no permites que tu antigua vida invada a la nueva ni al contrario, ¿verdad?

–No si puedo evitarlo –admitió ella.

–¿Y te funciona?

–Iba bastante bien hasta…

–Hasta ahora.

La expresión de ella se suavizó.

–Hasta ahora.

Daniel volvió a masajearle la tensión del cuello.

–Empieza por algo sencillo. Dime cómo conociste a Stu.

Jo miró hacia el otro lado de la estancia, donde sonaban risas.

–Tenía catorce años –dijo–. Pensé que si no podía conseguir que dejara de beber, se lo pondría más difícil. Fui por todos los bares en un radio de ocho manzanas para ver dónde debía dinero. El trato era que ellos dejarían de fiarle y yo les pagaría unos cuantos dólares a la semana. A los que me dieron más problemas les pagué primero. Los pacientes como Stu podían pasar semanas sin cobrar –respiró hondo–. Me costó dos trabajos de media jornada y unos cuantos años, pero lo conseguí. Hasta hice algunos amigos por el camino.

Daniel supuso que también se había ganado su respeto por el camino. Le habría gustado conocerla entonces. Pero cuando la Jo de catorce años sobrevivía en la jungla urbana, el Daniel de veinte años estaba ya en los marines.

–¿Eso consiguió frenarlo? –preguntó.

–No. Yo le obligué a salir fuera del radio de ocho manzanas. Y él empezó a desaparecer.

Los dedos de Daniel se pararon de nuevo.

–Él es la razón de que fueras una persona sin techo cuando te conoció Olivia.

Jo se encogió de hombros como si eso no importara.

–No podía pagar el alquiler. Él desapareció cuando ya teníamos problemas con el casero. Cuando vi que no podía seguir allí, busqué

un lugar seco cerca de la escuela, guardé lo que pude llevarme y me fui. El resto ya lo sabes.

Daniel sintió rabia.

–¿Por qué no pediste ayuda? Hay personas que…

–Tenía dieciocho años –repuso ella con una mirada de advertencia–. Podía cuidar de mí misma. Solo necesitaba unas semanas para terminar el instituto y conseguir mi diploma.

Daniel miró al otro lado de la estancia. ¿Qué clase de hombre le hacía aquello a su hija? ¿Por qué seguía ella cuidando de él?

–¿Dónde estaba tu madre?

–Murió.

–¿Cuándo?

–En un accidente cuando yo tenía ocho años.

–¿Qué pasó?

–Un atropello con fuga cuando volvía de la tienda.

Él recordaba que Jo había dicho que había un mes al año en el que todo era peor.

–Este mes es el aniversario de su muerte, ¿verdad?

–Sí –Jo se encogió de hombros y apartó la mano de él–. Y ya hemos terminado de hablar de esto.

–¿Alguna vez ha sido violento contigo?

–He dicho…

–Necesito saberlo.

El tono duro de la voz de él hizo que ella volviera la cabeza. Lo miró a los ojos y su expresión se suavizó.

–No es esa clase de borracho. Jack se pone alegre. Eso es parte del problema. La gente lo invita a beber porque es divertido –sonaron más risas–. ¿Entiendes lo que digo?

–Tuviste suerte –repuso Daniel, que en realidad quería decir que Jack tenía suerte.

–Sí, me pasé toda la adolescencia sintiéndome muy agradecida porque mi padre es un alcohólico –respondió ella con sequedad.

–No me refería a eso –dijo él.

–Él jamás se pondría violento conmigo –le aseguró ella.

–¿Se daría cuenta si te derribara o te hicieras daño cuando lo subes escaleras arriba? ¿Y qué me dices de cuando limpias lo que ensucia o cuando no puedes dormir preguntándote dónde está? No todas las heridas son visibles.

–Si no dejas el tema, tendré que obligarte a irte.

–No voy a fingir que no me importa.

–¿Te he pedido yo eso? –ella frunció el ceño–. Pero tienes que recordar que esto no es por mí, sino porque tú eres el tipo de

hombre que siente que tiene que ayudar a los demás.

–No me conviertas en un héroe.

–Pues deja de intentar serlo. No necesito que me rescates, necesito que confíes en que sé lo que hago y creas que tengo mis razones para hacerlo.

–Dímelas.

Por el rostro de ella cruzó una sombra.

–No quiero pelearme contigo, pero si sigues así, no podré evitarlo.

–Dame una buena razón por la que sigues haciendo esto y lo dejo.

–¿Por qué necesitas saberlo? –ella enarcó las cejas–. Y no me digas que es parte de lo de comunicarse mejor porque esto no tiene nada que ver con nosotros.

–Esto es un buen ejemplo de que tú no ayudas a que la gente te conozca –respondió Daniel.

–Conocerme mejor no es una de tus prioridades cuando intentas llevarme a la cama.

–Si no lo fuera, ya nos habríamos acostado.

–Dices eso como si yo no tuviera nada que decir.

–Dime que no me deseas –Daniel se inclinó hacia ella–. Yo puedo decirte cuánto te deseo. Nunca dejo de pensar en ti. He pasado muchas horas pensando cosas que quiero hacerte. Quiero explorar cada centímetro de tu cuerpo y descubrir todos los lugares ocultos que tú ni siquiera sabes que tienes. Quiero…

–Basta.

–Dime que no me deseas.

Los ojos de ella se oscurecieron.

–Tú sabes que sí.

–Si te conozco más, la experiencia será mejor para los dos. Eso te lo puedo prometer.

Ella parpadeó.

–Esto se te da bien.

–Solo cuando creo que vale la pena el esfuerzo.

–No me enamoraré de ti –declaró ella con firmeza.

Daniel negó con la cabeza.

–No quiero que lo hagas.

–Y tú no te enamores de mí.

Él sonrió.

–De acuerdo.

–Una de las razones por las que sigo haciendo esto…

–Solo una –asintió él. «Por el momento».

–Coney Island –ella miró al frente–. Yo tenía diez u once años. Jack dejó de beber lo suficiente como para recordar que tenía una hija y fuimos a pasar el día a Coney Island –sonrió–. Subimos en todas las atracciones, comimos algodón de caramelo y perritos calientes hasta que vomité, y fue uno de los mejores días de mi vida.

Algo que Daniel no reconocía se expandió por su pecho haciendo que le costara trabajo respirar.

–Es una de las razones por las que hago esto –ella se encogió de hombros–. Porque todavía recuerdo Coney Island y el día que recuperé a mi padre.

Daniel la estrechó contra sí y ella apoyó la cabeza en su hombro. Lo miró con una sonrisa trémula y él volvió a sentir en el pecho aquello que no reconocía e intuyó problemas.

Respiró hondo.

–¿Cuánto tiempo más crees que estaremos aquí?

Ella miró al otro lado del bar.

–Una hora, tal vez dos. Pero si quieres irte…

–No –respondió él con firmeza–. Estaba pensando que nos hemos saltado el almuerzo y tú tienes que comer. Si Stu no puede prepararnos un sándwich, iré a buscar algo.

La soltó y se puso en pie. Aunque había cosas que no podía darle, le gustaba creer que podía compensarlas con otras. Quería cuidar de ella, no por un sentido del deber unido a su trabajo ni de la responsabilidad por la relación de ella con su familia. Curiosamente, tampoco era solo porque ella le importaba, aunque no podía negar que le importaba. No, era simplemente porque ella era Jo.

Era tan sencillo y tan complicado como eso.

# CAPÍTULO 9

*«Las frases de los almanaques tienen mucho de verdad. Por ejemplo esta: ¿Cuántos caminos tiene que recorrer un hombre antes de admitir que se ha perdido?».*

LA ESTABA volviendo loca.

–¿Puedes dejar de hacer eso? –le dio un golpe en la mano.

–¿Recoger después de cenar no es una de las cosas que te dan puntos?

–Por lo que sabes, yo podría ser una maniática del orden.

Daniel miró a su alrededor en el apartamento de ella.

–Eso no puede ser fácil en la cueva de Aladino.

Jo se sintió ofendida.

–La gente que vive en un apartamento más de un puñado de meses tiene tendencia a hacer que parezca un hogar.

Daniel se apoyó en la encimera.

–Al parecer, también se hace amiga de todas las personas que viven en un radio de dos manzanas. Deberías tener más cuidado viviendo sola. El tipo del restaurante chino sabe tu nombre y dónde vives.

–Tradicionalmente es así como te entregan la comida –dijo ella con sequedad, mientras doblaba los bordes de las cajas–. ¿Tú ves asesinos en serie por todas partes? Porque yo me fío de mi primera impresión de la gente. Suele ser cierta hasta que interviene la cabeza. Deberías probarlo alguna vez.

–¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

Jo suspiró.

–Recordar las cosas que nos hicieron empezar a discutir probablemente no es buena idea en este momento.

–No puede ser peor que el humor del que estás desde que he llegado. Cuando quieras decirme cuál es el problema, avísame –él se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y continuó la conversación–. Nos conocimos el fin de semana del Cuatro de Julio en el que Olivia te trajo a casa.

No, no era así. Si ella estuviera de mejor humor, podría haberle dicho dónde se habían conocido.

–Entonces eras más callada –dijo él.

–Es difícil meter baza cuando toda tu familia está reunida.

–Una habitación llena de policías suele ser demasiado para

alguna personas.

Jo asintió.

–Eso también.

–Solo debería ser un problema si te sientes culpable.

Ella hizo una mueca.

–Es difícil evitar la culpabilidad cuando estás en un sitio que sabes que no es el tuyo.

–¿Era eso lo que sentías?

–Yo entonces no encajaba en ningún sitio.

–¿Y ahora?

–Me gusta creer que he conquistado mi pequeño rincón del mundo. Tú deberías probarlo alguna vez.

–¿Crees que no lo he hecho?

Jo evitó su mirada.

–El montón de cajas sin abrir en tu apartamento sugiere otra cosa.

–Es un alquiler temporal, ¿recuerdas?

Sí, ella lo recordaba. Eso aceleraba la cuenta atrás y contribuía al remordimiento que sentía por haber aceptado el encargo que le habían dado aquella tarde.

Daniel había empezado a ponerle mensajes cuando ella estaba en la redacción preparándose para una reunión editorial. Al principio había sido una continuación del juego de las palabras, pero habían seguido mensajes de contenido sexual.

Estaba casi sonrojada cuando apareció la editora y le preguntó si podían hablar un momento. Luego le había preguntado si estaba disponible para un encargo importante y Jo había dicho que sí antes de darse tiempo a considerar de qué se trataba.

Miró a su alrededor en el apartamento y frunció el ceño.

–¿Tú no quieres un lugar que puedas llamar tu casa?

–Viva donde viva, Nueva York es mi casa.

Jo no estaba de acuerdo. Ella había vivido siempre en la ciudad, pero como había dormido cuatro semanas de ese tiempo en un paso subterráneo, conocía la diferencia entre vivir en alguna parte y tener una casa. Lo miró a los ojos.

–¿Qué es lo que más te gusta de aquí? –preguntó.

Él pensó un momento.

–Cuando trabajas en Nueva York, ves a la gente cara a cara. No es como California, donde te pasas la mitad de tu vida en el coche, ni como en ultramar, cuando luchas con un enemigo sin ni siquiera mirarlo a los ojos.

–¿Cuándo estuviste tú en California?

–Estuve destinado en San Diego con los marines.

–Has dicho «cuando trabajas» en Nueva York. ¿Qué es lo que te gusta de vivir aquí?

–Es la misma respuesta.

–¿Nada más?

–Puedes probar a decirme qué es lo que buscas –replicó él. Sonrió.

Jo tragó un nudo que tenía en la garganta. No se merecía que Daniel le sonriera porque no lo había tratado bien desde que llegara. Y él no tenía la culpa de que su cabeza estuviera hecha un lío.

–¿Y no estás harto de vivir rodeado de cajas?

–Olvidas que hasta hace poco, esas cajas estaban almacenadas. Todo lo que necesitaba lo llevaba a la espalda.

–Todo lo que necesitaba un marine –clarificó ella–. Ahora estás aquí. No puedes decirme que no te ha gustado ninguno de los apartamentos en los que has estado.

–Algunos sí.

–¿Y por qué no…? –ella se interrumpió–. Te mudas por las pesadillas, ¿verdad? En cuanto te oyen o crees que te han oído… –sabía que acertaba, pero no tenía sentido. Él se había movido de un lugar a otro desde que lo conocía–. ¿Ocurrió algo cuando estabas en la guerra?

–No es la primera vez que haces esa pregunta –él achicó los ojos–. ¿Por qué crees que pasó algo?

–Si no fue así, ¿de dónde salen las pesadillas?

–¿Por qué no intentamos olvidarlas?

–¿Volver a fingir que no lo sé? –ella lo miró con incredulidad–. ¿Tú puedes hacerlo?

–Puedo más fácilmente si no sacas el tema.

–¿Desde cuándo las tienes?

Daniel no contestó.

–¿Qué ha sido de lo de intentar comunicarnos mejor? –preguntó ella.

–La teoría que había detrás de eso era que no discutiríamos tanto –él hizo una mueca–. Por si no te has dado cuenta, presionarme ahora tendrá el efecto contrario.

–Si una discusión es lo que hace falta para que hables conmigo, tendremos una.

–Los dos sabemos que tienes ganas de pelea desde que llegué yo.

Y la sensación de que él volvía a alejarse no ayudaba mucho.

–¿Desde cuándo, Daniel? –preguntó con frustración.

–¿Por qué no salgo y vuelvo a entrar y empezamos la velada de cero?

–Te guste o no, hemos estado juntos en esas pesadillas desde que te mudaste aquí.

–¿Ahora utilizas la culpabilidad para hacerme hablar?

–¿Tienes idea de lo difícil que es oírte sufrir tanto? –ella frunció el ceño–. Me paso la mitad de la noche esperando que empiece y cuando empieza, es un infierno.

Daniel apretó los labios de un modo que sugería que no quería hablar nunca de aquello y Jo deseó abofetearlo. No le importaba saber que a ella también le costaría mucho hablar de ciertas cosas. Ella quería ayudar, ofrecer consuelo o simplemente escuchar. No sentirse alejada de él cuando les quedaba ya tan poco tiempo.

–Ayer tú querías una razón de por qué todavía ayudo a Jack, ahora te pido yo una respuesta. ¿Cuánto hace?

Sospechaba que no podría meterse en una pelea sin que salieran otras cosas en el calor del momento. Cosas de las que no estaba preparada a hablar todavía. Evitó la mirada helada de él y señaló el otro lado de la habitación.

–Estaré en el sofá mientras tú decides si te quedas o te vas.

Era la única elección que estaba dispuesta a darle. Su negativa a hablar de las pesadillas cuando ella le había hablado de su pasado le parecía un rechazo. Peor aún, le dolía. Tendría que haber cerrado la boca, y si la primera vez que compartía cosas con alguien acababa sintiéndose como una tonta, no tendría muchas ganas de volver a hacerlo.

Daniel vaciló. Apretó los dientes cuando ella se sentó y puso la televisión. Pero ¿qué importancia tenía decir desde cuándo tenía las pesadillas? Ella no podía averiguar el resto sin su ayuda. Respiró hondo y decidió que podía darle aquello. Se trataba de dar un poco para obtener un poco. Cuando contestara, ella le diría lo que le preocupaba.

Se acercó al sofá y se sentó a su lado.

–Ocho años –le quitó el mando a distancia de la mano–. Y no vamos a ver cosas de chicas.

–Tampoco vamos a ver nada con explosiones y muertos –replicó ella.

–Persecuciones de coches.

–No.

Él empezó a pulsar botones.

–Invasión alienígena. Eso está bien.

–No.

–Pues atraco a un banco.

Ella suspiró.

–Te vas a pasar el rato criticando la actuación policial, ¿verdad?

–Sí –él colocó el mando a distancia fuera del alcance de ella, se acomodó en el sofá y le pasó un brazo por los hombros.

Cinco minutos después, Jo se quitaba los zapatos y se apoyaba en él. Alzó la vista y habló con suavidad.

–No puedes llevar tanto tiempo sin dormir. No podrías tenerte en pie.

–Al final tu cuerpo acaba decidiendo que ya es suficiente. A mí me toca un coma de ocho horas pronto –él le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja–. Con suerte, será de noche y así no te despertaré.

Jo hizo una mueca.

–A pesar de lo que piensas, no lo he dicho para que te sientas culpable.

–Lo sé –pero ahora le tocaba a él–. Dime qué es lo que te preocupa desde que he llegado.

Jo apoyó la cabeza en el brazo de él, cerró los ojos y soltó un sonido estrangulado. Abrió los ojos y se volvió hacia él.

–¿Podemos hablar antes de esa mezcla de consideración y protección que estás usando conmigo?

–Vale.

–¿Podrías dejar de hacerlo?

Daniel reprimió una sonrisa.

–¿No crees que llevas un poco lejos el tema de la independencia?

–¿Ves? Ya estás otra vez. Es el tono que usas.

–Solo tengo una voz.

–No es verdad, tienes muchas –ella alzó una mano y empezó a contar–. Tienes la voz considerada, la voz seductora, la voz de advertencia…

Él le tomó la mano.

–Volvamos al problema que tienes con lo de considerado y protector.

–No me gusta.

–Proteger es mi trabajo –razonó él–. Lo de considerado tengo que trabajármelo de vez en cuando.

–No –dijo ella con un mohín–. Eso también se te da bastante bien.

Daniel respiró con fuerza.

–A ver si lo entiendo. Tú quieres que no me importe lo que te

pase y que sea más desconsiderado.

Jo alzó los ojos al cielo.

–Puesto así, suena estúpido.

–Un poco –asintió él.

Ella cambió de postura sin avisar y se sentó a horcajadas sobre él. Cuando movió las caderas, Daniel le puso las manos en la cintura para sostenerla inmóvil antes de que sus cuerpos se alinearan. Ya era bastante difícil no perder el control sin necesidad de tener que soportar aquellos movimientos que él había imaginado que hacían desnudos.

–Habla conmigo –ordenó ella.

–Sabes que puedo quitarte de ahí si quiero terminar esta conversación.

–Pero sigues aquí sentado, ¿no? –ella enarcó las cejas–. ¿Te sientes mal por jugar conmigo?

Daniel frunció el ceño.

–¿Cuándo hago yo eso?

–Todas esas cosas consideradas en las que dices que tienes que trabajar son parte de tu campaña para llevarme a la cama.

–Teniendo en cuenta mis muchas habilidades en el arte de la seducción, me siento insultado –él movió la cabeza–. Un hombre no puede hacer el esfuerzo de ser amable contigo, ¿verdad?

–Ser amable no tiene que ser un esfuerzo.

–Eso es lo que pasa con la resistencia. Que lo pone todo más difícil.

–Pues deja de resistirte y dime lo que pasó ayer.

Daniel buscó un camino seguro por el campo de minas en el que estaban entrando y optó por un poco de sinceridad.

–¿Crees que a ti te resultará más difícil contarme por qué sigues teniendo dudas que a mí esto?

–No –admitió ella–. ¿Por qué tú no tienes dudas?

–En lo referente a acostarme contigo, creí que había dejado clara mi posición –él subió la mano de la cadera a la cintura de ella–. Puedo repetirlo si quieres.

Los ojos de ella se oscurecieron.

–No es necesario.

–En ese caso… –él bajó la mano y deslizó los dedos bajo el dobladillo de la falda de ella. Tocó la suave piel del muslo y observó la reacción de ella.

Jo entreabrió los labios y respiró despacio. Bajó las pestañas y miró la boca de él. Daniel sabía que podía perderse en ella, pero percibía que un pequeño rincón de la mente de ella no estaría allí.

Egoístamente, él quería que estuviera. Quería que ella viera la parte de él que veía poca gente fuera de su entorno laboral… antes de que se cometieran errores o empezaran las recriminaciones.

–¿Tú piensas en cuando acabe esto? –preguntó ella–. ¿En el desastre que podríamos dejar atrás?

–Sí.

–Yo también –susurró ella. Le lamió los labios–. En el mejor de los casos, estaremos mejor que antes. En el peor…

–Acabaremos diciéndonos cosas que no podremos retirar –terminó él.

–Sí.

Daniel la miró a los ojos y encontró en ellos vulnerabilidad suficiente para hacerle un agujero en el pecho. Ella no solo tenía dudas, sino que estaba aterrorizada. ¿De él? ¿Qué había hecho para asustar a la intrépida Jo? ¿Qué podía ser?

Pensó en voz alta.

–Quizá el problema que tenemos ahora es de confianza.

Ella bajó la vista al pecho de él.

–Estás diciendo que no confías en mí.

–No, muñeca, no es eso lo que digo –él respiró hondo y eligió las palabras con cuidado–. No puedo prometerte que esto no sea un desastre cuando termine.

–Lo sé.

–¿Sabes que yo jamás haría nada intencionadamente para hacerte daño? –le asombró lo mucho que necesitaba que ella supiera aquello–. Si algo de lo que he dicho o hecho en el pasado…

–Calla –ella le puso un momento el dedo índice en la boca–. Lo entiendo. Tú crees que no confío en ti.

–¿Por qué ibas a confiar? No he hecho nada para ganarme tu confianza.

Jo pensó un momento.

–No es que no confíe en ti, es solo…

–Recelo –musitó él.

–Sí.

–Yo no estoy seguro de que debas confiar en mí –declaró él–. Cuando estoy contigo, no me fío de mí mismo.

–¿Por qué no? Mírame a los ojos; cuando me lo digas, necesito ver si están ahí.

–¿El qué?

–El azul se nubla. Tienes sombras –ella le rozó la barbilla con los dedos–. Así es como sé que hay algo que no me dices.

Daniel sintió un fuerte peso en el pecho; le costaba un gran

esfuerzo respirar.

Jo ladeó la cabeza y lo miró a los ojos.

–Dime por qué no te fías de ti mismo cuando estás conmigo.

–Llevo mucho equipaje. Y no estoy dispuesto a descargarlo sobre ti –él frunció el ceño, tanto por la confesión como por lo ronco de su voz. No le gustaba ser tan débil.

–¿Crees que eres el único que lleva equipaje?

–No.

Ella le acarició el cuello.

–¿Te cuento un secreto? –susurró.

Daniel asintió.

–Te deseo más de lo que nunca he deseado a nadie –Jo sonrió con sensualidad–. Fantaseo contigo, con lo que haremos juntos y lo que sentiré. En este momento, cuando estamos así, dudo de mis dudas.

Se echó hacia delante y colocó los labios en el pulso del cuello de él. Una oleada de calor recorrió el cuerpo de Daniel y se instaló en su entrepierna. Movió las manos a la curva de la espina dorsal de ella y la movió en su regazo hasta alinear sus cuerpos como pretendía la naturaleza. Ella se estremeció al descubrir la erección de él y movió las caderas de un modo que a él le hizo reprimir un gemido. La deseaba con una desesperación que no había conocido nunca. De pronto tenía la sensación de que ella era un salvavidas y si no se agarraba con fuerza…

Cuando ella le susurró al oído, su cálido aliento le acarició la piel.

–Lo que me da miedo es lo que siento cuando te oigo al otro lado de la pared y no puedo ir a ti. Las veces en las que estás tan lejos de mí que siento que no puedo tocarte.

Daniel había vivido cosas similares, así que entendía el punto de vista de ella. Pero nunca había estado en el otro lado.

Ella se estremeció de nuevo.

–Necesito saber que estás conmigo y que estamos en esto juntos.

Por primera vez en su vida, él supo lo que era sentirse atrapado e indefenso. La clase de fe que se necesitaba para ceder el control. Cuando iba a trabajar, no se consideraba un héroe. Era solo un hombre que hacía su trabajo y fallaba más a menudo de lo que le hubiera gustado. Los verdaderos héroes eran personas que confiaban plenamente en otra persona y ponían la vida en sus manos.

–Yo estoy aquí, Danny. Déjate ir.

Pero Daniel no podía. Si se dejaba ir, se derribaría una montaña

de sentimientos y quedaría aplastado bajo su peso. Estaba demasiado desgastado, demasiado agotado de combatir los demonios que lo llevaban al infierno noche tras noche. Si ella supiera lo inepto que era, la cantidad de veces que había fallado a alguien que lo buscaba…

–Jo…

–Calla –ella lo besó en los labios una y otra vez.

Al principio solo captó el sabor de ella y una sensación de gloria que no sabía que se podía encontrar en la rendición. Luego ella movió las caderas, rozó su calor contra la presión de los vaqueros de él y la lujuria estalló en su cuerpo con la fuerza de una carga explosiva.

Daniel apartó la boca y murmuró:

–Dime que me vaya.

–No –ella sonrió–. Hazme el amor. Llévame a la cama.

Era la orden más dulce que le habían dado nunca.

# CAPÍTULO 10

*«Mezclar y combinar puede resultar desastroso si no lo haces bien. Pero si te apartas de tus combinaciones habituales, puede que descubras algo único».*

ÉL, AL despertar, abrió los ojos despacio y Jo le sonrió.

–Buenos días, dormilón.

–Buenos días –repuso la voz profunda de él–. ¿Qué hora es?

–Es sábado y creo que no entras a trabajar hasta medianoche –ella se incorporó sobre el codo y apoyó la cabeza en la mano–. He estado pensando…

–Oh, oh.

–¿Sabes lo que no he hecho nunca?

–¿Pasarte la noche despertando a alguien para poder dormir tú?

–Nunca me he pasado el día en la cama con un hombre sexy desnudo –confesó ella con un suspiro dramático–. ¿Tú sabes dónde podría encontrar uno?

–Prefiero no empezar el día pegándole a alguien.

–Entonces supongo que tendré que conformarme contigo.

Él sonrió perezosamente.

–¿Por qué?

–¿Porque eres el único hombre desnudo aquí?

–Quiero decir por qué nunca has pasado el día con un hombre sexy desnudo.

–Soy adicta al trabajo –repuso ella–. Es triste, lo sé.

–No –susurró él–. Solo sorprendente.

–Mi trabajo es algo más que sentarme en una cafetería tres veces por semana.

–No lo dudo –él se desperezó–. Lo que me cuesta creer es que no lo haya intentado otro hombre.

Jo reprimió una sonrisa.

–Corrígeme si me equivoco, pero ¿tú no estabas convencido hasta hace poco de que los hombres me echaban de sus casas en mitad de la noche?

–Eso era antes de conocerte mejor.

–¿Y crees que ahora me conoces mejor?

–Espero que sí –él respiró hondo.

La besó en la boca y ella sintió calor enseguida. Tenía la piel muy sensible, como si todos los lugares donde él la había tocado y

besado hubieran quedado marcados por sus caricias. Durante años no habían sido capaces de mantener una conversación y parecía que habían aprendido a comunicarse sin palabras en una noche. Él apartó la boca de la de ella para trazar un camino de besos por su cuello y acariciar su cuerpo desde la cadera hasta la cintura. Un ronroneo de placer pecaminoso recorrió el cuerpo de ella en respuesta.

Jo se sintió embargada por un estallido de pura alegría. Seguía sin saber por qué había cambiado su relación, pero eso ya no importaba.

Lo único que importaba era que él parecía tan feliz como se sentía ella.

Más allá de la felicidad, sentía también una ternura irresistible. No sabía si procedía de él o de ella. Pasó los dedos por el asomo de barba mañanera de él y observó con la mirada las distintas sombras de azul de sus maravillosos ojos. Jamás olvidaría cómo la había mirado él cuando sus cuerpos se habían unido. Tenía la impresión de que le hubiera dado algo que ella no tenía que devolver nunca. Aunque sería inútil negar que ella le había dado algo a su vez.

Por primera vez, en lugar de permitir que alguien ocupara un pequeño lugar de su corazón, había entregado una parte.

La emoción le oprimió la garganta sin previo aviso. Dejarlo sería una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer en su vida. ¿Cómo le iba a decir que se marchaba si no podía suavizarlo con la confesión de que no quería irse? Lo echaría de menos. Pero había estado sola antes y podía volver a estarlo. No tenía elección. No podía reemplazar el sueño que tenía al alcance con uno que nunca podría…

–¿Qué pasa? –preguntó él.

Jo lo besó en los labios. No quería que aquello acabara.

En ausencia de sinceridad, optó por buscar ligereza.

–¿Sabes qué he pensado? –murmuró–. Que algunas de las cosas que hiciste anoche ha tenido que enseñártelas una mujer.

–No entres en eso –murmuró él.

–Estoy pensando en una mujer mayor, un Danny más joven…

Él sonrió.

–¿Celosa?

–Puesto que yo me llevo los beneficios, estaba pensando más bien en enviarle una tarjeta de agradecimiento.

–¿Qué te hace pensar que no es conocimiento innato o que estoy inspirado?

–Lo de inspirado está bien. Yo que tú optaría por eso.

Él colocó un brazo bajo la cabeza de ella y le lanzó una sonrisa depredadora.

–Este día en la cama… ¿solo cuenta si es en la cama?

Ella bajó las pestañas.

–¿En qué estás pensando?

–En este caso, es mejor demostrar que hablar –respondió él.

Daniel se sentía mejor que en… en mucho tiempo.

La primera prueba de lo bien que les iba llegó en su tercera noche juntos. Cuando él abrió los ojos, vio que ella lo miraba con miedo. Pero el miedo no era por ella, sino por él. Daniel sintió cómo lo calmaba con susurros. Pero cuando se miró las manos y vio la fuerza con que sujetaba los brazos de ella, se sintió horrorizado. ¿Qué hacía? La idea de que pudiera dejarle una marca en la piel le provocó náuseas y supo que tenía que alejarse de ella enseguida.

Ella no intentó detenerlo cuando le dijo que se iba, pero antes de que saliera le preguntó con suavidad:

–¿Qué significa?

Él se quedó inmóvil en el umbral.

–¿Qué significa el qué?

–No dejabas de repetir que necesitabas dos más. ¿Dos qué?

Daniel se alejó sin contestar. Pero a pesar de su intención de poner distancia entre ellos, volvió después del trabajo. Decidido a demostrarle lo mucho que la necesitaba e incapaz de decirlo en voz alta, la besó y la llevó directamente a la cama. Ocho horas después, estaba en condiciones de volver a trabajar y se prometió que le daría una tarde que ella no pudiera olvidar.

En ese momento observaba una sesión de fotos apoyado en un árbol de Central Park y absorbía los detalles de un mundo del que no sabía nada. Jo se mostraba animada y entusiasta, resplandecía como si habitara algún reino secreto mágico. Era obvio que amaba lo que hacía; se notaba en sus ojos.

–Ya hemos terminado, chicos y chicas.

Modelos y ayudantes emitieron un suspiro de alivio; el fotógrafo tendió la mano a Jo y movió los dedos.

–Dámela, encanto. Tengo que tener cuidado con las imágenes mías que haces de dominio público.

–¿Con alguien tan fotogénico como tú? –Jo le pasó una pequeña cámara digital.

Él bajó la cabeza y pasó las imágenes.

–Esa no. Esa tampoco. Cuando termine de borrar todas las que no apruebo, podemos hablar de tu nuevo amigo.

–¿Qué nuevo amigo?

–El hombre que lleva quince minutos observando todos tus movimientos –Jo miró en dirección a Daniel–. Obviamente, no trabaja en el mundo de la moda…

–No –respondió ella–. Es…

–No me lo digas. Es mucho más divertido imaginarlo.

Daniel se acercó a ellos.

–Hola, encanto.

–Hola, guapo –el fotógrafo sonrió.

Jo se mordió el labio inferior y reprimió una risita.

–Pórtate bien. Christophe Devereaux, Daniel Brannigan. Danny, este es Chris.

–Explica mucho la sonrisa que has tenido esta mañana –comentó el fotógrafo–. ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo? Porque en serio, querida, esa ropa…

–A él le queda bien, ¿no te parece?

–Supongo… Pero imagínatelo de Armani o Gucci o quizá un poco…

–Eso no va a pasar –intervino Daniel con sequedad, cuando se cansó de que hablaran de él como si no estuviera presente. Se había vestido solo desde los dos años y no necesitaba ninguna ayuda en ese campo.

–No le gustan las marcas –comentó Jo.

Christophe parpadeó.

–Eso debe de ser refrescante.

–¿Has terminado ya? –preguntó Daniel a Jo.

–Sí –ella besó a su amigo en las mejillas–. Te debo una por lo de hoy. Gracias por dejarme estar presente.

–Te lo debía por tu apoyo cuando era un desconocido. Una mención en tu blog sube mucho el perfil –miró a Daniel–. Cuida de ella o tendrás que responder ante mí.

Daniel asintió con la cabeza. Tomó a Jo de la mano.

–Vámonos.

–Solo por curiosidad –preguntó ella cuando se alejaban–. ¿Qué habrías hecho si hubiera quedado con Olivia como era mi intención?

–Te molesta, ¿verdad? –inquirió él.

–¿Ocultarle algo a mi mejor amiga?

–Incluso cuando lo hagamos público, habrá cosas que no podrás hablar con ella. Lo sabes, ¿verdad?

Ella abrió mucho los ojos.

–¿Cuando lo hagamos público?

–No vamos a discutir hoy. Tengo planes para lo que queda del

día.

–¿Adónde vamos?

–Ya lo verás.

–¿Es una sorpresa?

Daniel sonrió. Un rato después se detuvo en medio de un camino y ella alzó las cejas con anticipación.

–Tienes dos opciones. El zoo –él señaló con el pulgar por encima de su hombro–. O eso.

Ella miró y se quedó un momento inmóvil. Después se le iluminó el rostro.

–¿Te estás quedando conmigo? –se lanzó en sus brazos–. ¡Me encanta! –se apartó y le tomó la mano.

Cuando cruzaban las puertas, se volvió hacia él.

–Me niego a disfrutar de mi sorpresa hasta que consientas en hacerlo todo conmigo –lo miró a los ojos y sonrió–. Pero prometo compensarte si lo haces.

–¿Quieres comer algodón de caramelo o algo razonable? –preguntó él.

–Algodón –ella tiró de su mano–. Podemos comerlo en el tiovivo.

Lo máximo que él estaba dispuesto a hacer era apoyarse en un ridículo caballo de madera. Cuando la plataforma empezó a moverse, la vio chuparse los dedos antes de arrancar otro trozo de algodón con los dientes. Daniel sonrió.

Varios viajes más tarde, se sentía muy orgulloso de sí mismo por satisfacer sus ansias de diversión. Ahora podía cuidarla, protegerla y satisfacer sus necesidades.

Hicieron un descanso para comer un par de perritos calientes con mostaza. Jo compartió el pan con una horda de bien alimentadas palomas y Daniel compartió la mostaza con sus vaqueros. Ella intentó quitar la mancha con una servilleta de papel hasta que él se vio obligado a recordarle que estaban en un lugar público y había niños. Después de un beso con el que ella le prometió que le haría todo lo que quisiera cuando llegaran a casa, él la vio que miraba a la gente y sonreía. Siguió su mirada y descubrió a una niña que iba con una mujer que le hacía una trenza en el pelo.

–¿La recuerdas? –preguntó.

–¿A mi madre?

–Sí.

Jo pensó un momento, como hacía siempre que hablaban de un tema que le resultaba difícil.

–Algunas cosas –respondió–. Recuerdo cómo me cepillaba el

pelo. Seguía el cepillo con la mano –sonrió–. Yo todavía hago eso.

–Lo sé –era parte de la rutina de ella por la mañana. Verla vestirse resultaba casi tan fascinante como verla desnudarse–. Continúa.

Pasó otro momento mientras Jo seleccionaba un recuerdo.

–Solía tararear cuando hacía las labores de casa. Mi padre decía que una de las razones por las que la amaba era porque tenía una canción en el corazón. Me guiñaba un ojo y se acercaba por detrás para bailar con ella. Eso la volvía loca si estaba haciendo algo, pero siempre se reía –Jo sonrió de nuevo–. Tenía una risa fantástica.

–¿Cómo era ella?

–A veces, pocas, Jack me dice que me parezco mucho a ella –Jo se encogió de hombros–. Creo que le resultaba difícil mirarme después de la muerte de ella.

Era la primera vez que Daniel sentía alguna empatía por su padre. No quería imaginarse un mundo sin Jo en él, pero sabía que sería un lugar más oscuro.

–¿Cuándo empezaste a llamarle Jack?

–Cuando dejó de ser mi padre –ella lo miró a los ojos–. ¿Cómo era tu padre?

Daniel sabía que estaba cambiando de tema. Movió la cabeza y esquivó su mirada.

–Eso ya lo sabes.

–Sé lo que recuerdan los demás de tu familia.

–Pues quédate con sus impresiones. Discutían menos con él.

–¿De qué discutíais?

–Su decepción conmigo era uno de los temas favoritos.

–¿Él te decía eso? –preguntó ella con incredulidad.

–Con motivo –él la miró por el rabillo del ojo, poco dispuesto a entrar en detalles–. ¿Nadie te ha dicho lo cerca que estuve de ser el primer Brannigan que acabara en el lado equivocado de la ley?

Ella abrió mucho los ojos.

–No te creo.

Daniel le tendió la mano.

–¿Qué quieres hacer ahora?

Ella sonrió.

–Termina de hablar de esto. Quiero saber en qué líos te metías.

–¿Y correr el riesgo de que cambies tu opinión de mí? –él frunció el ceño mientras echaban a andar hacia una hilera de puestos.

–Eso merece un castigo –a ella le brillaron los ojos–. Los marines sabéis disparar, ¿no?

Una hora después, Daniel intentaba averiguar cómo había acabado siendo él el que transportara un conejo de peluche por el parque. Si el objetivo de ella había sido que se sintiera ridículo, había dado en el blanco. Lo agarró por las largas orejas y lo miró con disgusto.

–Es bizco.

–Nuestras imperfecciones nos hacen únicos –respondió ella.

Daniel miró el estanque.

–Me pregunto si flotará.

–No te atreverías.

Daniel la alzó en vilo sin soltar el conejo.

–Puedes usarlo como salvavidas.

Se acercó al borde del agua y la columpió adelante y atrás. Sonrió cuando ella protestó entre risas. La miró y se preguntó por qué había tardado tanto en ver lo que tenía delante de sus narices. ¿Habría sido distinto si hubieran empezado a salir antes? ¿Su vida volvería a ser la misma cuando terminaran? Quizá debería intentar hablarle de…

–Esa es nueva –murmuró ella.

–¿El qué?

–La mirada de tus ojos.

Antes de que él tuviera tiempo de distraerla con un beso, sonó una música.

–Es mi móvil –dijo ella.

–No contestes.

–Tengo que hacerlo –ella se retorció en sus brazos hasta que la dejó en el suelo.

Como era de esperar, la llamada provocó la desaparición de Jo y la reaparición de la Jo apagada y triste.

Antes de que pudiera decir las palabras habituales del final de la llamada, él extendió el brazo.

–No pienso llevar esta cosa en el metro.

–Un caballero lo haría.

–Entonces es una lástima que salgas conmigo, ¿no crees?

Ella no intentó impedir que la acompañara. Pero lo habría hecho de saber lo que él se proponía. Daniel ya estaba harto y pensaba tener una charla con Jack a la primera oportunidad.

# CAPÍTULO 11

*«Cuando vas de compras, es importante ir con la mente abierta. No siempre puedes encontrar lo que quieres, pero si tienes paciencia, tal vez descubras justo lo que necesitas ».*

–VOY a hacerle algo de comer –dijo ella cuando llevaron a Jack a su apartamento después de anochecer.

Daniel asintió.

–¿Qué más?

–Dejarle comida.

–Tú vete a comprar al supermercado de enfrente y yo le preparo algo de comer –al ver que ella vacilaba, añadió con firmeza–: Vete, ya me ocupo yo.

Jo tomó su bolso. En realidad, necesitaba un poco de espacio. No podía seguir robando recuerdos y uniéndolos como cuentas brillantes de un collar precioso. Tenía que decírselo, sobre todo porque ocultarlo la estaba matando. El problema era que todavía no sabía por qué era tan complicado encontrar las palabras.

A mitad de camino del supermercado, se dio cuenta de que no había mirado en el frigorífico para ver lo que había. Cuando volvió al apartamento, oyó la voz de Danny.

–Creo que es hora de que tengamos una conversación.

Jo se quedó inmóvil en el umbral. ¿Qué pasaba allí?

–Solo voy a decir esto una vez. Puede que a ti no te importe el efecto que tienen tus actos en tu hija, pero a mí sí. Si la haces sufrir, me tendrás encima a todas horas, ¿está claro?

Ella estaba a punto de intervenir cuando Jack contestó:

–Yo quiero a mi Jo.

–¿La querías cuando acabó viviendo en la calle por tu culpa? –preguntó Daniel con brusquedad–. Podía haber muerto. Alguien que ella conocía murió. ¿Te lo dijo?

–No.

–Claro que no. Ella afronta las cosas por sí misma. No pide ayuda. Si supiera que ahora estoy hablando contigo, me daría una patada en el trasero.

Jo siguió paralizada en el sitio, sin interferir.

–Es igual que su madre –dijo Jack.

–No debió de ser fácil perderla así.

–No lo fue.

–Lo siento, Jack. Lo siento de verdad. Pero ¿crees que a tu esposa le gustaría saber que Jo perdió a ambos padres aquel día?

Jo abrió mucho los ojos. ¿Cómo sabía eso?

–Si quieres honrar su memoria, este no es el modo. Un día tu hermosa hija conocerá a alguien, se casará y tendrá hijos. ¿Quieres perderte también a tus nietos? ¿No querría tu esposa que buscaras la huella de vosotros dos en sus ojos?

Jack carraspeó.

–Sí querría –respondió.

El dolor de su voz hizo que Jo lamentara no haber hablado más de ella con él. Pero a los ocho años le había sido difícil enfrentarse al dolor y en años posteriores había tenido muchas otras cosas a las que enfrentarse. Después había creído que ya era demasiado tarde.

–Vas a tener que cambiar –continuó Daniel–. Si yo fuera el padre de esos chicos, no creo que quisiera confiártelos. Pero querría que te conocieran igual que querría que supieran cosas de su abuela. Y estaría bien que se las contara el hombre que la amó.

Jo bajó la vista y se dio cuenta de que se había puesto la mano en el estómago. No estaba embarazada, pero nunca había pensado en el hombre que querría que fuera el padre de sus hijos. Y de pronto supo que Daniel sería un padre excelente.

–Todavía la amo –repuso Jack en voz baja.

–¿Nunca has pensado en ir a terapia? Conozco a alguien que lleva un grupo. No te hará dejar de beber, eso solo puedes hacerlo tú, pero quizá te venga bien hablar con ella –hubo una pausa–. Puede ser difícil batallar con las cosas que se guardan dentro. Créeme, yo lo sé.

–Eres un buen hombre –dijo Jack–. Me alegro de que estés con mi hija.

Ella también. Había docenas de cosas que no olvidaría de aquel tiempo con él, pero de pronto ya no le parecía suficiente.

–La semana que viene te daré su tarjeta –dijo la voz de Daniel–. Y ahora vamos a ver lo que podemos hacer antes de que vuelva Jo.

Esta salió de la casa y cerró la puerta en silencio. Al pie de las escaleras se secó las mejillas. Ella no lloraba nunca. ¿Qué narices le ocurría?

Cruzó la calle como si estuviera en estado de shock. En la tienda tomó una cesta y caminó como sonámbula por los pasillos. ¿Por qué le costaba tanto decirle a Daniel que se marchaba? ¿Podía ser que estuviera enamorada? Pero si lo estuviera, no se sentiría tan aturdida. ¿O sí?

De no haber estado en aquel estado, quizá habría reaccionado

con más rapidez al doblar la esquina. Pero cuando se dio cuenta de lo que ocurría, era demasiado tarde.

¿Dónde estaba?

Jack dormía profundamente en el sofá y Daniel tamborileaba con los dedos en la encimera de la cocina. Miró el reloj. Ella tendría que haber vuelto ya. Impaciente, decidió ir en su busca.

Bajó corriendo las escaleras y cruzó la calle. Entró en el supermercado y miró en los pasillos. No la vio. Caminó hasta donde asumía que estaba la caja y dobló una esquina. Allí estaba. Lo embargó una sensación de alivio, pero cuando ella lo miró y una expresión de agonía cubrió su rostro él supo que algo iba mal.

Se quedó quieto y miró a su izquierda.

–¡No te muevas!

Daniel identificó el arma con la que apuntaban al hombre que se hallaba detrás del mostrador y miró a los ojos del atracador que la sostenía.

–Tranquilo –dijo–. No tiene por qué pasar nada.

–¿Ha venido alguien contigo?

–No –Daniel dio un paso instintivo hacia Jo para protegerla con su cuerpo–. Pero quizá quieras pensar en cerrar las puertas.

–¡He dicho que no te muevas!

Un miedo desconocido embargó a Daniel, pero fue reemplazado al instante por una furia que tuvo que controlar con firmeza.

–Solo voy a cerrar esa.

Sin mirar a Jo, señaló con el dedo una puerta situada a medio metro de ella. Por lo que sabía solo había dos puntos de entrada.

–¿Por qué me ayudas? –el atracador miró a cada uno de los tres rehenes antes de llegar a la conclusión de que el mayor peligro era Daniel.

–Porque no quiero que me peguen un tiro –dijo este. El arma pasó a apuntarlo a él–. Esta noche tengo una cita caliente con una pelirroja fogosa –miró al hombre de detrás del mostrador–. Dele el dinero.

–No quiero el dinero, quiero a mi hijo –gritó el de la pistola.

–Ya le he dicho que ella no está aquí –intervino el hombre del mostrador.

–Pues llámala y dile que lo traiga aquí. ¡Vamos!

Se oyeron sirenas en la distancia.

–¿Has llamado a la poli? –gritó el hombre.

Puesto que Daniel dudaba de que el supermercado tuviera alarma silenciosa, asumió que un testigo habría llamado a la policía.

El de la pistola lo miró a él.

–¿Los has llamado tú?

–¿Con mis antecedentes?

–¿Qué has hecho?

–Vender droga –Daniel se dio un golpecito en el bolsillo de la chaqueta–. Sácanos de aquí antes de que llegue la pasma y te doy un poco.

–Quiero a mi hijo.

El hombre era de ideas fijas.

–Tú haz lo que tengas que hacer, pero yo no puedo estar aquí. Si me pillan con droga, estaré violando la condicional.

–Nadie irá a ninguna parte hasta que tenga a mi hijo.

–Tienes rehenes. Enviarán a las fuerzas especiales. Me han dicho que esos tipos disparan primero y preguntan después –vio que el hombre miraba hacia la parte de atrás de la tienda–. Vámonos.

–Nos pillarán.

Daniel dio un paso hacia él.

–Si salimos ahora, no.

–Necesito tiempo para pensar.

Daniel dio un paso más.

–Yo no pienso volver a la cárcel.

–¡Cállate y déjame pensar!

Daniel oyó un «clic» que indicaba que había entrado una bala en la recámara y supo que se le acababa el tiempo.

–¡Al suelo! –gritó.

Se lanzó hacia delante, agarró el brazo de la pistola, tiró hacia arriba y lo golpeó dos veces contra un estante de metal. Unas latas cayeron al suelo y el hombre lanzó un grito de dolor antes de soltar la pistola. Daniel le dio una patada para alejarla, le puso la zancadilla al hombre y lo tiró al suelo. Se dejó caer de rodillas, lo puso boca abajo y le retorció el brazo mientras intentaba agarrar el otro hombre. Desde que se movió hasta que hubo contenido al otro hombre pasaron menos de diez segundos.

Cuando terminó, miró a Jo.

–¿Estás bien?

Ella asintió.

Eso no frenó los latidos de él. En todo caso, el hecho de verla de pie aumentó su furia. ¿No había oído su orden de echarse al suelo?

–Estoy bien –anunció la voz del hombre del mostrador.

–Fuera de aquí los dos –Daniel combatió la nube roja que se formaba alrededor de sus ojos, volvió la cabeza y vio que ella daba un paso hacia él–. Lo digo en serio, Jo. Sal por la puerta, vete al

coche patrulla más cercano y quédate allí.

Era la primera vez desde sus tiempos de antes de los marines que estaba lo bastante furioso para gritar como un energúmeno. Él la había enviado a la tienda y si no hubiera ido en su busca, ella podría estar…

Apretó los dientes y se concentró en respirar hondo. Pensó que, si compartían una vida, todos los días serían una batalla constante entre la independencia de ella y la necesidad de él de protegerla. La realidad era que ella pertenecía a su mundo tan poco como él al de ella.

–¿Quién eres tú? –preguntó una voz apagada desde el suelo.

–Si te mueves, seré el que te envíe al hospital –metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y, cuando oyó pasos, enseñó la placa por encima de su cabeza.

–Sí, lo sabemos. Sigues teniendo problemas para tomarte tiempo libre, ¿verdad?

Daniel alzó la vista.

–Hola, Dom.

–Hola, Danny –sonrió Dom.

Mientras esposaban al agresor, Daniel se incorporó y fue a la puerta. Cruzó la calle intentando localizarla. La adrenalina recorría todavía sus venas y todos los músculos de su cuerpo querían abrazarla y no soltarla nunca. Pero cuando ella se volvió hacia él, Daniel se quedó inmóvil.

Por un momento, todo quedó en silencio.

Luego se dio cuenta.

¿Cómo narices no lo había visto llegar? Había estado en situaciones de mucho peligro y nunca había pasado tanto miedo como en aquella tienda.

Se volvió y sacó el móvil. Necesitaba tiempo para recomponerse y no podía hacerlo con ella presente.

Jo lo observaba caminar por la calle hablando por teléfono. Quería ser fuerte, estar tan tranquila como él, pero estaba muy nerviosa. Si a él le hubiera pasado algo… Si lo hubiera perdido cuando intentaba protegerla…

–¿Eres la chica de Danny Peligros?

Ella asintió.

–Soy Jo.

–Dom Molloy. Trabajé con Danny en el distrito noveno antes de que se trasladara a la Unidad de Servicios de Emergencia. Encantado de conocerte, Jo –el hombre moreno le sonrió–. Tengo que tomarte declaración. ¿Te parece bien?

–Sí.
–Ven por aquí.
–De acuerdo.
Jo miró a Daniel mientras se alejaba. No quería estar donde no pudiera verlo.
En comparación con el hecho en sí, que parecía haber transcurrido a cámara lenta, en ese momento daba la sensación de que el tiempo volaba. Una voz gritó su nombre y ella parpadeó sorprendida.
Olivia la abrazó y observó su rostro con preocupación.
–¿Estás bien?
–Sí –Jo miró a Blake y luego de nuevo a ella–. ¿Qué hacéis aquí?
–Me ha llamado Danny.
–Ella estaba demasiado nerviosa para conducir –explicó Blake.
–Quiere decir que estaba muy preocupada por ti.
Jo abrió la boca para contestar, pero se le adelantó una voz profunda detrás de ella.
–Ya le han tomado declaración; puede marcharse.
Jo se volvió y miró a Daniel para comprobar que estaba bien.
–¿Qué ha pasado? –preguntó Olivia.
–Una toma de rehenes –explicó Daniel.
Jo sintió un dolor repentino. Aquella imagen era demasiado parecida a su primer recuerdo de él; el ansia de que él reconociera su existencia era ahora tan desesperada como entonces. Si no la miraba pronto, iba a…
–¿Por qué vas en ropa de paisano? –preguntó Olivia a su hermano.
–Estoy fuera de servicio.
–¿Y por qué estás aquí?
–Eso no es asunto tuyo –declaró él–. Y si la interrogas a ella de camino a su casa, habrá un hermano menos vestido de mono en tu boda.
–Mamá jamás te lo permitiría.
Daniel apretó los dientes.
–Llévatela de aquí, Olivia.
–Un momento –Jo siguió a Daniel, que se alejaba–. ¿No merezco ni un «hasta luego»?
Él siguió andando.
–¡Vuelve! –gritó ella a su espalda–. ¡Danny!
Él se volvió y la miró a los ojos.
–Si vuelvo ahí, te voy a gritar.
La intensidad de su ira la dejó sin palabras. Ella no estaba en lo

cierto; él no tenía nada de tranquilo y controlado. Tal vez no era la reacción que esperaba Jo, pero era mejor que nada.

–¿Qué hacías tú ahí dentro? –preguntó con una voz que no tenía nada de tranquila.

–Mi trabajo.

–¿Tu trabajo consiste en ver cuántas veces consigues que casi te maten antes de que acierten del todo?

–Si nos cuesta la vida salvar a alguien, es el precio que pagamos –respondió él.

Ella lo miró sorprendida.

–Tú no tienes ni idea de por qué estoy tan afectada, ¿verdad?

–Yo te advertí del peligro de este barrio –respondió él entre dientes.

–¿Me culpas a mí de esto? –Jo sabía que estaba alzando la voz–. ¿Crees que salí a buscar problemas para que acudieras en mi rescate? Sé los riesgos que corres por otras personas, Danny, pero no quiero que los corras por mí.

–¿Y tengo que quedarme quieto y dejar que te peguen un tiro?

Ella terminó de explotar del todo.

–¿Crees que yo te quería ahí dentro? ¡Estaba rezando para que no vinieras a buscarme! Sabía a qué te dedicas, pero una cosa es saberlo y otra verlo pasar. El peligro es tu adicción, no la mía. Sé que no te importa a quién intentas salvar…

–¿Que no me importa a quién? –él cerró la boca y asintió con firmeza–. Se acabó. Ahora te largas.

Dio un paso al frente y Jo retrocedió un paso.

–¡Ni se te ocurra! –él se agachó, se la echó al hombro y echó a andar–. ¡Bájame, Danny! Odio que hagas esto.

–¿Dónde está tu coche? –preguntó él a su hermana.

–Al final de la calle –respondió esta con lo que parecía una nota de regocijo en la voz.

–No le ayudes –intervino Jo–. Quiero que solicites una orden de alejamiento. Si no lo haces, denunciaré al imbécil de tu hermano por agresión.

Daniel siguió andando y Jo luchando.

–Puede que me hayas engañado un tiempo, gorila, pero ahora recuerdo todo lo que más me molestaba de ti.

Él se detuvo.

–¿El jeep de la esquina?

–Sí –contestó Blake.

–No pienses que luego podrás besarme y hacer las paces –siguió Jo–. No hay nada que puedas decir que…

–¿Ha dicho besar? –preguntó Olivia.
–Sí –respondió Blake.
Daniel la dejó al lado del jeep.
–Muy bien.
–Ya se lo habían imaginado –Jo miró a Olivia–. Gracias por salir en mi defensa.
–¿Después de haber guardado este secreto?
Jo guardó silencio.
–¿Has terminado ya de gritarme? –preguntó Daniel.
A Jo aquello le pareció muy injusto. Y él incluso había conseguido decirlo como si ella no fuera la única que luchaba por controlarse. La chica que siempre se había considerado una luchadora nunca había sentido tanto la necesidad de salir corriendo.
–¿Quieres que me vaya? Pues felicidades, Danny, tú ganas –el secreto que guardaba salió de sus labios–. Dentro de seis días me voy a París.
Daniel pareció atónito.
–¿Qué?
–Ya me has oído. No es gran cosa, ¿verdad? Solo adelantamos un poco la agenda –Jo, que no podía seguir mirándolo, se volvió. Intentó abrir la puerta del jeep y hundió los hombros–. ¿Alguien puede abrirme la puerta, por favor? –hubo un pitido agudo y un «clic» de cerraduras–. Gracias.
El viaje fue largo y silencioso, pero Jo no quería hablar.
–¿Adónde vamos? –preguntó cuando vio algo por la ventanilla que no le encajaba.
–A nuestra casa –respondió Olivia.
–No. Quiero irme a casa.
Los otros cedieron sin demasiada insistencia, cosa que Jo les agradeció. Pero después de insistir en que la acompañaría hasta el apartamento, Olivia la miró preocupada.
–No estás bien, ¿verdad?
Jo negó con la cabeza.
–Los hombres Brannigan pueden ser un poco duros de mollera, pero Danny…
–Olivia, por favor.
–Solo esto y me callo –Olivia respiró hondo–. De pequeño, Danny podía hacer con su cuerpo y sus manos todo lo que quería. Fútbol, béisbol… Papá pensaba que eso lo volvía arrogante y creía que tenía que presionarlo para que aprendiera que tenía límites. Al final, lo único que consiguió fue hacer a Danny el doble de decidido, diez veces más duro consigo mismo y la mitad de

comunicativo. Papá no consiguió quebrarlo; pero eso no significa que no tenga sentimientos o no pueda sufrir.

–Lo sé –susurró Jo.

–Prueba a decirle lo que significa París para ti y quizá…

Jo sintió un nudo en la garganta.

–Olivia…

–Ya me callo –abrazó a Jo–. Has tenido una noche difícil. Acuéstate. Te llamaré por la mañana.

Cuando Olivia se fue, Jo se quedó largo rato en el centro de la estancia sintiéndose más sola que nunca. París había sido su sueño desde hacía tiempo. Había trabajado duro por eso. Pero dejar la ciudad que amaba, su casa, a sus amigos…

Dejar al hombre que amaba.

Porque no había duda. Lo amaba.

Aunque no tenía sentido creer que él sentía lo mismo. Movió la cabeza y reprimió las lágrimas que deseaba desesperadamente derramar. En seis días se iría a París.

Fin de la historia.

# CAPÍTULO 12

*«Zapatos nuevos, postres, noches fuera; ¿qué tienen en común? Cuando hay más de una opción disponible, no hay nada peor que tener que elegir».*

EL ESCENARIO de su pesadilla no fue ninguna sorpresa después de los sucesos del supermercado. Pero el resultado sí fue distinto.

Sonó un disparo.

Daniel la miró. Sabía que ella podía ver la agonía en su rostro, pero luchó por ocultársela. Ella tendió los brazos hacia él y empezó a llorar, intentando parar con los dedos el flujo de sangre.

–No pasa nada –dijo él.

–No te vayas –musitó ella.

El dolor le invadió el alma. Jo se despertó hecha una bola, con las lágrimas empapando la almohada. Era la primera pesadilla que tenía. ¿Cómo había podido soportar él tantas? ¡Era tan valiente…!

Contuvo el aliento y parpadeó en la oscuridad, escuchando los sonidos a través de la pared. El grito le partió el corazón. Tenía que ir con él. No tenía opción.

Él gritaba su nombre.

Cuando Daniel abrió la puerta, ella, en bata, lo observó un momento, hizo una mueca ante su pecho desnudo, se mordió el labio inferior y respiró hondo.

–No puedo seguir así –confesó con voz quebrada. Entró en el apartamento–. Tenemos que hablar.

Hablar era lo último que él quería hacer. Frunció el ceño.

–Tú tenías que estar con Olivia.

–Quería dormir en mi cama. Prepárame un café.

–No pienso hacer café –él miró su reloj–. Son las cuatro de la mañana.

–Vamos a hablar de esto.

–No, no vamos.

–Sí vamos –insistió ella–. Si no hablas, todo se queda encerrado en tu cabeza y no se va hagas lo que hagas. Creo que ya lo sabes.

Daniel lo sabía. Le había dicho algo parecido a Jack. Pero presionarlo cuando ya estaba huyendo no era lo más acertado.

Desde su punto de vista, ella hacía bien en alejarse lo más posible de él. Una mujer inteligente como ella no tardaría mucho en descubrir que él la necesitaba en su vida mucho más que a la

inversa. Y puesto que no tenía intención de quedarse hasta que se produjera esa revelación, debería darle las gracias por haberse adelantado.

–¿Sabes que has gritado mi nombre esta noche? –preguntó ella.

–Sí.

–¿Recuerdas todos los detalles de las pesadillas cuando despiertas?

–Sí.

Ella suspiró.

–Ponte una camiseta. Yo haré el café.

Daniel aprovechó para ganar tiempo y lavarse la cara. Cuando volvió, ella le pasó una taza de café.

–Deberías tomarlo descafeinado.

–¿Qué sentido tiene tomar café si no lleva cafeína?

Ella sonrió.

–¿Las pesadillas siempre son peores después de tu coma de ocho horas?

–Es una especie de venganza.

Ella bajó la vista a su taza.

–¿Las tenías cuando estabas destinado fuera del país?

–Dormía como un tronco.

–Eso explica por qué te gustaría volver.

–En parte –asintió él.

–¿Qué me pasaba a mí en esta? –preguntó ella.

Daniel apretó los labios.

–No vamos a hablar de eso –dijo–. No puedo.

Ella habló con suavidad.

–Sí puedes.

–No –corrigió él–. No quiero.

–No quieres conmigo.

–No quiero contigo –a él le costaba mirarla a los ojos, pero se obligó a hacerlo.

Ella se puso tensa.

–Tú no pensabas hablarme nunca de esto, ¿verdad?

–No.

La sensación de traición de ella casi resultaba palpable. Mientras que ella le había confiado su cuerpo y algunos de sus recuerdos mejor guardados, él solo se había entregado en el dormitorio y en nada más.

Bajó la vista y Daniel la miró. ¡Era tan hermosa…! ¡Tan frágil de cuerpo pero tan fuerte de espíritu…! Si lo necesitaba tanto como él a ella, si lo quería la mitad que él a ella, quizá…

Ella carraspeó.

–Lo de París… No quería decírtelo de ese modo.

–Me alegra saberlo.

Ella se encogió de hombros.

–Ha sido mi sueño durante mucho tiempo. He querido ir allí desde que empecé a trabajar en la revista –se metió un mechón de pelo detrás de la oreja–. A nivel profesional, es una oportunidad de oro.

Daniel exhaló el aliento que estaba reteniendo.

–No tenía que ir este año –prosiguió ella–. La chica que iba a ir se ha roto una pierna y si lo hubiera sabido…

–¿Cuándo te enteraste? –preguntó él.

–El día que hicimos el amor por primera vez.

–Eso era lo que te preocupaba –comentó Daniel.

–Entre otras cosas –asintió ella–. Quería decírtelo, pero no podía…

¿No podía hacerle eso por si él le suplicaba que se quedara?

Daniel se llevó la taza de café a los labios.

–¿Qué más cosas no me has dicho?

–No hagas eso –le advirtió ella–. Podía haberte dejado una nota, pero estoy aquí intentando hacer lo que tú no haces: hablar.

–Si quieres irte, vete.

–Lo dices como si creyera que necesito tu permiso.

Él frunció los labios.

–Es mejor que no lo necesites. No dudaste nada al aceptar la oferta, ¿verdad? –él se inclinó hacia ella–. He oído que las parejas que comparten algo más que un sexo espectacular comentan una decisión de ese tipo.

Jo apartó la vista.

–¿Por qué tengo de pronto la impresión de que esto es culpa mía y no tiene nada que ver contigo? ¿Cómo ha ocurrido? –enarcó las cejas–. Si has terminado de interpretar al amante despechado, quizá puedas empezar a ser sincero conmigo. Los dos dijimos que no buscábamos nada serio. Acordamos que veríamos adónde nos llevaba esto y que no nos enamoraríamos. ¿Ha cambiado algo de eso para ti?

–¿Ha cambiado para ti?

–Yo he preguntado primero. ¿Crees que es fácil para mí? ¿Crees que lo que pasó anoche me resulta fácil? Me voy a París, eso no va a cambiar. Pero si hay algo que quieras decirme antes de que me vaya…

Daniel recurrió a todo su entrenamiento para mirarla a los ojos y

decir:

–No lo hay.

Hubo un silencio.

–Entonces es todo –ella lo miró un momento–. Tengo que irme.

Daniel quizá habría tenido fuerzas para dejar el tema así si ella no lo hubiera mirado al levantarse. Lo hizo como si no pudiera evitarlo, con el ceño fruncido revelando su irritación. Pero esa breve mirada mostró vulnerabilidad suficiente para atravesar a Daniel como un puñal. Comprendió de pronto lo que había querido de él en la puerta del supermercado.

Saberlo le afectó de tal modo que los muros de su resistencia se derrumbaron del todo. Aunque no podía arrodillarse y pedirle que renunciara a su sueño por un «quizá», sí había algo que podía hacer.

Se acercó a ella.

–No puedo dejarte así.

–No eres tú el que se va –ella tiró del picaporte de la puerta–. Déjame marchar.

–Cuando lo sueltes todo –la atrajo hacia sí–. Ven aquí.

Tendió el brazo y ella se lo golpeó.

–Eso es. Pégame si es lo que quieres. Puedo aceptarlo.

–¿Por qué haces esto? –ella le empujó el pecho–. ¿Por qué no puedes dejarme en paz? Te odio.

–Lo sé.

Ella apretó los puños, bajó la cabeza y empujó todo su peso contra él.

–¡Y yo no lloro nunca!

–Es el shock de anoche –razonó él. La abrazó.

–¡Suéltame! –le suplicó ella.

–No puedo, muñeca. Antes tienes que dejarlo salir.

En algún momento, las manos de ella agarraron la camiseta de él. Ya no lo empujaba, sino que se agarraba con fuerza y se apoyaba en él. Se parecía tanto a lo que él quería que hiciera ella el resto de sus vidas que Daniel estuvo peligrosamente cerca de confesar lo que sentía con palabras que se formaban en su pecho y no en su mente.

–Te tengo –gruñó.

El primer sollozo de ella le partió el corazón. La abrazó con más fuerza y la mantuvo cerca con su dolor reverberando en el cuerpo de él. Ella solo necesitaba desahogarse y después estaría bien. Volvería a descubrir la alegría que encontraba en la vida y en Francia viviría su sueño y él sabría que era feliz.

La abrazó y permaneció en silencio y firme, haciendo guardia para que el mundo nunca supiera que había tenido un momento de

debilidad. Sería su secreto y él se lo llevaría a la tumba.

–Dime que me quede –susurró ella.

–No puedo –susurró también él.

Si quisiera quedarse, él no tendría que decírselo. Era una luchadora, una mujer intrépida ante la adversidad. Por eso él no le convenía.

Jo fue recuperando el control poco a poco.

–Ya estoy bien –dijo contra el pecho de él. Se secó las mejillas–. Necesito un pañuelo, pero aparte de eso…

–Puedes usar mi camiseta.

Ella sonrió.

–Cállate.

Cuando lo miró, él supo que estaría bien sin él. Probablemente mejor que él. Bajó la cabeza y la besó con lentitud, con un beso destinado a demostrarle lo que sentía puesto que no podía decirlo con palabras.

Cuando sus labios se separaron, ella le pasó una mano por la barbilla y él la miró a los ojos.

–Vete a vivir tu sueño, muñeca.

–Y tú intenta librarte de algunos de los tuyos –repuso ella con una sonrisa trémula.

–Lo haré –prometió él.

Ella se apartó y Daniel permaneció donde estaba, incapaz de verla marcharse.

# CAPÍTULO 13

*«Una mejor amiga es alguien que te dice que sí, esos vaqueros te hacen el trasero gordo. Aunque nos cueste admitirlo, a veces todos necesitamos una intromisión».*

IR A la comida del domingo de los Brannigan quizá no fuera la mejor idea que había tenido en su vida, teniendo en cuenta que su máscara de que estaba bien y deseando llegar a París empezaba a resquebrajarse.

No había vuelto a ver a Danny desde la última noche y lo echaba mucho de menos.

–¿Quién quiere tarta de queso? –preguntó la madre.

Como la reunión tradicional de los domingos se había convertido en una fiesta de despedida para ella, Jo sonrió como pudo y dijo:

–Yo, por favor.

Se volvió a pasar el montón de platos de postre a Olivia y vio que su amiga estaba muy quieta.

–¿Estás bien?

–Perdóname –dijo Olivia al tomar los platos.

–¿Por qué?

Oyó que se cerraba una puerta y después una voz profunda.

–Ya sé que llego tarde, pero no es culpa mía. He tenido que hacer la mitad del turno de Eddie porque su esposa se ha puesto de parto.

Jo contuvo el aliento. No estaba preparada para aquello. No podía sentarse enfrente de él y fingir que estaba bien.

–Tu plato está en el horno –dijo la madre–. Está caliente, usa un paño.

Jo tenía la vista clavada en la mesa y sentía las mejillas ardiendo. Cuando vio aparecer la cintura de él, estaba casi segura de que tenía un ataque de pánico.

–¿Niño o niña? –preguntó la madre.

–Todavía no lo sé –él se sentó–. Bueno, ¿cuál es esa emergencia familiar que tenía que…?

Se interrumpió y la estancia se quedó en silencio. Jo seguía mirando la mesa con el corazón latiéndole con fuerza. Aquello no estaba pasando y ella no iba a llorar.

–¿Jo?

La joven miró a la izquierda, donde esperaba la tarta de queso. No podía comer nada; se atragantaría.

–Creo que no… –apretó los labios y respiró por la nariz. Miró a la madre de Danny–. Todavía no he hecho el equipaje… el blog… –sonrió–. Tengo que… –asintió. Apartó la silla, se incorporó y se agachó a besar una mejilla–. Gracias por la comida.

Salió corriendo, tomó su abrigo del perchero y se marchó. Después de aquello, tendría que vivir en Francia el resto de su vida.

Echó a correr hacia la verja. Por primera vez desde que la dejara marchar, estaba furiosa con él. ¿Por qué no podía haber dejado las cosas como estaban antes?

–¿Por qué no estás en París?

Ella se volvió al oír su voz.

–¿Tú sabías que estaría aquí?

–¿Tenía pinta de saberlo? –replicó él.

–No lo sé. No he podido mirarte.

Él frunció el ceño. Parecía tan enfadado como ella.

–Resulta irónico, teniendo en cuenta que yo no podía apartar la vista de ti.

Jo miró la casa, donde vio moverse una cortina.

–¿Nos han tendido una emboscada?

–Creía que conocías a mi familia –repuso él con sequedad–. ¿No sabías que son unos entrometidos?

–Supongo que ignoran que este es un problema sin solución –replicó ella, cortante–. Puesto que dejaste claro que lo era, entra ahí y explícales por qué.

Daniel achicó los ojos.

–¿Qué fue de lo de que no te harías pasar por una víctima seducida?

–Si quieres decirles que te seduje yo, adelante, pero si piensas que voy a dejar que me miren como a una patética mujer con el corazón roto que ha sido tan estúpida como para enamo… –ella se llevó una mano a la boca y abrió mucho los ojos horrorizada.

Daniel dio un paso hacia ella.

–¿Quieres terminar esa frase?

Jo dejó caer el brazo al costado y lo miró de hito en hito.

–Ya puedes esperar sentado. Y no creas que no he adivinado otra de tus mentiras, Daniel Brannigan. Sí tenías un problema con que yo viniera aquí los domingos. En cuanto has creído que me había ido, has vuelto a esa silla.

Él apretó los dientes y la miró a los ojos.

–¿Quieres saber el problema? Durante cinco años y medio fuiste

peor que un grano en el trasero. Había veces en las que deseaba que te atropellara un taxi o te cayera un piano encima. Luego empezaste a vestirte como el ideal de todos los hombres, un cruce entre una bibliotecaria y una bailarina de striptease.

Ella dio un respingo.

–¡Yo jamás he vestido así!

Daniel dio otro paso hacia ella.

–Tú me vuelves más loco que ninguna otra mujer que haya conocido. Eres tan independiente y tan segura de ti misma que a un hombre le resulta imposible saber dónde puede encajar en tu vida.

Ella puso los brazos en jarras.

–Podías probar a no dejar que me fuera. Es mucho más fácil encajar en la vida de otro si ambos están en el mismo continente.

–Dijiste que era tu sueño.

–Los sueños cambian.

–Lo sé.

Ella vaciló.

–¿Me estás diciendo que se han ido?

–Oh, seguro que volverán. Pero son menos frecuentes cuando tengo un problema mayor con el que luchar.

–Pues nada, no hables tampoco de eso si no quieres.

–Estoy intentando decirte que te amo ¿y tú prefieres seguir peleando conmigo? –él movió la cabeza y cruzó los brazos–. ¿Qué quieres saber? La primera pesadilla fue cuando mi padre tuvo un infarto y no pude reanimarlo.

–Tú no estabas allí cuando murió –Jo frunció el ceño–. Olivia dijo que estaba solo.

–Sí –asintió Daniel–. Murió un par de horas después de que yo me fuera. Llegué a casa de permiso para decirle que me iba a quedar en los marines y él me recordó que había dado su consentimiento con la promesa de que volvería y entraría en el negocio familiar. No me dijo que me quería aquí porque estaba enfermo, pero después de que se pasara una hora gritándome, le di las gracias por su apoyo a lo largo de los años y me marché.

Ella frunció el ceño.

–¿Y por eso tienes la culpa de su muerte?

Daniel apretó los labios y hundió los hombros.

–Si necesitas más, ahí va. La siguiente fue Olivia. Yo estaba en la comisaría la noche que entró ella cubierta de sangre. Pensé que la sangre era suya; ella no me dejó acercarme, dijo que era una prueba. Los Brannigan cuidamos unos de otros. Mi padre cuidaba de Johnnie, este de Reid y así sucesivamente, hasta que llegó mi turno

con Olivia. Pensé que era fuerte, que sabía dónde se metía y no necesitaba mi ayuda. Me equivoqué.

Jo sabía más de los sucesos de aquella noche que él.

–Eso no fue culpa tuya, igual que la muerte de Aiden no fue culpa de Olivia.

Daniel la ignoró.

–Una noche gritaba algo de cinco. Eran los centímetros que me faltaban para aplicar presión en una arteria. El hombre murió.

Jo miró la mano que él se había arañado en una pared.

–Son personas que has perdido o estado a punto de perder. Te torturas aunque sabes que no tienes la culpa.

–Mi trabajo es salvar vidas… estar allí cuando la gente me necesita. Y por mucho que lo intento, no dejo de meter la pata.

Jo lo miró a los ojos.

–A mí me ayudaste –comentó–. ¿Eso no cuenta? Nunca he tenido tanto miedo como aquella noche. Intenté encontrar las palabras para decírtelo, pero no pude. Si hubieras muerto salvándome, si te hubiera perdido…

Lo miró y parpadeó.

–Espera un momento. ¿Qué has dicho antes? –un chispazo de esperanza hizo que le diera un vuelco el corazón–. ¿Has dicho que estás enamorado de mí?

–Empezaba a preguntarme si lo habías oído.

–Si estás enamorado de mí, ¿por qué me dejaste marchar, idiota? –entonces lo comprendió–. ¿Tenías miedo de mí? –se acercó un paso y lo miró a los ojos–. No, de mí no, de lo que sentías por mí. Pero yo te pregunté si querías decirme algo y…

Él cambió el peso de pie.

–No soy el tipo de hombre que hable mucho de eso. El único modo que tengo de mostrar lo que siento es…

–Protegiendo a la gente que quieres y cuidando de ella.

–Sí.

–Las cosas que te dije que no quería de ti.

–Sí.

–¿Tenías miedo de decirme que me necesitabas porque pensabas que yo no sentiría lo mismo?

Él respiró hondo.

–Siempre te necesitaré más que tú a mí.

Jo suspiró. Puso una mano temblorosa en el pecho de él.

–Te equivocas si crees que no te necesito. Te necesitaba el día que nos conocimos, pero tenía miedo de admitirlo. Lo que tenemos ahora es un sueño que estaba entonces tan lejos de mi alcance que

me dije que no lo quería.

Él tomó el rostro de ella entre sus manos.

–¿Soñabas conmigo después de que discutiéramos la primera vez?

Jo negó con la cabeza.

–No nos conocimos entonces.

–¿Qué?

–Tú crees que nos conocimos el fin de semana del Cuatro de Julio. No. Nos conocimos dos meses antes.

Daniel frunció el ceño.

–Me acordaría.

–O no. Yo era invisible para casi todo el mundo; aunque, en justicia, en parte era culpa mía –parpadeó y respiró hondo–. Si te haces invisible, puedes colarte entre las grietas del sistema. A mí me funcionó mucho tiempo. Pero no te imaginas cuánto deseas que te vean cuando vives en la calle. La cantidad de gente que pasa a tu lado sin mirarte a los ojos. Olivia fue la primera que me miró. Y un día apareció allí con su compañero y estaba hablando conmigo cuando otro coche patrulla aparcó enfrente y saliste tú de él.

Daniel buscó frenéticamente en su memoria.

–Dime que te miré –musitó.

–Oh, hiciste algo mucho peor. Me miraste directamente a los ojos y me sonreíste –ella parpadeó para contener las lágrimas–. Fue como… si saliera el sol de detrás de una nube. Cuando te fuiste… –ella carraspeó–. Por un segundo me habías convertido en una soñadora y te odié por ello. Porque cuando te fuiste y ya no estaba cegada por tu sonrisa, tuve que volver a la realidad.

Daniel no había sabido que era posible amar a alguien como la amaba a ella.

–Las soñadoras no sobrevivían en el mundo en el que vivía yo entonces –explicó ella–. Tuve que endurecerme y la siguiente vez que me viste ya no tenías ninguna posibilidad.

Daniel cerró los ojos un segundo.

–¿Llevabas un gorro muy tonto? –preguntó.

Jo parpadeó.

–¿Qué?

La imagen seguía siendo borrosa.

–Tenía orejas.

–Orejas colgantes de perro –asintió ella–. Tenía tres, pero ese era mi favorito. Eran gorros de invierno donados por alguien.

Daniel sonrió.

–Era mayo.

–Te acuerdas.

–Le pregunté a Olivia por ti –él la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí–. Creí que eras menor de edad. Con aquellas coletas aparentabas dieciséis años.

–No, tenía dieciocho. No puedo creer que te acuerdes.

Daniel bajó la cabeza e inhaló el champú de lavanda.

–La siguiente vez que te vi no tenías el mismo aspecto.

–Olivia me llevó a mi primer cambio de imagen.

Él le dio un beso en la sien.

–Entonces tenías dieciocho años y yo veinticuatro. No estábamos preparados para esto –le acarició la barbilla con el pulgar–. No me será fácil hablar de las pesadillas, pero estoy dispuesto a intentarlo. Tendrás que trabajar conmigo en eso y en un par de cosas más. Ser menos protector tampoco será fácil y sé que discutiremos por eso. Puedo ser…

–Yo también puedo ser… –ella le dio un beso–. Pero nos hemos enamorado, ¿no?

–Más vale que estés segura –le advirtió él–. Porque una vez que digas que eres mía, lo serás para siempre. Tendremos que trabajar en ello todos los días, pero…

–Lo haremos. Te quiero, Danny, así que, si necesitas que lo diga, sí, soy tuya –suspiró–. No puedo renunciar ahora a lo de París.

–No quiero que lo hagas. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

–Tres meses.

–Pues considéralo de este modo. Tendremos más oportunidades para sexo telefónico y visitas conyugales.

–El mes que viene vendré a la boda de Olivia –le recordó ella.

–Y supongo que yo puedo ir varios días a París antes y después de eso –bajó la cabeza–. ¿Cuánto tiempo tenemos?

–Dos días.

Daniel señaló la casa.

–Están todos en la ventana, ¿verdad?

Jo miró de soslayo.

–Sí.

–¿Quieres ver lo deprisa que hago que se muevan? –él sonrió–. Tú quédate aquí. Enseguida vuelvo.

Se volvió y corrió hacia la casa y Jo miró la ventana y se rio. Se mordió el labio inferior y agitó la falda con delicadeza mientras esperaba a que volviera. Nunca había sido tan feliz. Danny la amaba. ¿Cómo podía haber tenido miedo de algo tan maravilloso?

–¿Me has echado de menos? –preguntó él. Hincó una rodilla en tierra.

–¿Qué haces?

Él enarcó las cejas.

–¿Crees que voy a dejar que te vayas a París sin que todos sepan que eres mía?

–Voy a volver.

–Y cuando vuelvas, pasaremos el resto de nuestra vida juntos, ¿verdad?

–Sí.

Él sacó una cajita del bolsillo.

–Esto es lo que anuncia al mundo estas cosas.

Jo abrió mucho los ojos.

–¿Has comprado un anillo?

–¿Crees que puedes callarte un minuto?

–Sí.

Cuando él volvió a hablar, su voz sonaba impregnada de sinceridad.

–Jorja Elizabeth Dawson. Has sido un miembro adoptado de esta familia desde hace tiempo. Quiero darte oficialmente mi apellido. Te quiero, Jo. ¿Quieres casarte conmigo?

Jo asintió frenéticamente con la cabeza.

–Sí –se inclinó a besarlo–. Sí, sí, sí.

Daniel se incorporó y se abrazaron. Él señaló la cajita.

–Puedes dar las gracias a la abuela Brannigan y a que yo era su nieto favorito después de que rescatara a su gato de un árbol a los siete años. Puede que necesites que te lo arreglen, pero… –le puso el anillo en el dedo–. O puede que no.

Jo sonrió al zafiro, del mismo color que los ojos de él cuando se oscurecían.

–Me vale.

–¿Estás lista para volver a entrar? Cuanto antes terminemos la comida, antes podremos irnos a la cama.

–Yo ya estoy en el postre –le recordó ella–. Come deprisa.

En la casa los recibió un silencio sospechoso cuando entraron y Danny le quitó el abrigo a Jo y lo colgó en el perchero. Su madre fue la primera en romperlo.

–Moveos todos. Hacedle un sitio a Jo al lado de Danny.

La familia obedeció. Jo había visto pasar aquello con la esposa de Johnnie y cuando Olivia llevó a Blake a casa, pero nunca había pensado que un día lo harían por ella. Era casi demasiado. Sentada al lado del hombre con el que iba a pasar su vida, miró los rostros de las personas que quería y que actuaban como si no hubiera pasado nada fuera de lo normal.

Se contuvo bastante bien hasta que llegó a Olivia y no pudo reprimir las lágrimas.

–Gracias –murmuró.

–A Olivia le brillaron los ojos y tendió la mano, en la que Blake le puso una servilleta.

Danny movió la cabeza y miró de hito en hito a su hermana.

–Deja de hacer llorar a mi prometida.

Después de eso, ya empezaron todos a hablar.

–Has perdido tu oportunidad, Ty.

–Esto no termina hasta que ella diga «sí quiero».

–Yo no pienso vestirme de mono dos veces en un año.

–Tú harás lo que te digan, Reid Brannigan.

Danny se inclinó a darle un beso rápido a Jo. Ella suspiró de felicidad cuando le pasaron un trozo de tarta de queso. Al final, y contra todo pronóstico, sí se había mudado el hombre ideal al apartamento de enfrente.